

Deseo

RENDIDA AL AMOR

Lori Foster

Rendida al amor

Lori Foster

Rendida al amor (15.9.1999)
Título Original: Tantalizing (1999)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 886
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Harris y Josie Jackson

Argumento:

Se suponía que Nick Harris y Josie Jackson no se gustarían el uno al otro. Pero en lugar de horrorizarse ante el comportamiento de vampiresa de Josie, Nick se volvió loco por ella. Él esperaba encontrarse a una aburrida y responsable maestra de escuela. Ella, otro pesado con los que su hermana intentaba emparejarla.

Los dos se equivocaron y, lo que parecía que sería una cita a ciegas de pesadilla, se convirtió en una tórrida noche de pasión. Josie sabía que aquella ardiente noche estaría en sus fantasías secretas durante el resto de sus días. Porque, en el momento en que Nick descubriera quién era ella realmente, solo le quedaría eso... la fantasía.

Capítulo Uno

Tirando del dobladillo de su minifalda, Josie Jackson recorrió el trecho que quedaba para llegar a la ruidosa habitación. Con la casi total oscuridad, nublada por el humo gris azulado, era casi imposible ver el final de la barra. Pero finalmente vislumbró a un hombre que le daba la espalda, sentado en el último taburete, justo dónde esperaba que estuviera.

Descarada, se dijo para sus adentros, intentando meterse en el papel que necesitaba interpretar. *Atrevida, sexy, segura*. Le metería tanto miedo al pobre hombre que le faltaría tiempo para echar a correr.

Josie había elegido ese concurrido local de encuentro para solteros con la esperanza de que así pondría punto final al asunto. Pero, para su sorpresa, a él le había parecido bien la elección. Su hermana había dicho que era perfecto para ella, y eso garantizaba prácticamente que a Josie no le gustaría. Susan lo había descrito como responsable, maduro, *asentado*.

Josie estaba cansada de que su hermana le preparase citas a ciegas, y aún más harta del tipo de hombre que ésta pensaba que le convenía: chapado a la antigua, muy formal y demasiado preocupado por las apariencias. El tipo de hombre que no va con el romanticismo ni con las emociones, que sólo desea encontrar a alguien que se le parezca para casarse y seguir con sus aburridas vidas.

Tenía ahora veinticinco años y había pasado la mayor parte de su vida persiguiendo sus objetivos, complaciendo a su hermana con su dedicación.

Bien, ya había logrado esas metas y ya era hora de pasar a otras cosas.

Se merecía algo de diversión. Puede que Bob Morrison deseara una bonita casa en un agradable barrio residencial, pero Josie Jackson tenía otros planes, y si el lugar elegido para la cita no había servido para espantarlo, con que la viera un segundo bastaría.

Se acercó lentamente a él. Oyó un tenue silbido detrás de ella y sintió cómo el calor le subía a las mejillas. Lo que sintió a continuación —una osada palmada en su trasero— estuvo a punto de hacerle echar a correr. Pero se las arregló para mirar fijamente al culpable y mantenerse erguida sobre sus altísimos tacones. No era poca hazaña, teniendo en cuenta que solía calzar cómodos zapatos de suela de goma. Podía hacer eso, se dijo a sí misma, *podía*...

Sus pensamientos quedaron en suspenso cuando él se volvió hacia ella.

Dios mío. La respiración se le quedó atrapada en algún lugar de la garganta y se negó a ir más allá. Lo miró. «Bien. No parece precisamente un pesado, Josie, no con esos vaqueros ajustados y ese polo negro. No puede ser éste».

Por una vez, parecía demasiado... perfecto, demasiado masculino, atractivo y sexy. Definitivamente sexy. El destino no podía ser tan cruel como para enviarle un aburrido tan guapo. ¿O sí?

Se obligó a sí misma a dar otro paso adelante, superando la dificultad creada por la ceñida minifalda, los tremendos tacones y su propia cautela.

—¿Bob? ¿Bob Morrison?

Sus ojos eran oscuros, casi negros, igual que el brillante cabello que caía sobre sus cejas. Su mirada, casi táctil en su intensidad recorrió las prácticamente desnudas piernas de Josie, deteniéndose sobre su vientre y su busto para llegar al fin a su rostro. Respiró hondo, aparentemente tan impresionado como ella. Josie esperaba que de un momento a otro él haría o diría algo que le demostraría que sus temores eran correctos, que él no era lo que ella buscaba en un hombre, que sólo era otro de los intentos de Susan para domesticar su vida.

Pero entonces él se levantó, casi dos metros de hombre vibrante y arrebatador, y sonrió. Esa sonrisa podía ser letal, pensó ella mientras un estremecimiento le llegaba hasta el vientre. El hombre desprendía encanto y calidez, y era cualquier cosa menos rígido o pomposo. De hecho, ella misma se empezaba a sentir como un trozo de gelatina por dentro.

Él tendió la mano, una mano tan grande que pareció tragarse la suya con su fuerza y su calor. Y, con una voz de esas que inspiran fantasías, dijo:

—Soy… Bob. Encantado de conocerte, Josie.

Él no solía mentir.

Nick Harris consideró a la exquisita mujer que tenía delante y se perdonó a sí mismo. Mentir era necesario, incluso obligatorio, dado que se le presentaba la mujer más bella y sexy que pudiera imaginar. La tenía tan cerca, y, sin embargo, no era para él. Diría hasta cien mentiras con tal de impedir que se fuera. Claro que a Bob no le gustaría que alguien se hiciera pasar por él, pero, de todas formas, Bob no había querido saber nada de ella. Se había sentido más atraído por su hermana, esa mujer tan rígida que había planeado el encuentro. Lo que Bob pudiera ver en Susan Jackson era más de lo que Nick podía entender, pero se alegraba. Gracias a sus gustos en cuestión de mujeres Nick estaba ahí sentado un sábado por la noche listo para presentar disculpas de parte de su amigo y socio.

Gracias a Dios que había accedido a hacerlo. Si no, se hubiera perdido conocerla, desde luego, ella valía de sobra las entradas para el fútbol que había perdido. De hecho, por ella valía la pena abandonar todos los deportes.

Con sus ojos verdes muy abiertos, y su suave boca entreabierta, ella parecía tan sorprendida como él. Sus labios llenos estaban pintados de rojo brillante, y vislumbraba su lengua rosa detrás de los dientes. Dios, la de cosas que le gustaría hacer con esa lengua…

Con algo de retraso, sus modales volvieron a él.

—¿No quieres sentarte?

Normalmente tenía fama de ser un caballero, un hombre sano, razonable e inteligente y muy capaz de ser encantador, pero se sentía como si le hubieran golpeado la cabeza. Y aún empeoró cuando ella echó su largo y sedoso cabello pelirrojo sobre sus hombros y acercó su bien formado trasero al taburete que estaba junto al suyo. Ese trasero le mantuvo hechizado unos segundos, hasta que por fin consiguió apartar su mirada de él. Su cortísima falda negra revelaba unos muslos esbeltos. Cruzó las piernas, dando

un suave balanceo a su tacón de aguja. Nick se oyó a sí mismo tragar y se dijo que debía sobreponerse. No podía dejar que ella se diera cuenta de cómo le afectaba.

—¿Te apetece tomar algo?

Ella vaciló, y él pudo ver que se lo estaba pensando, pero finalmente sacudió la cabeza. Esos ojos verdes tan sensuales jugueteaban con él, y hacían que le palpitaran los músculos.

—Hago muchas cosas, pero beber no es una de ellas.

A Nick le llevó un segundo recuperarse de la mirada y las provocativas palabras de ella. Esperaba haberlas interpretado bien.

—¿Por motivos religiosos? ¿A dieta?

Ella bajó sus largas pestañas, y sus labios se curvaron.

—Sólo porque me gusta mantener el control en todo momento. Me gusta saber exactamente qué es lo que hago, cómo lo hago y con quién lo hago. El alcohol emborrona las cosas.

Mientras hablaba un ligero sonrojo partió de las mejillas y atravesó la garganta hasta llegar a un ligeramente insinuante escote. Tenía pequeñas pecas esparcidas, como diminutas condecoraciones, que le hacían fantasear sobre en qué lugares podía haber otras. Había oído decir muchas cosas de las pelirrojas, pero siempre había pensado que eran pura fantasía. Ahora era el momento de volver a considerar el asunto. Esta pelirroja parecía emanar sensualidad por todos los poros de su piel. Y le estaba subiendo la temperatura con sólo mirarla.

Tendría que quitarle algo de control, si quería sobrevivir. Nunca le había permitido a una mujer llevar las riendas. Nunca, desde que era un adolescente y su madrastra le controlaba la vida. No tenía ninguna intención de dejar que esta pequeña mujer, por muy atractiva que fuera, dominara la situación.

Lo había dejado anonadado, pero ahora ya se estaba acostumbrando a mirarla, a respirar su aroma, a escuchar su tranquila y algo ronca voz. Y le echaba miraditas tímidas, pero no podía ser tímida, no con el aspecto que tenía. O quizá se sentía tan atraída como él. Eso iría a su favor, pensó Nick. Así sabría que no se

estaba ahogando solo.

Pidió dos refrescos de cola. Luego, lentamente, dándole tiempo a retirarse si lo deseaba, deslizó su mano debajo de la de ella, que reposaba sobre la barra. Sus ojos se abrieron un poco más, pero no retiró la mano. Su mano era esbelta, frágil. Estaba fría, y Nick se preguntaba si sería por frío o por nervios. Aunque no parecía haber ni un solo hueso nervioso en ese pequeño y tentador cuerpo.

—No eres exactamente lo que me esperaba —dijo.

Dados los gustos de Bob en materia de mujeres, esperaba encontrar a una mojigata rígida y conservadora del tipo de Susan, la hermana. Esa mujer podía congelar a un hombre con una mirada, y eso fue exactamente lo que había intentado hacer cuando fue por primera vez a la agencia para contratar una campaña de publicidad. Nick le había caído mal desde el primer momento.

Susan distinguía a un mujeriego a kilómetros de distancia, así que habían decidido que Bob trabajaría con ella. Cuando Bob le contó lo de la cita, imaginó que la hermana sería igual que ella, del montón, fría y criticona.

Se esperaba ojos y cabellos castaños, sin personalidad, y actitud modosita.

Pero Josie Jackson no tenía nada que ver con su hermana y Nick se alegraba mucho de que Bob no hubiera querido acudir. Hubiera echado a correr si es que no se lo impedía un instantáneo infarto.

Ese pensamiento le inspiró una sonrisa.

—¿Lo imprevisto te hace sonreír?

Parecía desconcertada, y él rió entre dientes.

—En este caso, sí. Eres una sorpresa muy agradable.

Unos pequeños dientes blancos mordieron el labio inferior. Nick deseó que fuera su labio el que mordieran, que fuera su...

—Tú tampoco eres lo que yo esperaba. Normalmente mi hermana me empareja con hombres vestidos de traje, muy serios y

chapados a la antigua. Siempre preocupados por sus responsabilidades, sus negocios, y las apariencias. Pero tú no eres de esos, ¿verdad?

Se lo había dicho con mirada desafiante y juguetona. Nick ahogó una risita.

Los negocios y las responsabilidades no le habían importado en la vida, y esperaba que ella, al verlo, no pensara que le preocupaban las apariencias. Nunca le habían preocupado. A Bob sí, pero él no era Bob.

—Nadie me ha acusado nunca de ser un pesado.

Era muy cierto, pues Bob siempre lo acusaba de falta de gravedad. A lo mejor por eso le caía tan mal a Susan. Pero le daba igual. La formalidad había sido la especialidad de su madrastra, así que la detestaba. Creía en mantener el negocio seguro, pero sin que se apoderase de su vida.

Evidentemente Josie estaba de acuerdo, aunque desconcertada por su respuesta. Interesante.

Nick necesitaba desesperadamente tenerla en sus brazos. Se levantó.

—Vamos a bailar.

Ella se levantó con las piernas agarrotadas y una expresión casi cómica.

Intentó retirar su mano pero él la sostenía con firmeza.

—¿Qué pasa, tampoco bailas?

—¿Tampoco?

—Como no bebes.

Le acarició la palma de la mano tranquilizadoramente. No quería espantarla, pero si no la tenía pronto en sus brazos iba a estallar. Nunca le había dado tan fuerte, pero, ¡Dios, cómo le gustaba!

—Sí que bailo —dijo ella, mirándose en dirección a los pies—. Pero no suelo bailar con tacones como estos.

Él también miró. Unos pequeños pies muy sexys, arqueados por los tremendos tacones.

—No te dejaré caer. Te lo prometo.

Ella no se negó. La pista estaba llena de parejas bailando y chocando unas con otras. Nick utilizó eso como excusa para arrimarse, y así, la sintió del muslo al busto, mientras la sostenía firmemente con un solo brazo que rodeaba su esbelta cintura. Su otra mano descansaba sobre la hermosa espalda. Su tacto era celestial, cálido y suave, e increíblemente comenzó a sentir el principio de una erección. Sus muslos se tensaron, su pulso ralentizó.

Hasta con tacones seguía siendo pequeñita. Nick podía descansar fácilmente su barbilla sobre su cabeza, sintiendo la suavidad de ese cabello. ¿Cómo sería sentirlo sobre su torso, sobre su vientre? Apretó los dientes contra su creciente necesidad. La reacción que ella le provocaba era casi cómica.

Pero era como si su propia fantasía privada se le hubiera aparecido delante de los ojos. Desde las largas pestañas, pasando por sus encantadoras piernas, no podía imaginar a una mujer mejor hecha, o con una voz más sexy, o con un sonrojo más tentador.

Lo peor era ese sonrojo, que insinuaba cierta inocencia mezclada con caliente sexualidad carnal.

La acercó a sí un poquito más. Sus senos presionaron sobre sus costillas, sus muslos contra los suyos. Ella suspiró imperceptiblemente. Los labios de él rozaron su oído e inhaló su fragancia.

—Tú sólo relájate. Yo te sostengo.

Y tenía intención de mantenerla. Al menos por ahora.

Se preguntaba qué podría hacer para mantener fuera del asunto a Bob y a Susan. Era evidente que ésta no aprobaría que Nick saliese con su hermana.

Había mostrado su desagrado muy abiertamente. Apenas había hablado quince minutos con Nick intentando desplegar todo su encanto cuando Susan ya le había dejado saber lo que pensaba de él. Quizá se había pasado con la dosis de encanto. Pero es que las mujeres agresivas como Susan Jackson lo irritaban. Le recordaban a su madrastra, que había sido la mujer más mandona del mundo.

¿En qué momento debía decirle a Josie quién era en realidad?

Bob le había dicho que ella se tomaría mal la cancelación de la cita, que era algún tipo de patito feo que necesitaba que su hermana organizara su vida social debido a su carácter tímido y a una profesión absorbente. Pero la mujer que se movía suavemente con él, sin que ninguno de los dos prestara la más mínima atención a la música, era cualquier cosa menos eso.

Había alguna posibilidad de que Bob quisiera volver a citarse con ella en cuanto se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo, a pesar de los ridículos requisitos que buscaba en una mujer y de su inicial interés por Susan. Pero, por supuesto, Nick ya no lo iba a permitir. Las circunstancias habían resuelto que él la conociera primero. Y, como se suele decir, quien se va a Sevilla pierde su silla. Bob podía quedarse con la discutidora Susan y convertirla en su esposa. La determinación de Bob de ir detrás de una pesada estilo amita-de-su-casa le parecía incomprensible a Nick cuando todavía quedaban mujeres como la que tenía delante.

Colocando su pie entre los de ella, consiguió insinuar su muslo más cerca del cuerpo de Josie. Ella dio un respingo, pero a continuación un suave sonido indicó que lo aceptaba. Nick sintió el increíble calor de su cuerpo, y la juguetona fricción en su pierna cada vez que se movían. Las sensaciones le hicieron estremecerse. Con un suave giro y doblando un poquito la rodilla, la tuvo prácticamente sentada sobre su muslo. Ella suspiró, sus senos se endurecieron, y las palmas de sus manos se apretaron contra su torso. Él corazón de Nick se aceleró.

—Me alegro de haber venido esta noche.

Con la excitación, sus palabras sonaban graves y roncas, pero quería que ella supiera, que entendiera lo agradecido que le estaba agradecido a Bob por haberse escaqueado, las cosas se iban a complicar, de eso estaba seguro, pero no quería que ella llegara a malinterpretar sus motivos.

La sonrisa que ella le dedicó le paralizó las entrañas.

—Sabes, pensaba que este sitio te horrorizaría —dijo Josie.

Nick miró a su alrededor. El local, abarrotado de solteros, no le gustaba, pero tampoco le horrorizaba exactamente, situado a la orilla del río, con un restaurante abajo y bar con pista de baile arriba, era un popular local de encuentro.

—¿Por qué? —preguntó Nick.

Tenían que gritar para entenderse, así que Nick hizo que se desplazaran poco a poco hacia la esquina, lejos de las demás parejas y del caos. Quería hablar con ella, saberlo todo de ella, entender el porqué del contraste entre su increíble aspecto y sus tímidas sonrisas. Quería saborearla lenta y profundamente.

—Por lo que mi hermana me dijo de ti, pensé que serías algo... apagado.

Bob era apagado. Dios, Bob estaba casi muerto, de puro apagado. Él era Bob. Con precaución, le preguntó:

—¿Qué más te dijo tu hermana de mí?

—Que eras leal.

—¿Leal? Ni que hablara de un perro.

La suave risa de ella le hizo cambiar de idea sobre lo de ir hacia la esquina y la llevó hacia el balcón. Estaban a principios de septiembre y hacía algo de fresco; eso disuadiría a las otras parejas de salir a tomar el aire. En cuanto salieron, él la soltó. Josie se rodeó a sí misma con sus brazos para entrar en calor. Bajo el balcón brillaban las luces de los coches. El tráfico inundaba el aparcamiento y las calles de los alrededores. A lo lejos, se oían ecos de las sirenas de los barcos, y alguna gente se amontonaba en la entrada del local, esperando bien para entrar, bien para salir. Se oían sus voces en sordina, ahogadas por la música. Nick se volvió hacia Josie, miró sus ojos brillantes en la oscuridad y esos cabellos rojos que ahora jugaban con la brisa. Tomó un mechón en su mano y lo acarició entre sus dedos.

—¿Te decepciona que no sea leal?

—¿No lo eres?

—No.

Le debía el ser sincero. Además, su actitud ante la vida era algo que nunca ocultaba a una mujer, a ninguna mujer. Ni siquiera a una a la que deseara tanto.

—Soy seguro. De fiar. No tienes por qué tener miedo.

Ella sonrió. Él siguió jugado con su cabello.

—Soy un buen chico. De ley. Pero no soy un tipo de hombre del que querrías depender, Josie.

—¿Eres divertido? —preguntó ella, estudiándolo con detenimiento.

La viva imagen de la tentación estaba delante de él mirándolo con sus inmensos ojos en la oscuridad, a un solo centímetro de su cuerpo. Sintió la suavidad de su mejilla en sus dedos, la sutil calidez de su cuerpo.

—¿Quieres que sea divertido?

Ella fue a apoyarse sobre la barandilla. Cerró los ojos y se inclinó, arqueando la espalda y dejando que el viento revolviera su cabello.

—Sí, creo que me merezco un poco de diversión. Quiero hacer cosas que no he hecho y ver cosas que no he visto. Quiero dejar el trabajo a un lado y disfrutar de la vida para variar...

Contemplando su postura, su trasero con la faldita corta, casi de puntillas sobre sus tacones, con el cabello pelirrojo cayéndole sobre la espalda...

No pudo resistirlo.

Se colocó detrás de ella, cubriéndole las piernas con las suyas, y presionó su muslo contra sus suaves glúteos. Sentiría su erección, pero le daba igual.

Con un ligero empujón, ella hizo notar su sorpresa… y su interés.

Nick se inclinó y la besó en el cuello. Le habló en un íntimo susurro.

—Yo puedo enseñarte muchas maneras de divertirte, Josie.

Por una décima de segundo, pensó qué ella se iba a marchar, y sólo de pensarlo le dolía todo el cuerpo. Pero, en cambio, recostó la cabeza sobre el torso de él y la volvió de lado para darle más juego a su boca. Nick saboreó el dulce calor de su piel. Su lengua iba dejando un rastro de húmedos besos que la hacían estremecer. Posó su mano sobre el abdomen de ella y sus dedos lo acariciaron. Su pulso era frenético y una espiral de placer crecía dentro de él.

—Sí.

La palabra se había quedado atrapada en un gemido, y Nick no estaba seguro de haberla oído.

—¿Josie?

Dándose la vuelta en el muy estrecho espacio flanqueado por la barandilla y los brazos de él, Josie esbozó una insegura y nerviosa sonrisa repitió:

—Sí. Enséñame.

La excitación hervía. El cuerpo de él palpitaba ya con calor sexual. Se inclinó lentamente, manteniéndola atrapada con su mirada. La respiración entrecortada de ella le confirmaba que estaba tan excitada como él. Sus bocas se encontraron, y ella le rodeó el cuello con las manos.

Su brillo de labios sabía a cerezas. Lo saboreó. Ella intentó besarlo, pero él le atrapó suavemente el labio inferior con sus dientes y jugó con él hasta dejarlo lleno de deseo y suplicante por un beso.

Sus lenguas se rozaron e, incapaz de resistir un segundo más, Nick cubrió la boca de Josie. Estaba tan dulce, tan caliente.

Y sólo le llevó treinta segundos de deliciosos beso darse cuenta de que también era increíblemente inocente.

No devolvía sus besos ni sus caricias. Tan sólo las aceptaba con aire de sorpresa y expectación. Él llevaba la iniciativa, pero ella, aunque deseosa, no acababa de seguir el juego. Parecía como si no supiera cómo.

Jadeando, Nick se retiró del beso y volvió a recorrerla con la mirada: su sexy faldita, su blusa escotada, el cabello libre y salvaje, y aquella sonrisa tímida que lo invitaba. ¿Lo imitaba a qué? El corazón le golpeaba las costillas. Maldijo en silencio llevado por la frustración.

Josie Jackson era un fraude. Pese al envoltorio, pese a las palabras y los gestos seductores, era más para Bob que para él. Pero esa idea volvía a Nick loco de rabia. Se juró que Bob nunca la tocaría. No lo permitiría.

Conocía a las mujeres. Llevaba estudiándolas desde que era un adolescente.

Las adoraba. Pero gracias a su madre y a su madrastra, sabía lo manipuladoras que podían llegar a ser.

Este bombón tramaba algo. Pero nadie había acusado a Nick nunca de rechazar un desafío… y menos uno tan tentador.

—Los dos sabemos lo que queremos, preciosa, así que ¿por qué no salimos de aquí y nos vamos a un sitio tranquilo?

Esperaba que se negara, que se escandalizara. Entonces le explicaría, y él también podría aclarar lo suyo, y podrían comenzar de cero, dándose tiempo para conocerse el uno al otro. Y, por un momento, pareció que lo iba a rechazar.

Pero aceptó. Y lo dejó sin equilibrio.

—Indica el camino —susurró algo tímidamente.

Oh sí. Indicaría el camino. Directos a la locura. No tenía costumbre de meterse en la cama precipitadamente con ninguna mujer, y menos unos minutos después de conocerla. No era un imbécil. Pero tomó la mano que ella le tendía y se dirigieron a la

salida. La excitación rugía dentro de su cuerpo.

La excitación… y el convencimiento de que estaba a punto de cometer un error táctico que lamentaría el resto de su vida. Pero se sentía incapaz de evitarlo.

Capítulo Dos

—¿Has traído coche?

—No, eh… he venido en taxi.

Su coche era tan normal y sensato como ella, y la hubiera delatado. Su plan no hubiera funcionado, se hubiera perdido esa oportunidad. Cerró los ojos ante semejante pensamiento.

—Yo conduzco, entonces.

—Vale.

Josie apenas podía hablar debido al nudo de excitación que tenía en la garganta. Había empezado interpretando un papel y ahora iba a poder vivirlo. Con un hombre guapísimo y muy sexy… *¿qué su hermana había encontrado?* Increíble. Puede que Susan empezara por fin a conocerla mejor. Tendría que darle las gracias… No, no lo haría. Seguía sin querer que los demás se metieran en su vida y le organizaran citas. Ya era hora de que pusiera fin a esa costumbre. Además, si su hermana supiera lo increíble que había resultado ser Bob Morrison, no querría que Josie lo volviera a ver. Seguro que no aprobaría que se fueran juntos a hacer… todas las cosas maravillosas que Josie nunca se había atrevido a soñar.

Josie ni siquiera estaba segura de que ella misma lo aprobase. Sencillamente, estas cosas no le ocurrían a ella. Los hombres no se fijaban en ella, y siempre había aceptado ese hecho. Pero ahora todo le parecía tan normal, tan instintivo. Nunca se había considerado impulsiva, pero, por otro lado, nunca había recibido la atención de un hombre como Bob. Y no era sólo su atractivo aspecto. Era su sonrisa, el palpito de esa sensual boca lo que le hacía sentirse tan especial, y el hecho de que desde que se habían conocido no le había quitado los ojos de encima. La sostenía con suavidad, y había percibido un temblor en sus manos que demostraba que a él también le afectaba esta locura. Cuando hablaba, su voz era profunda y algo ronca, y sus palabras, persuasivas, le decían lo mucho que la deseaba.

Con sólo mirarlo el estómago le daba un vuelco, como si saltara

de un avión y no le importara dónde aterrizara. Toda su vida había sido cauta y suspicaz, primero complaciendo a sus padres, y, tras las muertes de éstos, agradando a su hermana. Susan se tomaba los fracasos de Josie como algo personal, así que Josie se había cuidado bien de tener siempre éxito. Enorgullecía a su hermana con su respetabilidad y su corrección, con su actitud de poder con todo. Y había encontrado una medida de la felicidad en la estructurada estabilidad de ese papel.

Pero ahora tenía una oportunidad de experimentar el lado salvaje, de vivir la vida. Era tan emocionante ser espontánea para variar. La naturaleza la llamaba, revolucionando todas sus hormonas, haciéndola sentir caliente, temblorosa y ansiosa. Por una vez, iba a dejar que la naturaleza se saliera con la suya.

—¿Ni siquiera quieres saber dónde te llevo?

Josie se paró, sacudida por la aparente irritación de él. De un segundo a otro se había quedado callado y pensativo. Cuando se volvió hacia ella, vio que casi fruncía el ceño y que sus labios formaban una delgada línea. Hasta ese momento, su boca no había hecho otra cosa más que sonreír y darle los besos más derretidores que pudiera imaginar, pero ahora él estaba enfadado. Josie dio un cauteloso paso atrás.

—¿Qué es lo que va mal?

Él le sostuvo la mirada, y con un gesto de disgusto se pasó una mano por los negros cabellos, dejándolos despeinados.

—Nada, lo siento.

Le tendió la mano y esperó.

Josie se mordió el labio. Pero todo lo que sentía, las muchas y diferentes cosas que sentía, seguían reclamando sus atención. Era maravillosamente nuevo desear a un hombre de esa forma, sabiendo que él la deseaba también. Después del golpe de la muerte de sus padres, se había metido dentro de su concha y había dejado que Susan, con sus natural seguridad y compostura, se hiciera cargo de su vida y la dirigiera. Cómo hermana mayor, Susan estaba decidida a buscar lo mejor para Josie, a protegerla. La había ayudado a lo largo de todos sus estudios, sacrificando su propia educación para que Josie tuviera lo mejor. La había ayudado a

comenzar una carrera profesional, y ahora, evidentemente, su objetivo era casarla con el hombre adecuado.

Si no hubiera sido por Susan, Josie hubiera estado sola en el mundo. La consciencia de lo que le debía a su hermana estaba casi siempre en su pensamiento. Pero no quería sentar la cabeza con algún rígido hombre de negocios. Quería las mismas cosas que quieren todas las mujeres: algo de romanticismo, de emoción, de diversión. Sólo que llevaba un poco de retraso en reconocer esos deseos.

Él le había dicho que era un hombre seguro, digno de confianza. Y debía creer que era cierto, porque Susan nunca la hubiera citado con un hombre que no fuera de fiar. Los niveles de exigencia de Susan eran altos, casi inalcanzables, así que tenía que ser un hombre muy de ley, aunque él comentara lo contrario. Sonrió y puso su mano sobre la de él.

Los dedos de Nick, cálidos y firmes, se cerraron sobre su mano. A continuación, llevó su mano hacia su boca y la besó, mientras seguía sosteniéndole la mirada. Ese pequeño roce le bastó para que su vientre y otros lugares más abajo se tensaran. La lengua de él acarició su piel suave y húmeda, sumergiéndose brevemente entre los dedos mayor y anular. Lo sintió hasta más abajo del ombligo. Casi gimió.

La mirada que él le dirigía ahora era segura y confiada, caliente y llena de su propia excitación.

—Vamos.

Josie humedeció sus secos labios.

—Todavía no me has dicho dónde vamos.

—A un sitio tranquilo. A un sitio íntimo. Te quiero toda para mí, Josie.

La prudencia la hizo detenerse de nuevo. Él quería controlar la situación, pero ésta era su noche, probablemente la única fantasía que se permitiría en su vida.

—Me gustaría saber, exactamente, dónde vamos.

Él la miró, y sus manos enmarcaron la cara de ella, parecía casi aliviado por sus preguntas, como si estuviera esperando alguna resistencia.

—¿Asustada?

—¿Debería estarlo?

No lo estaba, no verdaderamente, pero eso no significaba que no tuviera sus reservas. Había ido a lo seguro toda su vida, sin imaginar siquiera que un torbellino de emoción así pudiera existir. Haría falta mucho para hacerla huir ahora, ya que Bob era el primer hombre que la había tentado a ser tan atrevida. El momento de las argucias había pasado. Ahora sólo estaba haciendo lo que quería, dejándose llevar por su instinto femenino. Y disfrutando de cada segundo.

Él pulgar de él recorrió el labio inferior de ella, deslizándose después por su barbilla, hasta hacerla estremecer y cortarle el aliento. Le levantó la barbilla y acercó a ella su cuerpo alto y fuerte.

—Abre tu boca para mí, Josie.

Ella separó sus labios. Su boca se posó sobre la de ella, dulce, ligeramente, y su lengua se posó sobre sus dientes.

—No tengas nunca miedo de mí.

—No lo tendré —le agarró la camisa, deseando que volviese a hacer eso que hacía con la pierna presionando tentadoramente—. No lo tengo.

Él sonrió, mirándola tiernamente.

—Sin miedo, pero temblando —dijo Nick.

Más que un temblor era un terremoto. Las piernas no la sostenían, el latido de su corazón revolucionaba su cuerpo y en el estómago sentía pequeños espasmos. Él acercó de nuevo su boca y mordió suavemente su labio inferior. Josie cerró los ojos, deseando que continuara. Él no debía saber que todo eso era nuevo para ella, así que confesó:

—No estoy asustada. Estoy excitada.

—Por mí.

Dos sencillas palabras, tan cargadas de sorpresa. Y, con seguridad, Josie dijo:

—Sí. Yo… te deseo.

Sintió que el calor de su piel crecía al decirlo, e intentó apartar la cabeza sabiendo que se había sonrojado. Pero él no la dejaba esconderse. Atrapó su mirada, la sostuvo y la estudió intensamente, como si intentara averiguar quién era. Josie se preguntó si se podía ser mucho mas obvia.

Sopló el viento, fresco y húmedo. Ella tuvo un escalofrío, y él rompió la mirada para acercar a Josie a su cálido torso y rodearla estrechamente con sus brazos. Estar en brazos de ese hombre era una experiencia única. Nunca hubiera imaginado que pudiera sentirse tan a salvo en ningún lugar. Y no sabía que necesitaba —deseaba— sentirse así.

—Puede que tú no tengas miedo, Josie, pero yo sí lo tengo.

Esas palabras la sobresaltaron y volvió a alejarse de él.

—Eso no tiene ningún sentido, Bob.

Dio otro paso atrás, separando sus cuerpos completamente. Con el ceño fruncido por las posibles razones, el sentimiento herido y la vergüenza que sentía, susurró:

—Si no me deseas sólo tienes que decirlo.

Eso le valió uno de esos besos que no sabía que fueran posibles. La lengua de él acariciaba, lamía, mordía, consumía. Hacía que se le encogieran los dedos de los pies, que sus pezones se endurecieran dolorosamente. Gimió en la boca abierta de él y presionó su pelvis junto a la suya. Su vientre percibió la erección en toda su magnitud, como una contundente burla de su miedo a que no la deseara.

Volvió a sentir su muslo presionando justo donde ella necesitaba que lo hiciera, como si él supiera exactamente cómo iba a reaccionar su cuerpo. Una fuerte palma asió su cadera, impidiendo cualquier posible retirada, y la otra cubrió su seno mientras el

borde del dedo pulgar jugaba con su pezón. La calmó con el sonido de su voz cuando esas caricias le causaron pequeños espasmos. Era tan intenso que apenas podía soportarlo. Jadeó y se agarró a él.

—Dios —dijo Nick, volviendo a colocar la cabeza sobre los hombros, cerrando los ojos para concentrarse en que su garganta volviese a funcionar, manteniendo a Josie junto a él y respirando hondo—. Salgamos de aquí antes de que pierda la cabeza completamente.

Ya no vaciló un segundo más, moviéndose hacia la carretera, haciendo que Josie se las viera y se las deseara sobre sus altos tacones para seguirle el ritmo.

La llevó hasta un camión negro brillante y abrió la puerta. Pero en el mismo momento en que iba a entrar, ella se dio cuenta de que tenía un claro problema.

—Eh, Bob...

La cara de Nick se endureció por apenas un instante.

—¿Hmmm?

—Yo, eh, no puedo entrar en tu camión.

Él extendió una tranquilizadora mano, le recogió el cabello detrás de la oreja, luego posó la mano en su hombro, acariciándolo.

—Te he dicho que no voy a hacerte daño, Josie. Puedes confiar en mí.

A Josie se le escapó una risita nerviosa por lo embarazoso de la situación. Nunca se reía así.

—No es eso. Es, pues, que mi falda es demasiado estrecha.

Los ojos de él bajaron en dirección a sus muslos. Sus anchos hombros subieron y bajaron con una fuerte exhalación.

—Yo... la veo muy bien. Nada de demasiado estrecha.

Tragó y añadió:

—Perfecta, estás perfecta.

Perfecta. Josie supo entonces que ya no había vuelta atrás. Ningún hombre le había dicho nunca que su aspecto fuera perfecto. Ningún hombre se había fijado en ella antes para nada. Claro que tampoco ella les había dedicado mucha atención, ni se había vestido nunca así antes. Lo había hecho sólo para no gustar a Bob, pensando que sería otro cretino, otro traje sastre andante con una imagen que proteger y un futuro orientado a la familia. Pero viendo que le gustaba así, se prometió vestirse cada día más llamativa, ya que a ella le gustaba también. La hacía sentir femenina y atractiva y... se guía sin poder subir al camión.

—Bob, no puedo subir. Y tu asiento es demasiado alto para mí.

Bob pestañeó, con la mirada aún algo perdida, y rió entre dientes.

—Ya entiendo. Permíteme.

La tomó en brazos y la apoyó contra su torso sin ninguna señal de esfuerzo. No sabía si meterla dentro del camión.

—¿Bob?

Emitió una especie de gruñido:

—No... no te preocupes. Me gusta tenerte en brazos, no pesas mucho más que una pluma.

La acercó a su boca, rozó su oreja y su garganta y le dio un profundo y prolongado beso, antes de depositarla, un poco a su pesar, en el asiento. Cerró la puerta.

Cuando él se montó, Josie decidió ser atrevida de nuevo:

—¿Así que te gustan las mujeres pequeñitas?

—No hasta ahora.

Dejando que Josie se preguntara qué había querido decir exactamente, arrancó el camión y salieron del aparcamiento.

—Estaba pensando, ¿por qué no vamos a tu casa? Podríamos

tomar café y charlar.

Oh-oh. Josie se negó con la cabeza. No podía llevarlo a su apartamento de ninguna manera porque su funcional estilo de vida y su aburrida personalidad quedaban patentes en todos los rincones. En sus muebles, en sus cuadros, en sus discos compactos, en sus libros. En su mesa había revistas de enfermería y prospectos. En la repisa, fotos nostálgicas de sus desaparecidos padres, y fotos de ella junto a Susan. La vería con sus trenzas, su aparato en los dientes y su expresión de niña buena.

No era esa la mujer que el deseaba, y no podría soportarlo si él se echara atrás ahora.

—No creo que sea una buena idea.

La miró con curiosidad mientras lidiaba con el tráfico.

—¿Por qué no?

¿Por qué no? ¿Por qué no?

—Eh, una vecina del edificio daba hoy una fiesta y yo me he escaqueado. Si me ve, puede que se sienta herida, o que insista en que vaya.

Sólo era una mentira a medias. La mayoría de los vecinos del inmueble eran ancianos tranquilos y agradables que vivían de sus pensiones y de la Seguridad Social. Eran sus amigos, la única gente con la que se sentía totalmente a gusto. La querían y agradecían cualquier cosita que ella hiciera por ellos, por muy insignificante que fuera. Con ellos, no tenía que demostrar nada, podía ser ella misma.

Hasta hacía poco, nunca se habían dado fiestas en el inmueble. Ahora, gracias al apoyo de Josie, Mrs Wiley se había labrado toda una reputación como anfitriona, pero sus fiestas no eran el tipo de fiesta a la que Josie llevaría a Bob. Mrs Wiley podía ser afectuosamente presentada como una «abuelita moderna». Bob indicó que entendía, aunque fruncía el ceño, pensativo.

—¿Por qué no vamos a tu casa, entonces? —preguntó Josie.

—No —dijo Nick, sacudiendo la cabeza—. No es una buena

idea.

—¿Por qué?

—Eh... Sabes, no me atrevo a proponer esto porque no querría ofenderte.

—¿Proponer qué?

Le había picado la curiosidad. Y no podía imaginar como una propuesta que viniera de él podía ofenderla, no cuando los dos sabían lo que querían, lo que habían planeado.

—Mi padre tiene un barco en el río, no muy lejos de aquí. Es un lugar muy tranquilo, lleno de paz. Como un hogar, pero más pequeño. Y flotante.

Qué romántico, y qué detalle que le hubiera preocupado ofenderla.

—Suena idílico. Pero pensaba que Susan me había contado que tus padres habían muerto.

—Mis...

Retiró la mirada y se concentró sobre el volante.

—¿Bob?

Gruñó. Cuando por fin volvió a mirarla parecía agobiado.

—Sí. Se han ido. Fallecidos, quiero decir. Pero me dejaron el barco. ¿Será posible que todavía sienta que es de ellos?

Había terminado en pregunta, como si no estuviera seguro, lo cual no tenía mucho sentido. A menos que aún estuviera intentando encajar la pérdida. Ella misma sabía lo duro que podía ser. Le había llevado meses superar el golpe de la desaparición de sus padres. Y para cuando se empezó a dar cuenta de lo egoísta que estaba siendo, Susan ya había tomado el control, de forma natural, e intentaba amortiguarle a Josie cualquier otro golpe. Aunque Susan fuera mayor que ella, había tenido que ser espantoso para ella el tener que asumirlo todo sola.

Era evidente que a Bob le costaba mucho hablar de ello. Josie lo comprendía.

—Mis padres murieron cuando yo tenía quince años. Susan asumió la responsabilidad de ser mi tutora. A veces es doloroso recordar ¿verdad?

Su mirada parecía impenetrable.

—¿Te duele a ti? —preguntó él.

—Sí. Aún los echo muchísimo de menos, aunque hayan pasado diez años. Y me siento culpable cuando pienso en todas las cosas que Susan ha sacrificado por mí. No teníamos más parientes, y como ella tenía diecinueve años, la consideraron adulta y le dieron mi custodia legal.

No había sido tan sencillo, pero Josie no tenía ganas de explicar la batalla que Susan había dado por ella, y el grado de sacrificio que le había supuesto.

Nick buscó su mano.

—Dudó que Susan hubiera aceptado otra solución. Se la ve muy decidida en todo lo que emprende.

—Tienes razón. Es muy fuerte.

Josie sonrió, y decidió cambiar de tema.

—Háblame del barco.

Sus dedos sobre el volante se endurecieron.

—No. Hablar de llevarte allí me impediría conducir con cuidado.

Nunca parecía contestar lo que se esperaba de él.

—¿Por qué?

—Porque ojalá estuviéramos ya allí —le echó a Josie una rápida mirada, caliente y expectante—. Porque quiero estar solo contigo, mi vida. Quiero tocarte, y no parar de tocarte. Quiero…

Ella emitió un ligero jadeo, y murmuró rápidamente.

—Quizá no deberíamos hablar de ello.

Se abanicó con una mano temblorosa y le oyó reír suavemente.

Después de un minuto o dos de forzado silencio, Nick dijo:

—Buen. Creo que he dado con un tema de conversación inofensivo.

Aliviada porque el silencio le estaba dando demasiado tiempo para pensar en lo que la esperaba, Josie sonrió:

—Adelante.

—Háblame de dónde trabajas.

—De acuerdo. Pero daba por hecho que Susan ya te lo había contado todo. No quiero aburrirte con detalles. Sé que se puede pasar horas presumiendo. Tampoco es que haya nada de lo que presumir. Se muestra excesivamente orgullosa de mí. Como ya he dicho, hace bien en apuntarse el tanto de haberme procurado una buena educación y un buen principio profesional.

Nick abrió la boca dos veces sin llegar a decir nada. Se encogió de hombros.

—Me gustaría que me lo contaras tú.

Josie supuso que sólo necesitaba oír palabras que lo mantuviera distraído de lo que estaban a punto de hacer. A ella también la ayudaría. Nunca había sentido tanto suspense y, además, ya había sufrido algún que otro malentendido. Las historias espontáneas no eran su fuerte. El miedo a decepcionarlo, a decepcionarse a sí misma le revolvía el estómago. ¿Qué pasaría si fallaba, si su inexperiencia salía a la luz? No podía ni pensar en ello. El hecho de su inexistente vida amorosa era demasiado humillante como para ponerlo en palabras.

—Me dedico a la atención a enfermos a domicilio. Empecé trabajando para una agencia, pero odiaba la manera impersonal de funcionar que tenían. Yo siempre me acercaba a la gente con la que trabajaba, y nos hacíamos amigos. Pero se suponía que, en cuanto

ya no estuviesen a mi cuidado, no debía volverlos a ver. Así que decidí montar mi propio negocio. Susan ya sabía, porque ya había pasado por la experiencia para su floristería, lo que había que hacer para empezar, y me ayudó mucho. Me llevó un tiempo ponerlo todo en marcha, pero ahora me va bastante bien.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí. Hasta ahora es lo único que se me ha dado realmente bien, y me da seguridad.

Supo que había dicho lo que no debía en cuanto lo vio fruncir el ceño.

—¿Qué quiere decir eso exactamente? —preguntó él.

—Quiere decir —dijo ella, midiendo sus palabras cuidadosamente—, que estoy intentando hacer cambios en mi vida. Tengo veinticinco años, y he conseguido gran parte de mis metas en lo que se refiere al trabajo. Así que me he propuesto metas personales, para mí misma. Cosas que quiero que ocurran antes de que sea demasiado vieja para vivirlas.

Él tragó saliva.

—¿Veinticinco?

—¿Te sorprende? Quiero decir, supongo que mi hermana te lo ha contado todo sobre mí: lo que hago, mis supuestos intereses, mi aspecto normal.

Nick se frotó la cara con la mano, como exasperado. Intentando ponerse más cómodo, la miró por un segundo.

—Oh, sí. Ya lo creo —bajó la voz—. Pero eres incluso más atractiva de lo que pensé que serías. Y pareces más... madura que veinticinco años.

—Gracias.

Josie se preguntó cuánto de esa madurez vendría de pasar todo su tiempo libre con ancianos. Eran tan cariñosos y generosos que le ofrecían una perspectiva diferente sobre la vida.

—Hablabas de metas personales. Cuéntame algo sobre ellas.

Parecía estar sinceramente interesado, que a Josie no le gustó nada tener que despistarlo. Pero no era cuestión de que él averiguara que él era una meta personal. Si se enterara de la reservada vida que había vivido, de lo resguardada que su hermana la había tenido ¿desistiría de llevarla al barco? No estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Todo el mundo tiene sus metas personales. ¿Tú no? Recuerdo que Susan me contó algo sobre que estabas intentando duplicar el volumen de tu empresa en los próximos cinco años. Eso sí que es una meta.

Nick murmuró algo que ella no oyó.

—¿Perdona?

—Nada —dijo él.

Desviándose por un camino de piedra que llevaba hacia los muelles, Nick ralentizó y se concentró en la conducción. Pero continuó mirándola de vez en cuando, y finalmente dijo:

—Es mi socio el que tiene interés en hacer crecer la empresa. Yo estoy satisfecho con lo que hay. Nos va bien, y para expandirnos al ritmo que él quiere tendríamos que trabajar muchísimas horas extra. O eso o asociarnos con alguien más. No quiero hacer ninguna de las dos cosas. El trabajo no es lo único en mi vida. Quiero tiempo libre para estar con mi abuelo. Quiero conocer a otra gente y dedicarme a otras cosas. El trabajo es importante, pero no lo es todo.

Encantada al escuchar unas opiniones que eran como un espejo de las suyas propias, Josie dijo:

—No me lo puedo creer. Mi hermana mencionó a tu socio, pero sólo dijo que era arrogante y que no le caía bien, que su único interés en la vida era no tomarse nada en serio. Hasta creo que se negó a trabajar con él, ¿no?

Incluso en la oscuridad pudo ver que él se sonrojaba del cuello a las mejillas.

—Sí. Le tomó manía inmediatamente a... Nick. No me explico por qué.

—Susan asegura que trató de encandilarla, de seducirla. Puede distinguir a un mujeriego desde un kilómetro de distancia, y decía que Nick es el tipo de hombre que las atrae como moscas *haciéndose el encantador*.

Con un gruñido casi grosero, se volvió hacia ella.

—Eso no es cierto. Y, además, Nick es muy discreto.

—Pues está claro que no lo es lo suficiente. Susan es muy independiente y no le gusta que la traten de forma diferente a cómo se trataría a un hombre. Por lo que contaba, tu socio tiene pinta de ser algo machista. «Agresivo y perdonavidas», así es cómo lo describió.

Él maldijo imperceptiblemente.

—Sí, bueno, a Nick tampoco le gustan demasiado las mujeres agresivas. ¡Y tu hermana es agresiva!

Josie no lo negó. Incluso se rió.

—Eso es bastante cierto. Lo considero parte de su encanto.

Una expresión escéptica reemplazó el ceño fruncido de él.

—Si tú lo dices. De todas formas, le resultaba más fácil trabajar conmigo.

Josie rió abiertamente.

—Susan dice que tenéis la mejor agencia de publicidad de la ciudad. Y me enseñó los anuncios que montasteis para la floristería. Son fantásticos. Y ya están dando resultados —le dio una palmada en el brazo—. Asegura que tú eres el verdadero cerebro de la agencia, mientras que ese Nick sólo añade algo de talento. Y yo también diría que tienes mucho talento. Y no eres para nada lo que me esperaba.

—¿Oh?

Parecía distraído, casi anonadado.

—Empiezo a pensar que organizarme citas con hombres es el único *hobby* de mi hermana, y me hubiera apostado algo a que ibas a ser igual que el de la última vez.

Eso atrajo su atención.

—¿Qué tenía de malo el de la última vez?

—Nada, si te gustan los hombres que sólo hablan de sí mismos, de sus perspectivas para el futuro, de sus impecables motivaciones. No había pasado una hora cuando ya me había enseñado su agenda. Llegó a decirme que si le parecía adecuada, se acostaría conmigo al mes de salir juntos para asegurarse de que fuéramos compatibles, y que entonces podríamos fijar la fecha de la boda. Por supuesto, necesitaría que yo firmara un acuerdo prenupcial, ya que trabajaba con su padre y de ninguna manera podría yo interferir en los negocios de la familia.

Rió de nuevo, encogiéndose de hombros.

—¿De dónde sacará mi hermana a tantos hombres ansiosos por casarse?

Murmurando algo que Josie no pudo oír, él se volvió hacia ella.

—Espero que al llegar a ese punto lo dejaras plantado.

—Claro que lo hice. Y me tuve que tragar un sermón de Susan porque no le había dado una oportunidad. Ella sostenía que sólo estaba nervioso, porque era la primera cita y esas cosas.

El gruñido de él estaba esta vez cargado de desprecio.

—Tiene toda la pinta de ser un pomposo cretino.

Inclinó su cabeza para estudiarla unos segundos y añadió:

—Me llama la atención que tu hermana no parece conocerte muy bien.

Josie no se conocía a sí misma, o, al menos, no a la que estaba siendo esta noche, así que no podía decir gran cosa.

—No. Susan todavía me ve como una chica tímida y vergonzosa de quince años llorando la muerte de nuestros padres. Asustada y dependiente. Puso su propia vida en suspenso para garantizar que mi vida no cambiase demasiado. Siempre me ha tratado como si yo fuera una princesita pobre esperando a que el príncipe azul me lleve a un castillo libre de hipotecas. Ahora cree que es su deber conseguir que yo me case y siente la cabeza. Sólo está tratando de llevarme a lo que ella ve como la conclusión natural de la tarea que asumió el día que murieron nuestros padres. Es el último capítulo de mi libro, y hasta que no llegue allí, no va a dejar de preocuparse por mí el tiempo suficiente como para poder ocuparse de sí misma.

—Ni que estuvieras en peligro de convertirte en una solterona. Sólo son veinticinco años.

—Lo sé. Pero Susan está chapada a la antigua y es muy protectora. Convencerla de que se relaje no va a ser fácil.

—Eres muy tolerante con ella, ¿no? La verdad, no eres para nada como ella dijo que eras.

—Me imagino exactamente cómo me describió —dijo, sin poder disimular una sonrisa ni una leve nota burlona en sus palabras—. Probablemente como la versión femenina de ti.

Él se movió incómodamente mientras aparcaba el coche junto a un muelle donde estaban atracados una docena de barcos. Apagó el motor del camión y se volvió hacia ella, de nuevo recorriéndola con su mirada de los pies a la cabeza, antes de encontrarse con sus ojos.

—Hemos llegado.

Ella tragó saliva. Sintió repentinas mariposas en el estómago al darse cuenta de que no tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer a continuación, o de lo que se esperaba de ella.

—Josie —dijo él, dejando que sus dedos se deslizaran por sus mejillas hasta su cuello—. Quiero que sepas que yo no tengo por costumbre hacer esto.

—¿Esto?

Debería haber sentido vergüenza al oír lo jadeante que sonaba

su propia voz, pero estaba demasiado nerviosa y ansiosa para sentir vergüenza.

—Tengo treinta y dos años, cielo. No soy exactamente un chiquillo. Sé cuáles son los riesgos del sexo espontáneo y suelo ser más cauto. Pero tú me has subido a una montaña rusa… y ni siquiera sé muy bien lo que estoy haciendo. Sólo sé que quiero estar contigo, solos los dos y desnudos. Quiero estar dentro de ti, y quiero oírte decir cuánto me deseas tú también.

Sus palabras salieron en un susurro sin aliento.

—Te deseo.

Él tomó la cara de ella entre sus manos, mirando intensamente dentro de sus ojos, estudiándola hasta el fondo.

—Ni siquiera recuerdo haber deseado nunca a una mujer tanto como te deseo a ti.

La besó brevemente, pero fue suficiente para cerrarle a Josie los ojos y robarle el aliento.

—Esto no puede ser una historia de una noche —dijo, sorprendiéndose a sí mismo. Prométemelo —se oyó a sí mismo añadir.

Josie asintió. Le hubiera prometido cualquier cosa llegados a este punto.

—Dime que no me odiarás por esto.

Esas palabras abrieron los ojos de Josie:

—No te entiendo.

Sus frentes se encontraron.

—Tengo miedo de arrepentirme de esto porque tú te vas a arrepentir.

Ella le acarició la barbilla, y cuando la miró, sonrió.

—Eso es imposible.

No había estado tan segura de nada en toda su vida. Él vaciló un segundo más. Luego, en una explosión de energía abrió su puerta y llegó en dos saltos al lado de ella. Ya había abierto la puerta, pero él ya estaba allí antes de que pudiera intentar bajar con su estrecha minifalda. Le agradeció la ayuda. Pero no sólo le ofreció su mano. La tomó en brazos, la sacó del camión, y no la depositó en el suelo. La llevó.

No había mucho que andar. El barco al que se dirigían estaba sólo parcialmente iluminado por una retahíla de lucecitas blancas a lo largo del muelle. Los pasos de él sonaban huecos sobre las planchas de madera. Sosteniéndola con un brazo, sacó las llaves del bolsillo, encontró la cerradura en la oscuridad y consiguió entrar sin que ella se diera en la cabeza. Ella apenas tuvo oportunidad de ver la cubierta de arriba. Cuando llegaron abajo él se detuvo y la besó de nuevo, sintiendo cómo sus brazos se endurecían y su respiración se aceleraba.

La fue dejando en el suelo por etapas, dejando que el cuerpo de ella rozara el suyo. Ella sintió más que nunca su fuerza, su tamaño, su excitación. Estaba tan oscuro dentro, que Josie no podía ver mucho, pero no lo necesitaba. La llevó a un camarote y se sumergieron juntos en el colchón. Cuando él abrió la boca, fue para pedir una sola cosa.

—Por esta noche, por favor, llámame cualquier cosa menos Bob.

Capítulo Tres

Había perdido el juicio. Era la única explicación de que hubiera hecho un comentario tan ridículo. Pero si le hubiera vuelto a llamar Bob le habría dado un infarto... o lo habría confesado todo.

—No te entiendo —dijo ella.

Apenas podía ver el brillo de sus ojos en el oscuro interior del barco, así que hizo lo único que podía hacer para distraerla: la besó, y siguió besándola.

Los sonidos flotaban a su alrededor: el rumor de las olas, el barco contra el muelle... Sus labios se encontraron. Nick saboreó su excitación, su dulzura, su necesidad. Ella metió su lengua más adentro y él gimió de placer.

Lo que esta mujer provocaba en él no tenía precedentes. No creía en el amor a primera vista. Sencillamente no creía en el amor. Claro que nunca lo había visto. Pero una emoción que no le era familiar le decía que era la mujer que él necesitaba además de desearla. Su olor lo volvía loco de deseo. Sus caricias, inocentes, investigadoras y curiosas lo volvían más hambriento de lo que podía soportar. Tenía una fascinante, curiosa mezcla de seductora sensualidad y tranquila timidez. Hablaba abiertamente, y desde el corazón. Se dejaba ser vulnerable.

Dios, cómo la deseaba.

Le besó la garganta sin prisas. Tenía toda la noche para saborearla. Si ella se lo permitía.

La escuchaba suspirar, respirar, midiendo así la respuesta de ella a lo que iba haciendo. Quería que fuera especial para ella también. Si luego lo odiaba por haberla engañado, sólo tendría un arma: recordarle lo increíbles que habían sido sus sensaciones. Así que tenía que ser tan potente para ella como para él.

Posó su mano justo debajo de su seno y ella contuvo el aliento.

Apartó un poco la blusa con su boca, y fue acercándose muy

lentamente al pezón dolorido de deseo. Su ritmo era deliberado, agonizantemente lento.

Llevó el seno de Josie a sus labios. Recorrió cada una de sus pecas con su lengua.

Acarició su pezón con las yemas de sus dedos, doblándolo, retorciéndolo dulcemente mientras ella arqueaba la espalda de placer y le acariciaba el cabello. Siguió con su lengua el borde de su sujetador, cerca del pezón… pero sin llegar a él. La quería suplicante de deseo.

—Por favor…

La voz ligeramente ronca de Josie lo volvía loco.

—Shhhh… No hay prisa.

—Bob…

—No. Gime, jadea, grita o insúltame si quieres, pero no hables.

Los suaves pellizcos en sus pezones la hacían contonearse con pequeños espasmos. Su sensibilidad era increíble. Era tan caliente como él. La boca de Nick echó de menos el cuello y volvió a visitarlo, esta vez dejando que también los dientes dieran su suave juego. Su mano se quedó con el pezón en un asalto a dos bandas. Josie gritó.

La recostó sobre la camilla del camarote. Saber que estaba ahí tumbada deseándolo ardientemente lo puso al borde de una situación que hubiera sido muy embarazosa. No podía negar un sentimiento de posesividad absurdo. La miró. Su apetito voraz era muy comprensible. Su erección, fuerte y caliente, luchaba contra sus vaqueros.

A tientas, buscó la linterna que usaban para pescar. Quería verla, pero no quería que la luz fuera una intrusa en su intimidad, que pudiera provocar en ella una timidez que no había mostrado hasta ahora. Con la tenue luz que iluminaba selectos lugares del cuerpo de Josie, Nick respiró hondo para estabilizarse, pero no ayudó mucho.

Nunca había visto a una mujer tan excitada. Su pierna doblada

había subido la falda hasta las caderas y Nick podía ahora ver la ropa interior.

Nick se levantó, y se deshizo rápidamente de su camisa. La mirada de Josie sobre su torso era tan intensa que casi sentía que lo acariciaba, y su cuerpo tumbado hacía pequeños, hambrientos, impacientes movimientos.

La culpabilidad por haber mentido lo invadió, pero lo volvería a hacer. Haría cualquier cosa para tener a Josie Jackson —menuda sorpresa— mirándolo de esa manera, esperándolo.

Susan Jackson podía pensar lo que se le antojara, siempre que Josie quisiera estar con él.

Era el turno de los zapatos y de los calcetines, que fueron apartados en segundos. Se quitó el cinturón y bajó la cremallera de los vaqueros, para darle a su tremenda erección algo más de espacio.

—¿Y los pantalones?

Se sentó en el borde de la camilla. Quería estar dentro de ella ya mismo y avanzar hacia un alivio cegador. Pero también quería retrasarlo y el conflicto le hacía temblar de placer.

—No es justo. Te llevo ventaja. Te toca a ti.

Se recostó apoyándose sobre el codo. Con la mano libre le desabrochó uno a uno los botones de la camisa. La besó de nuevo, pero sin entregarle su lengua.

—Relájate, Josie.

—¿Que me relaje? ¿Ahora?

—¿Confías en mí?

—¿Qué vas a hacer?

Parecía más curiosa que asustada. Estaba sin aliento de pura expectación.

Abrió la camisa de Josie. El bonito sujetador de encaje no podía

disimular los pezones erectos.

—Voy a darte tanto placer como puedas soportar.

Cerró los dientes con mucho cuidado sobre un pezón. La espalda de Josie se arqueó al tiempo que soltaba su respiración en un grito ahogado.

—Tienes unos senos muy sensibles.

Nick se estremeció con ella.

Adoraba dar placer a una mujer, tener él el control, pero nunca antes había sido tan importante para él. Quería que lo necesitara, que necesitara lo que sólo él podía proporcionarle.

Tenía que creer que esta química explosiva era igual de nueva para ella que para él. Conociendo a las mujeres como él las conocía, la inexperiencia de ella era evidente. Sólo lo había tocado para agarrarse desesperadamente a sus hombros o a su cuello cuando necesitaba un ancla. Y había mostrado sorpresa repetidas veces cuando él había acariciado alguna zona particularmente erógena. Pensar en todos los sitios que quedaban por acariciar puso a prueba el control de Nick.

Nick empujó suavemente el hombro de Josie y ésta se dio la vuelta, levantando un poquito la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Nick sonrió y comenzó a bajar la cremallera que recorría su falda, distrayéndose con la firme carne de los glúteos que apretó con sus manos. Se inclinó y besó la parte de atrás de sus rodillas a través de las medias. El cuerpo de Josie se movía en sexys movimientos circulares. Llevaba un liguero. Adoraba los ligueros. Qué pícara, pensó Nick por un solo segundo, pues no quería pensamientos emocionales. Lo desabrochó para poder saborear la dulce y firme carne de los muslos, suave como la seda.

—Bob…

Josie enterró su cabeza en la almohada. Las sedosas medias se deslizaron por sus piernas. Nick acarició los glúteos y luego entre los glúteos. La sintió húmeda, increíblemente caliente y excitada. Su latido se desbocó y se batió momentáneamente en retirada por miedo a perderse ante el conocimiento de que ella estaba a punto.

Le recorrió la espalda a besos y desabrochó el sujetador.

Nick miró las coloradas mejillas de Josie y, al ver la manera en que ella mantenía el sujetador protegiendo sus senos, se detuvo un segundo. Josie no sabría utilizar su cuerpo para salirse con la suya. No tenía ni idea del poder que a veces las mujeres intentaban ejercer sobre los hombres. Todo lo que sentía era sincero. Sus manos temblaron.

No quería forzar nada, ni presionarla a hacer nada que no deseara. El cuerpo de Josie estaba listo, pero emocionalmente todavía estaba asimilando el increíble impulso de su mutua atracción.

Acostándose junto a ella, la rodeó con sus brazos y simplemente la sostuvo, acariciando su espalda y su cabello. Quería darle tiempo para entender lo que estaba ocurriendo, y que ella supiera que podía detenerlo todo en cualquier momento, aunque él cayese muerto. Así que la sostuvo pasiva y pacientemente mientras todo su cuerpo se rebelaba contra la demora.

—¿Qué… qué es lo que va mal?

Nick… suspiró. Por algún motivo, ella había planeado todo esto. No había otra explicación para su seducción, sus insinuaciones verbales, su disposición a ir al barco. Pero por otro lado, estaba muy insegura. Era increíble, considerando su sensualidad natural y su aspecto.

Tomó su menuda mano y la mantuvo sobre su torso.

—Josie, ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—¿Tú no?

La risa de Nick brotó sin su permiso. La inocencia de Josie era deliciosa.

—Cariño, yo dejaría hasta de respirar por estar en este barco una semana haciendo el amor contigo día y noche, y dos veces por las tardes. Pero no quiero que hagas nada que no quieras. No hay prisa. Si prefieres…

Josie frunció el ceño y habló con cierta actitud.

—Lo que quiero es que no me tortures parando ahora.

Y tras morderse los labios un segundo, se deshizo del sujetador.

Sus senos eran preciosos.

—¿Qué es lo que quieres, Josie?

—Quiero...

El color rojo invadía desde sus mejillas hasta sus senos, y Nick esperaba que se volviese a sentir cohibida cuando dijo:

—Quiero... que me vuelvas a besar.

Josie se incorporó y llevó sus tentadores pezones a la boca de Nick. Luego se sentó sobre él y dejó caer su pelvis sobre la de Nick una y otra vez buscando alivio, hasta que Nick se sintió a punto de explotar en la estrechez de sus vaqueros.

Su paciencia, su control estaban siendo seriamente puestos a prueba por la sensualidad de Josie. Lo único que le permitía mantener el control era el deseo de que todo fuese perfecto. Tenía que convencerla de que juntos eran mágicos.

Con lentos movimientos, Nick la desnudó, sin dejar de prestar atención a los excitantes pezones. Se quitó los vaqueros. Mirándola a los ojos, condujo la mano de Josie a su erección y guió sus dedos, mientras él le acariciaba, suavemente, su sexo.

Los movimientos de Josie eran torpes, pero tan excitantes que no lo podía soportar. Sus ojos soñadores, su aroma. La mano de Nick se fue en busca del lugar dónde todo era húmedo, caliente, femenino.

—¡No!

—Sí.

Lo deseaba más que nada en el mundo. La besó, sosteniendo sus piernas abiertas, gruñendo de excitación. La saboreó. Estaba deliciosamente húmeda. Presionó su boca contra ella y sumergió su lengua. Josie gritó y su cadera dio un espasmo. Con cada visita de

su lengua ella se estremecía, suplicaba y maldecía. Al borde de su capacidad de control, retiró suavemente su lengua. Introdujo dos dedos. Estaba decidido a utilizar todo lo que sabía para que Josie tuviera un orgasmo explosivo. Nunca había oído a una mujer gritar así. Su respuesta era cruda, real, intensa, sincera. Sintió cómo las contracciones crecían dentro de ella. Tenía sólo segundos para localizar un preservativo y entrar o estaría perdido.

Su empuje fue fuerte y profundo, y lo dejó congelado. El cuerpo de Josie se agarrotó del impacto, y se oyó un grito ahogado. Nick se detuvo. No sabía si quería creer lo increíble. Tenía veinticinco años, era increíblemente sexy, podía volver loco a un hombre.

—¿Josie?

La sintió estremecerse.

Josie respiró profundamente antes de contestar.

—Estoy bien.

La frente de Nick fue al encuentro de la de Josie.

—¿Eres virgen?

—Sí… Lo era.

Pero ya no lo era. Nick intentaba comprender las implicaciones. Pero aparte de un primitivo sentimiento de satisfecha posesividad, no entendía nada.

El cerebro podía esperar. Ahora mandaba el cuerpo.

Nick buscó la manera de moverse dentro de ella, suavemente. Aún bañada en lágrimas, Josie gemía de placer. Con cada movimiento, él se volvía parte de ella, y ella parte de él. Cuando él finalmente se derrumbó, ella le acarició el cuelo, las sienes, las orejas. Nick se estremeció con un sentimiento poco familiar, pero sospechosamente parecido a la ternura.

Era especial. Necesitaba saber que era especial, que aquello estaba destinado a serlo; el que ellos fueran parte el uno del otro, entrelazados, había sido guiado de algún modo por el destino. Nick tenía treinta y dos años, y no había sentido eso por ninguna mujer.

Esa hambre, esa ternura, esa conmoción. Debería estar asustado, pero aún no lo estaba.

Le había dado un precioso regalo: su honestidad, su apertura. Tenerla en sus brazos lo hacía sentir contento, satisfecho, reconciliado… después de años de relaciones vacías. Él comprendía todo esto instintivamente, pero se lo tendría que hacer entender a ella.

Entonces ella le acarició el cabello, susurrando:

—Gracias, Bob.

La realidad golpeó a Nick en las narices.

Quizá hubiera llegado el momento de explicar, porque no podría soportar que volviese a llamarlo Bob —o cualquier otro nombre de hombre— después de lo que habían compartido. Y quizá el tenerla bajo su cuerpo, cálida y suave le diera una oportunidad de que ella escuchara. Se incorporó lo suficiente para mirarla a la cara, y deseó intensamente besarla. Pero su sentido de la responsabilidad lo llamó al orden.

—Josie…

Josie levantó un poco sus caderas… provocando una sorprendente reacción inmediata que le hizo olvidar todo lo que se acababa de proponer. Las manos de Josie, antes ociosas, apretaban ahora los glúteos de Nick empujándolo más adentro de sí. Sonrió.

La manera de hablar de Josie, franca e inocente hacía que la cabeza le diera vueltas.

—¿Crees que podríamos… volver a empezar? Creo que hay cosas que me he perdido esta primera vez.

Los dedos de Josie se deslizaron inocente y juguetonamente por todo el cuerpo de Nick.

—¿Como qué cosas? —le preguntó Nick.

—Esta vez, quiero que me digas dónde tocarte. Y dónde besarte. Y dónde chupar…

Nick sólo pudo pensar una cosa:

«Mañana. Lo confesaré todo mañana».

Josie sabía que él sol estaba alto por el ángulo de los rayos al entrar en el camarote. Era un día muy bonito pero, pensó Josie, no le importaría pasarlo en ese camarote, con ese hombre, haciendo prácticamente lo mismo que habían estado haciendo toda la noche, pobre Bob. Dormía como un niño. No era de extrañar, con toda la energía que había quemado. La cama en que dormían era muy estrecha, y no muy cómoda. Había pasado casi toda la noche recostada sobre él. Ese hombre era tan sexy, que podría pasar todo un día mirándolo intentando, sin conseguirlo, acostumbrarse a él.

Pero ¿cuánto tiempo podría esta fantasía durar? Ella no era la mujer con quien él había hecho el amor, la que había tirado la precaución por la ventana y había vivido el momento.

Era una mujer sensata con un trabajo responsable, y muy leal a su hermana. Llevaba una vida tranquila en un complejo residencial para ancianos, y tenía un guardarropa discreto. Su pequeño coche marrón estaba pagado. Tenía un sólido plan de pensiones, y su vida social transcurría en la plácida e inofensiva compañía de gente mayor de sesenta y cinco años. Pronto tendría que confesar.

Con la mano sobre el torso de él, deseó que la confesión llegara lo más tarde posible. Quería dejarlo dormir, pero su mano era más fuerte que ella y se paseaba por su cuerpo. La posesividad la invadió, y quiso gritar «Es mío».

Parecía ser una parte de ella, a juzgar por el intenso calor que le producía cada vez que la tocaba, o cuando le hablaba con esa voz profunda y sexy. Inhaló de nuevo. El aroma de su piel era delicioso.

Y su piel era incitante, cubierta con vello en tentadores lugares. Sus pezones escondidos entre el vello, su abdomen, su pene reposando. Nunca había visto a un hombre desnudo desde tan cerca. Podría estar horas mirando a Bob. Él se despertó, y, ante la mirada fascinada de Josie sólo tardó un segundo en excitarse. Sus ojos se encontraron.

—He muerto y estoy en el cielo, ¿verdad?

Tenía la voz soñolienta, el pelo revuelto y la barbilla

ensombrecida por la barba incipiente. Era un hombre guapísimo, y Josie se preguntó qué aspecto tendría ella después de una noche de locura.

Él le recorrió el cuerpo con las yemas de los dedos.

—Debes de ser un ángel. Ninguna mujer estaría tan guapa a primera hora de la mañana.

Josie se sonrojó. No estaba acostumbrada a oír esas cosas.

Se acariciaron. Se recorrieron con las yemas de los dedos y con los labios.

Ven aquí.

Había sido la palabra mágica durante toda la noche. Cada vez que él probaba alguna nueva manera de darle placer, él decía esas palabras.

Quería oírselas decir todas las mañanas hasta el fin de sus días.

Se besaron con un beso tan dulce que a ella se le saltaron las lágrimas, y se revolcaron hasta que ella quedó encima de él.

—Mmmm, eres la mejor manta que he tenido nunca —dijo él, acariciándole los glúteos y estrechándola contra sí—. Y hueles lo suficientemente bien como para ser el desayuno.

Recuerdos de todas las cosas que él le había hecho aquella noche llenaron de rojo las mejillas de Josie. Sus excitantes palabras le aceleraban el pulso.

Josie le besó la punta de la nariz mientras se preguntaba cómo haría para comenzar una confesión que iba a poner fin a todas las maravillosas experiencias que se había imaginado. Seguramente le diría que no se preocupara, que no pasaba nada. Pero cuando conociera a la Josie Jackson enfermera a domicilio y hermana responsable, perdería el interés. Y la mujer que había sido esa noche pasaría a mejor vida porque ella amaba su trabajo.

Abrió la boca para comenzar a explicar… pero él estaba siguiendo con sus dedos el espacio donde el glúteo se encuentra con el muslo. Si el sonido de su respiración entrecortada era una

indicación, él estaba disfrutando tanto como ella.

Volvieron a besarse. Las palabras ya no eran posibles. Y tampoco eran queridas.

Cuando ella volvió a recostarse sobre él, su cerebro apenas funcionaba. Y esta vez fue él quien amenazó con palabras.

—Tenemos que hablar, cariño.

Era cierto. No habían podido decirse gran cosa la noche anterior. La expresión de él era seria, muy seria. Josie se preguntaba si se habría dado cuenta de que ella era un fraude...

Se oyeron pasos en el muelle.

—¡Nick! Maldita sea, Nick, ¿estás ahí?

Josie miró a «Bob», que está anonadado.

—¿Utiliza también Nick el barco de tus padres?

Con una mueca, Nick contestó:

—Todo el tiempo. Pero nunca trae mujeres aquí. Recuerda eso, ¿de acuerdo? Y no te muevas de aquí, volveré en seguida.

Josie disfrutó del placer de verlo de espaldas enfundándose unos vaqueros, pero sin abrochárselos. Estaba muy sexy.

—¡Sé que estás ahí, Nick!

—Parece que se acabó nuestra hora mágica, mi vida —dijo él.

Suspiró, y le dio un rápido beso en los labios.

—Prométeme que no te moverás de aquí.

—Te lo prometo.

—¡Nick!

—Tranquilízate, ¿quieres?

Antes de que Josie pudiera preguntar nada más, él había salido de la cabina.

Capítulo Cuatro

Tan pronto como Nick asomó la cabeza por la puerta, Bob saltó:

—Te he estado buscando por todas partes.

Estaba sin aliento y presentaba un aspecto descuidado, que no le pegaba nada, ya que Bob se enorgullecía de su inmaculada imagen.

Nick tuvo una mala premonición.

—Shh. Baja la voz ¿vale?

Agarró a Bob por el brazo y lo llevó al aparcamiento. Continúo caminando hasta estar seguro de que había puesto suficiente tierra de por medio entre la voz atronadora e irritada de Bob y el barco.

No quería que Josie oyera la conversación. La brisa húmeda y fresca del río le trajo un escalofrío al pasar por su torso desnudo.

—Ahora dime qué es lo que ocurre.

Bob se quedó mirándolo con expresión de incredulidad. A continuación ladró:

—¿Cómo que qué ocurre? ¿Qué quieres decir con «¿qué ocurre»? Quiero saber qué es lo que has hecho con Josie Jackson.

Era evidente que Bob, a pesar de ser un adulto, era demasiado ingenuo para que le contara la verdad. Por otro lado, lo que hubiera hecho con Josie era sólo asunto suyo. Esta vez a Nick no le importó lo más mínimo mentir.

—No he hecho nada con ella.

Sin que pareciera haberlo oído, Bob daba pasos adelante y atrás constantemente.

—Susan está casi histérica. Ha estado llamando a su hermana toda la noche, y al fin me ha llamado esta mañana para preguntarme cómo nos fue la maldita cita. ¡Creía que *yo* había

hecho algo con ella! No sabía qué decirle.

Aunque el sol de la mañana le abría bien los ojos, Nick decidió que era demasiado temprano para ocuparse de esto, sobre todo porque lo único que quería era volver al lado de Josie. La imagen de ella esperándolo en la cama hacía que sus músculos se endurecieran.

—¿Qué le has dicho exactamente?

La cara de Bob se puso como un tomate. El viento le revolvió el cabello castaño claro, poniéndoselo de punta, y Bob intentó volverlo a colocar en su sitio exacto antes de tartamudear una respuesta.

—Le dije que había tenido que cancelar la cita en el último momento por trabajo.

—Maldita sea, Bob.

—¡No se me ocurría ninguna mentira mejor! Y no podía ser sincero y decirle a Susan que es con ella con quién me gustaría salir, que cancelé la cita por ella.

—¿Por qué no?

Cuando Bob le había pedido que fuera a disculparse con Josie de su parte, Nick no se había mostrado muy receptivo a la idea. Se imaginaba que Josie sería parecida a Susan, y no quería más enfrentamientos con mujeres irracionales. A Susan le había caído mal desde el primer momento. Admitía haber estado algo condescendiente con ella, como Josie había contado, pero es que Susan provocaba. Esa mujer era rígida, snob y absorbente. No tenía nada que ver con Josie.

Bob y Susan se habían entendido desde el principio. A Nick le resultaba evidente que eran almas gemelas, por la conexión instantánea que se produjo.

Así que había intentado no tener demasiados prejuicios y encontrarse con ella lo menos posible.

Pero su tolerancia tenía un límite. No quería hacerle favores sacando a pasear a su hermana vergonzosa.

Gracias a Dios que había cambiado de opinión.

—Te lo he dicho millones de veces, Bob, Susan se sentirá halagada por tu interés. Deberías concederle el beneficio de la duda.

A Nick ya no le importaba que Susan lo apreciara o no, aunque la descripción de él que le había hecho a Josie era dura de tragar. Sin embargo, sus ganas de defenderse se habían visto sobrepasadas por la necesidad de conservar la confianza de Josie.

Y después de la noche que habían pasado, consideraba que cualquier insulto que hubiera aguantado había valido la pena de sobra. Le debía una a Susan. Tal vez pudiera proporcionarle a Bob.

—¡Ja! —contestó Bob—. Tendré suerte si vuelve a hablarme alguna vez. Estaba escandalizada porque hubiera dado plantón a su hermana.

Bob se cubrió el rostro con las manos.

—Le dije que Josie había comentado que necesitaba pasar algún tiempo sola, y sugería que quizá no tuviera muchas ganas de hablar ahora mismo. Susan decidió que si Josie estaba deprimida era porque yo había cancelado la cita, y eso la puso aún más furiosa.

Nick disimuló una sonrisa burlona. Pobre Bob.

—Josie no estaba deprimida.

—Claro que no. Pero nunca se me hubiera pasado por la cabeza que la traerías aquí y pasarías la noche con ella.

—¿Qué te hace pensar que está aquí?

Bob se llevó una mano al corazón y farfulló:

—Oh, Dios, está aquí, ¿verdad? Si no está contigo, entonces, ¿dónde puede estar? Susan nunca me perdonara, yo mismo nunca podré perdonármelo, yo…

Nick agarró a Bob y lo sacudió.

—Cálmate, ¿quieres? Claro que está aquí. Y está bien.

Estaba mejor que bien. Josie Jakcson era la perfección femenina personificada. Se acordó de su aspecto cuando le había prometido no moverse, y deseó empujar a Bob al río.

Se aclaró la garganta e hizo un esfuerzo para ser paciente.

—La cuestión ahora es hacer que Susan se interese por ti.

Bob ya estaba sacudiendo la cabeza, lo que lo despeinó de nuevo.

—Está convencida de que soy perfecto para su hermana pequeña. No parará hasta que estemos juntos.

—Créeme —dijo Nick, dando a su voz un tono grave y serio para hacer una declaración que Bob nunca pudiera olvidar—. La hermana pequeña y tú no estaréis nunca juntos.

Bob pestañeó al sentir el ligero tono de amenaza.

—Bueno, eso ya lo sé—dijo, señalando el barco—. El que esté aquí habiéndote conocido anoche prueba que no es mujer para mí...

Tragó saliva al ver que Nick avanzaba hacia él.

—Ten cuidado, Bob. Lo que estás diciendo suena muy parecido a un insulto.

—No, en absoluto.

Bob retrocedió ágilmente, sacudiendo la cabeza con aspecto desconcertado.

Tras unos segundos, enderezó su corbata.

—Sólo he querido decir que... bueno....

Estaba confuso, y a la defensiva.

—Estás actuando de una manera muy rara en este asunto, Nick. No me digas que no.

Nick emitió un sonido de desagrado. Comportarse como una salvaje nunca había sido su estilo, y, por supuesto, no tenía

costumbre de ir por ahí intimidando a otros hombres. Y menos a sus amigos.

Y no solía sentirse tan posesivo con respecto a una mujer. Le iba a llevar un tiempo acostumbrarse.

Dio una palmada en el hombro a su amigo y lo acompañó hasta su coche.

—Olvídalo —dijo Nick.

Cuando llegaron al borde del camino, Nick se detuvo. Estaba descalzo y no tenía especial interés en destrozarse los pies. No ahora que tenía tantos asuntos urgentes que atender.

—Ahora —dijo Nick— esto es lo que tienes que hacer: dale a Josie algo de tiempo para llamar a su hermana. Le dejaré el teléfono de mi coche. Entonces ve a ver a Susan. Tendrá ganas de hablar con alguien en quien pueda confiar. Ha estado preocupada toda la noche, y tú puedes interpretar el papel de hombre sensible y comprensivo. Mímala. Intenta hacerle saber cómo te sientes. Haz que le vaya gustando la idea. Pero no le digas que Josie estaba conmigo.

Bob había estado asintiendo con la cabeza con su seria expresión, hasta que llegó la última frase, y pareció horrorizado.

—¿Quieres que mienta a Susan?

—Ya lo has hecho.

—¿Cuándo?

Nick sacudió la cabeza al ver la expresión ofendida de Bob.

—Le hiciste creer que tú habías diseñado toda su campaña cuando fui yo quien la hizo.

—No hubiera trabajado con nosotros si hubiera sabido que la estabas haciendo tú. No le gustas mucho, Nick.

Bob lo decía como si estuviera divulgando un gran secreto.

—También le mentiste cuando le explicaste por qué no podías

quedar con su hermana. ¿Qué es una mentira más?

—Pero es que estaba tan alterada anoche que me quedé en blanco. No era mi intención mentir. Pero esto sería deliberado.

La paciencia de Nick comenzaba a agotarse.

—¿Quieres a Susan o no?

—Es una mujer estupenda —aseguró Bob con repelente convicción—. Dedicada, inteligente, ambiciosa, con una buena cabeza para los negocios.

Nick hizo una mueca.

—Sí, con esas cualidades se puede seducir a cualquier hombre.

Era como muchas otras mujeres que conocía ambiciosa y decidida.

—Te controlará la vida, ¿sabes?

Frunciendo el ceño ante el cinismo de Nick, Bob se defendió.

—No, si tengo suerte, compartirá mi vida. Y eso es lo que quiero.

—Es tu vida. Pero luego no digas que no te advertí.

—Maldita sea, Nick...

—Está bien.

Bob no carecía de atractivo, pensó Nick, intentando mirarlo con ojos de mujer. Tenía muy buena planta, aunque no era excesivamente alto. No tenía tendencia a engordar, no bebía en exceso ni fumaba. Conservaba todo su cabello y, a sus treinta y seis años, no estaba mal, aunque fuera demasiado solemne. Era limpio y ordenado.

Susan tendría mucha suerte.

—Te propongo un trato —lanzó Nick.

Estudiándolo cuidadosamente, Bob retrocedió creando espacio entre ellos.

—¿Qué clase de trato?

—¿Quieres dejar de comportarte como si fuera el mismísimo diablo?

Se enfrentaban muy a menudo, tanto profesional como personalmente, debido a sus diferentes estilos de vida y maneras de ver las cosas. Pero tanto en el negocio como fuera, habían conseguido complementarse el uno al otro y tener un trato amistoso. Eran amigos a pesar de las diferencias, o quizá gracias a ellas, y generalmente confiaban el uno en el otro.

—Quiero ayudarte.

—¿Cómo?

—Puedo conseguirte a Susan, si eso es lo que quieres.

Nick no entendía esa atracción, pero su lema siempre había sido cada uno a lo suyo. Si Bob quería a Susan, que así fuera. Tal vez Bob pudiera mantenerla tan ocupada que no tendría tiempo para hablarle mal de él a Josie.

—Me puedo enterar, por Josie, de qué es lo que le gusta y lo que no le gusta exactamente a Susan, de cuáles son sus fantasías...

—¡A Susan no se le ocurriría tener fantasías!

Por mucho que Nick mirase hacia arriba, el brillante cielo azul de la mañana no iba a ayudarlo. Cuando su mirada volvió a Bob, vio la ansiedad en su ceño. Se sintió como un padre recitando la lección de la cigüeña.

—Todas las mujeres tienen fantasías, Bob. Recuérdalo. Es un conocimiento que te será útil algún día. Y te daría mucha ventaja saber cuál es la de Susan. Te ayudaré. Dentro de un mes la tendrás suplicando que le prestes atención.

Y mientras, Josie y él podrían pasar tiempo juntos sin interferencias.

El interés de Bob estaba claro. No podía esconder su expresión esperanzada.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Simplemente no digas nada sobre Josie por ahora. Ya sabes que Susan no me ve precisamente como un ejemplo de hombría. Si se entera de que me gusta su hermana, se pondrá como un basilisco. Hará todo lo que pueda para interferir. Tengo la impresión de que Susan tiene mucha influencia sobre Josie.

O, al menos, la había tenido hasta ahora. Durante veinticinco años Josie había permanecido virgen; los diez últimos, bajo la atenta vigilancia de Susan. Pero anoche, había decidido cambiar todo eso, *con él*. Aún no se lo podía creer.

Una sensación de primitiva satisfacción masculina crecía dentro de él, junto con otra sensación más tierna. Dio por hecho que era un nuevo ataque de deseo.

Después de echarle una ojeada al barco, decidió que ya había pasado demasiado tiempo con Bob.

—Vuelve a casa. Dale a Josie al menos una hora para llamar a Susan.

Una hora sería poco, pero se las tendrían que arreglar. Podía ser muy inventivo. Y tenía la impresión de que Josie apreciaría su sensibilidad.

—Después, vete a su casa.

—No puedo presentarme allí así como así.

—Confía en mí, ¿vale? —dijo Nick, dando a Bob un ligero empujón hacia el coche—. Dile que estabas preocupado por ella. Le encantará.

Bob miró su reloj.

—Estará ahora en la floristería. Supongo que podría pasarme por allí.

—Excelente idea —lo animó Nick con otro pequeño empujón—.

Cuéntame cómo te ha ido, ¿vale? Pero más tarde. Llámame más tarde.

Bob se fue, hablando entre dientes y pensando en voz alta, una mala costumbre que a Nick no le costó ignorar en esta ocasión. Nick escuchó cómo se alejaba el coche, pero se quedó quieto, mirando al muelle. La hora de la confesión había llegado, por mucho que él no lo quisiera así.

Con sentimientos encontrados, se dirigió al barco. Josie lo entendería, tenía que entenderlo. Apenas había empezado a estar con ella.

Sus relaciones, por decisión suya, nunca duraban más de unos meses, pero ya se estaba imaginando ese tiempo con ella… y puede que un poco más.

No dejaría que ella redujera ese tiempo. Pero primero tenía que encontrar una manera de llegar a Josie, de tomar control de la farsa que había montado y hacerle entender la necesidad del engaño. Mientras se acercaba al barco, varias posibilidades se le pasaron por la cabeza.

Desgraciadamente, ninguna de ellas era muy brillante.

Josie oyó primero sus pasos y se quedó helada. Su pulso se aceleró e intentó terminar de ponerse el liguero, pero sus dedos parecían no querer funcionar. Estúpida ropa interior. ¿Cómo se le había ocurrido elegir algo tan frívolo? En su momento, ni se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera sospechar lo que llevaba bajo su sugerente ropa. Pero se había sentido tan deliciosamente mala concediéndose el capricho. Y se había sentido sexy de arriba abajo. Quizá eso le hubiera dado en parte el valor de hacer exactamente lo que deseaba la noche anterior.

No se arrepentiría nunca. Pero la noche anterior había terminado y quería estar vestida para cuando Bob regresara. Al principio, se había quedado ahí esperando, como él se lo había pedido. Pero después de un momento se había sentido cohibida. Había leído cosas sobre la embarazosa *mañana después*, y, aunque nunca hubiera vivido una antes, sabía que el estar vestida la pondría en una posición menos vulnerable. Iba a necesitar todas sus armas si quería hacer su gran confesión esa mañana.

Y de repente ahí estaba él, de pie en el pequeño pasillo, mirándola.

Era tan guapo que por un largo momento se quedó simplemente mirándolo.

Sus vaqueros, aún sin abrochar, se sujetaban sobre sus esbeltas caderas, y sus pies desnudos, muy sólidos, tomaban una postura informal. Podía ver los músculos de sus muslos, la dureza de su abdomen. Su cabello oscuro, revuelto por el sueño y por el viento, le caía sobre la frente justo encima de sus intensos ojos. No era musculoso, pero estaba en forma. Su constitución era atlética. En su torso, el vello se rizaba entre pezón y pezón, no excesivo pero sí muy tentador.

Pero no tanto como el brillante cabello que se extendía al sur de su ombligo. Conocía el lugar a donde esa sexy senda conducía y el atributo que anidaba allí. Josie conocía su cuerpo íntimamente ahora, y se sonrojó de placer e inseguridad a la vez.

—Te has movido.

El susurro la sobresaltó, y lo miró sin terminar de entender.

—Me prometiste que te quedarías como estabas, desnuda en mi cama…

Sonaba algo acusador, y ella consiguió sonreír temblorosamente. Aunque no estaba precisamente lo que se podría llamar vestida, y sólo llevaba sus braguitas, el sujetador y las ligas, se sintió obligada a disculparse.

—Lo siento. Has tardado tanto...

Su voz se arrastró lentamente al recorrer él con su mirada todo su cuerpo.

Sintiéndose demasiado expuesta en ropa interior, cambió de postura.

—¿Bob?

Vio cómo él tragaba saliva y cómo sus hombros se tensaban, y supo que debía estar agarrando con fuerza el pomo de la puerta.

—Tienes una tripa muy sexy —dijo Nick.

—Oh.

Ella miró hacia abajo tontamente, pero su tripa le pareció igual que cualquier otra tripa. Se aclaró la garganta.

—¿Va todo bien?

Él emitió un sonido incomprensible.

—¿Debo entender eso como un «sí»?

—¿Qué? Oh, sí, todo va bien. Ha sido sólo un malentendido. Olvídalo.

Entró en el cuarto y se arrodilló frente a ella, y a ella se le removió todo por dentro, derritiéndose de excitación. Él tomó sus manos, que seguían intentando abrochar el liguero, y asió sus muñecas, colocándolas sobre las caderas de ella.

—No estoy seguro de que anoche fuera real, Josie. He estado pensando ahí fuera, tratando de ver qué tengo que decir, o qué pasa a partir de ahora. Pero si quieres que te diga la verdad; no quiero ir a ninguna parte. Quiero detener el tiempo y quedarme aquí solo contigo. Al diablo el trabajo y todos los demás.

Ella comenzó a hablar. Iba a decirle que aunque fuera sábado y aunque no deseara otra cosa en el mundo que estar con él, había unos cuantos pacientes que tenía que visitar. Pero él se inclinó sobre ella, le soltó las manos, le besó el ombligo y la mente de Josie se quedó en blanco. La caliente sensación se extendió por todo su vientre según la lengua de él iba acariciando y buceando. Ella se agarró a su cabello.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, mientras le quitaba elegantemente la media y le besaba el interior de la rodilla—. Creo que hay comida en la cocina. Y café.

Cada palabra, susurrada, era puntuada con un húmedo beso en sus costillas, en sus caderas, entre sus caderas. No, no quería comida.

Ella intentaba hablar, intentaba decírselo, pero sólo le salía un gemido.

—¿Te duele, Josie?

Besó su boca abierta, y la colocó con suavidad boca arriba. Se arrodilló en el suelo entre sus muslos, y su vientre duro presionó el montículo de ella mientras su torso cubría sus senos. Sus dedos recorrían la piel de Josie de la rodilla a la pelvis y vuelta a empezar haciéndola arder con una nueva sensibilidad.

—Estoy… bien.

Enmarcando el rostro de ella con sus manos para atraer toda su atención, él preguntó.

—¿Cómo es que todavía eras virgen, cariño?

No quería hablar de eso ahora. No sabía si quería volver a hablar de ello en su vida. Intentó sacudir la cabeza pero él la sostenía.

—¿Josie?

Suspirando, intentó averiguar cual sería la explicación más rápida y fácil.

Quizá una confesión fuera lo correcto, pero no quería que las cosas salieran a la luz ahora mismo, ni interrumpir ese momento, que parecía una prolongación de la noche y seguía siendo mágico. Era un tesoro para ella. Y quería protegerlo, mantenerlo cerrado.

—Empecé en la universidad joven, cuando apenas tenía diecisiete —contó, era difícil hablar con normalidad con él tan cerca, se estremecía—. Siempre he sido una alumna digamos… aventajada, cosa que enorgullecía mucho a mi hermana. Pero como yo era tan joven y ella tenía que hacer de madre además de hermana mayor, pues naturalmente me vigiló más de la cuenta. Tampoco es que fuera necesario. Mis estudios absorbían todo mi tiempo, y no me quedaba ninguno para otras cosas. Teníamos prácticas clínicas casi todas las mañanas a las siete, además de las clases normales. Me llevó todas mis energías sacarme el diploma.

—¿Y desde que lo conseguiste?

—Trabajé durante dos años —dijo, encogiéndose de hombros—, en el hospital, y otros dos adquiriendo experiencia como enfermera a domicilio para poder montar mi propia empresa. Hay tantas licencias que obtener, tanto papeleo, que tampoco entonces tenía mucho tiempo. Ahora trabajo con ancianos. No... me ofrece muchas posibilidades de conocer a hombres jóvenes y solteros. Así que, en resumen, he estado tan ocupada sacando adelante Cuidado y Cariño que no he tenido tiempo para citas. Y, con un trabajo como el mío, tampoco iban a venir los hombres a mí. Suponiendo que quisieran, claro.

—Quieren, créeme.

Ella le sonrió, y pareció quedarse fascinado. Acarició suavemente la boca de Josie con sus dedos, le dio un beso ligero y juguetón. Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir la conversación:

—Parece que soy yo la que no ha sabido dónde buscar.

Él no sonrió.

—¿Pero me encontraste anoche?

Josie no podía admitir de ninguna manera que su atuendo era para espantarlo, no después de un desenlace tan maravilloso. Se encogió de hombros como quien no quiere la cosa.

—Susan se pasa la vida citándome con hombres, y la gran mayoría son unos perfectos inútiles; al menos, para lo que yo busco en la vida —dijo mientras le acariciaba la espalda—. Pero tú eras perfecto.

—Me alegro tanto de haber ido —contestó él, hundiendo su rostro en su cuello—. Y aún no consigo comprender cómo una mujer tan sexy como tú puede permanecer virgen tanto tiempo.

Josie intentó reírse del asunto.

—Soy muy selectiva, así que ha sido fácil.

La lengua de Nick le borró la sonrisa.

—Quiero hacerte el amor otra vez, Josie. Quiero estar dentro de ti y oírte hacer esos ruiditos tan sensuales, y sentir tus uñas en mi espalda.

Por un momento interminable, Josie se quedó sin palabras. Finalmente acertó a decir:

—Yo, también.

Él sacudió la cabeza.

—Tenemos que hablar primero.

Josie se asustó al oír la seriedad de su tono de voz. Tenía el ceño fruncido, y parecía arrepentido, casi triste. Una sensación de pánico se apoderó del estómago de ella. Intentó hablar con ligereza y sugirió:

—¿Por qué no dejamos la charla para más tarde?

Usando contra él sus propias palabras, le recorrió la espalda con las uñas, sosteniéndole la mirada, viendo cómo el deseo le oscurecía el rostro.

Deslizó sus manos por dentro de sus vaqueros y sintió sus glúteos, firmes y suaves.

—Josie —dijo en un tono que casi sonaba a advertencia y que la asustó—. ¿Quieres volver a verme?

—Claro que sí.

Lentamente él inició el vaivén al que ella ya se había acostumbrado la noche anterior. Incluso a través de los pantalones podía sentir su calor y su excitación.

Apenas podía creer que él siguiera tan interesado. Simplemente no era la reacción masculina que ella esperaba. No iba a dejar escapar una oportunidad como ésa.

—¿Qué tal el domingo? Podríamos quedar para charlar. Ahora mismo no estoy nada segura de que pueda escuchar.

Tenía que hacer un par de visitas por la mañana, pero tenía libre

el resto del día. Y mañana sería lo suficientemente pronto para confesar, lo suficientemente pronto para ver terminar su fantasía.

Con los labios rozándole la oreja, él susurró:

—Dime una hora.

—A mediodía.

—Creo que puedo esperar hasta entonces.

Se incorporó para mirarla. Posó una mano sobre su mejilla y la otra sobre su seno. Ella respiró hondo y los dedos de él acariciaron su pezón. Pellizcó suavemente y ella gimió.

—Pero recuerda, Josie, que has sido tú quien ha querido esperar hasta mañana. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo ella, intentando seguir la lógica de las palabras de él.

Entonces él la besó, y los dos supieron que ella no tenía ni idea de qué era lo que acababa de prometer. Y también supieron que, por ahora, no importaba.

—Tal vez deberías llamar a tu hermana.

Nick miró a Josie desde el asiento del conductor del camión. Se la veía adormecida y satisfecha, y sintió ganas de dar la vuelta y de llevarla de nuevo al barco. Maldita sea, nunca había conocido a una mujer que lo afectara de este modo. Pero se lo había prometido a Bob.

Se inclinó, descolgó el auricular y se lo tendió a Josie.

—Toma. ¿Por qué no la llamas ahora?

—¿Teléfono en el coche?

—Claro, somos una empresa en expansión. Tenemos que estar al día.

Josie sonrió, con esa sonrisa devastadora que revelaba toda su inocencia y su reprimida sensualidad. *Toda para él.* No recordaba

haberse acostado nunca con una virgen antes. Incluso su primera vez había sido con una chica mayor y más experimentada que él. Sin embargo, Josie no tenía nada que ver con la remilgada y mojigata imagen que él tenía de una virgen. Echó una ojeada a la minifalda y a los tacones y sonrió para sus adentros. No, estaba muy lejos de parecerse a ninguna mujer que hubiese conocido, pero era exactamente lo que hubiera podido imaginar en una fantasía.

Antes de que Josie pudiera usar el teléfono, Nick asió su muñeca.

—He estado pensando.

Josie esperó educadamente a que continuara, se aclaró la garganta, deseando que le salieran de la boca palabras coherentes.

—Lo de anoche me ha pillado por sorpresa, Josie.

—A mí también.

Otra vez esa voz suave y ronca tan de ella. Sintió que su cuerpo se agitaba y se maldijo por dejarse dominar por la libido. Era el cerebro lo que necesitaba ahora, y un poco de ese encanto que nunca le fallaba.

—Sé que lo que hemos hecho está fuera de lo corriente para ti, pero quiero que sepas que no es tampoco el desenlace habitual de mis citas. No tengo costumbre de acostarme con mujeres a las que apenas conozco.

Intentó calibrar la reacción de ella a sus palabras, pero Josie miraba hacia abajo, asiendo con fuerza el auricular en sus manos.

—Eres preciosa, Josie. Quiero volver a verte, quiero que hagamos el amor otra vez, pero hay gente que no lo entendería.

Josie saltó:

—Susan me dijo que eras conservador, pero... ¿Me vas a dejar por lo que puedan pensar los demás?

La camioneta estuvo a punto de salirse de la carretera.

—¡No! No es eso lo que he querido decir en absoluto. Lo único

que no quiero es… que nadie se entere de lo que hemos hecho. No quiero que el mundo y la estrechez de miras interfieran en lo nuestro.

Josie frunció el ceño, pensando sobre ello.

—¿Quieres que mantengamos nuestra relación en secreto?

Maldita sea, pensó Nick, ¿no podía haberlo dicho de una manera más sencilla? No recordaba haber sido nunca tan torpe con las palabras.

—¿Te importaría? ¿Al menos durante un tiempo?

Una tímida sonrisa se dibujó en la boca de Josie.

—No me importa. Lo que me preocupa ahora es qué le voy a contar a Susan. Quería que nos entendiéramos, pero creo que no se refería exactamente a esto.

Él asintió. No le cabía la menor duda de que Susan querría sacarle el corazón.

—Creo que tienes razón —dijo.

—No me avergüenzo de haber estado contigo, pero ella no lo entendería, ni lo aprobaría.

Nick se tensó, viendo venir la interferencia de Susan.

—¿Necesitas su aprobación?

—No, claro que no. Pero me importa porque ella me importa. Si supiera dónde estuve anoche, se pondría fatal. No me juzgaría con dureza, pero se preocuparía y me lo haría saber hasta el fin de los siglos. Me gustaría evitar eso.

A él también le gustaría evitarlo. Al menos hasta que todo se hubiera aclarado.

Con mucha cautela, sugirió lo que él creía necesario:

—Podrías decirle que no nos entendimos demasiado bien, y que cancelaste la cita. Por lo que me has contado, eso no debería

sorprenderla. Y así no te bombardeará con millones de preguntas que serían difíciles de contestar.

Riendo, Josie marcó el número de su hermana.

—No, no se sorprenderá. Es lo que suelo hacer. Pero no puedo decirle una mentira total. No estaría bien.

Antes de que pudiera decir nada más, Susan estaba al teléfono, y hasta Nick podía oír perfectamente el tono frenético de su voz. Miraba con un ojo la carretera y con el otro a Josie. Esperaba ser desenmascarado en cualquier momento. Entonces Josie lo miraría con sus enormes ojos verdes. Lo odiaría por su engaño y olvidaría su promesa de dejar que se explicara el domingo.

Pero Josie sonreía con complicidad mientras le explicaba a Susan que había cambiado de planes la noche anterior, pero que estaba perfectamente.

—Ya te he pedido que dejes de preocuparte por mí, Susan. Por favor, ya soy mayorcita. Si decido salir hasta tarde, o desenchufar mi teléfono, es asunto mío. No puedes tener un ataque de pánico cada vez que dejo de contestar una llamada tuya.

Nick tomó su mano.

No había mentido, pero había insinuado algo que no era cierto y se sentía mal por haberla puesto en esa posición. Tal y como Susan aseguraba, él no era trigo limpio. Mentir era algo que hacía de manera natural. Pero nunca eran mentiras que pudieran hacer daño a nadie, y nunca mentiría a su abuelo, la única familia que le quedaba. Pero había puesto a Josie contra las cuerdas. Se lo compensaría. Todo.

—Compraré algo de comer y me pasaré por la tienda cuando termine la ronda de visitas. Podremos charlar.

Hubo un momento de silencio. Josie hizo una mueca.

—Lo siento, Susan. De verdad, no era mi intención que te preocuparas. No, seguro que es un hombre encantador —se volvió hacia Nick sonriendo—. Sí, supongo que puedo darle otra oportunidad, pero ya hablaremos de eso luego ¿vale? Sí, Susan, de verdad que lo pensaré. Ahora tengo que irme. De verdad, que me

tengo que ir. Luego nos vemos. Yo también te quiero.

Colgó y soltó una risita.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

—Ha sacado inmediatamente la conclusión de que te dejé plantado. Tenías que haberla oído. Si parece que esté medio enamorada de ti. Eres inteligente y meticuloso y tienes una excelente cabeza para los negocios. Eso es mucho, viniendo de Susan.

Nick recordó lo que había prometido a Bob. No había más que oír lo que decían el uno del otro para ver que no sería difícil juntarlos. Puede que ni siquiera necesitara el mes que se había dado de plazo.

—¿Es eso lo que más le gusta de un hombre a tu hermana?

—Sí, pero tampoco es para tanto. Susan parece todo seriedad, pero ¡tendrías que verla con una caja de bombones! Creo que, en el fondo, está deseando que alguien le alegre la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Alquila en vídeo las películas más románticas. Nunca lo admitiría, pero he encontrado docenas de novelas rosas escondidas en su casa. Nunca le he dicho nada, claro. Pero creo que le encantaría que llegara un hombre y le quitara algún peso de encima. Siempre ha llevado mucha carga sobre los hombros, desde muy joven.

Intrigado, Nick se preguntó si conseguiría colar a Bob en la vida de Susan.

Ya estaba maquinando cosas. Puede que fuera más sencillo de lo que pensaba.

—¿Así que crees que Susan se derretiría si un hombre la tratara con dulzura? Esa no fue la impresión que me dio a mí. Si no recuerdo mal, yo... esto Nick intentó ser galante con ella y le dio un buen corte.

—Tendrías que entender su historia, lo mucho que ha luchado.

Cuando murieron nuestros padres ella apenas había empezado a ir a la universidad. Me querían dar en adopción a alguna familia más asentada. Tuvo que luchar por mi custodia. No fue sólo porque fuera joven, sino también por ser mujer. La desigualdad entre hombre y mujer. Eso la indignó. Creo que se pasó de la raya intentando demostrar su independencia y su capacidad. Yo la entiendo. Quiere ser respetada y no le gusta que nadie sea paternalista o condescendiente con ella.

La imagen de Josie como una huérfana asustada a cuya hermana intentaba conservar lo conmovió. Ni su vida ni la de Susan habían sido fáciles, y su simpatía hacia Susan aumentó. Tenía que convencer a Bob de que fuera a por ella, que le enviara un regalito. Lo merecía.

Se detuvieron en un semáforo y él le besó la mano, apartando los pensamientos tristes de su mente. No le importaría impresionarla con un fin de semana romántico.

—Y tú, ¿lees novelas románticas?

—No.

—¿No?

—No, no leo novelas románticas. Me van más las de terror.

Le gustó lo rápido que había contestado. Le notaba en la voz que la afectaba el tacto de su mano.

—¿De terror?

—Mmm. Cuanto más terroríficas, más me gustan. Tengo todos los clásicos: *Frankenstein*, *El hombre lobo*, *Drácula*, y también los más recientes, como Kingy Koontz. Se puede decir que las colecciono.

Le hablaba de su interés por lo macabro con una cara tan dulce que las imágenes no encajaban.

—¿De terror? —repitió él.

Ella rió al ver su incredulidad.

—Me fascina cómo la mente humana puede idear historias tan

retorcidas, que hombres y mujeres corrientes puedan escribir cosas tan terroríficas. Es muy entretenido. Paso ratos totalmente aterrada, dando un respingo por cualquier ruidito. Y, al final, me tengo que reír de mí misma. Son tan inverosímiles. Pero me gustaría tener un talento así. ¡No sería fantástico escribir una novela como las de King y que hicieran una película?

—Eres un personaje, ¿sabes?

De nuevo Josie escondió su cara con timidez.

—Lo siento —dijo—. No paro de hablar.

—Y yo disfruto de cada segundo.

Josie le indicó cómo llegar a su urbanización. El trayecto no había durado tanto como él hubiera querido. Hizo ademán de ir a salir, pero Josie lo detuvo.

—Si vamos a mantenerlo en secreto, será mejor que no te vean mis vecinos. Ya sabes lo rápido que comenta la gente.

La ansiedad oscureció los ojos de ella y él se preguntó por qué. Echó una mirada al bloque de pisos. Preguntándose cuál sería el de Josie.

—Estaba pensando que podríamos quedar en algún sitio —dijo ella.

Él quería decir que no. Quería insistir en ir a su casa, buscar pistas que lo ayudaran a entender por qué se había soltado de pronto la melena. Quería tirar la precaución por la ventana. Quería conocer todos sus secretos.

Pero él también tenía secretos que ocultar, por lo menos por ahora, así que no podía insistir sin correr el riesgo de quedar expuesto.

Pensó en posibles opciones. El barco quedaba descartado. Nunca llegarían a hablar si la llevaba allí. Y tampoco la podía llevar a su casa hasta que hubiera aclarado las cosas. Entonces se le ocurrió.

—Hay una maratón de películas de miedo en un pequeño cine cerca de mi oficina. Hay un pequeño café. Podemos vernos allí,

comer algo, hablar y ver alguna película.

No había pensado ir a un sitio público, pero quizá fuera mejor. Josie no le parecía de esas personas que montan una escena en público, así que probablemente lo escucharía más si había gente alrededor. Por lo menos eso esperaba.

La cara de Josie se había iluminado.

—He leído algo sobre esa maratón. Me había prometido a mí misma que sacaría algo de tiempo para ir, aunque tuviera que ir sola.

El corazón de Nick latió de una manera a la que no estaba acostumbrado.

Le dio un breve, cálido beso. Con sus labios aún junto a los de ella, dijo en un susurro:

—Ahora ninguno de los dos tenemos que ir solos.

Inesperadamente ella lo rodeó con sus brazos. La sostuvo sólidamente, preguntándose qué le ocurría. Él era el que tenía un maldito secreto.

Tenía la sensación de que todo iba a explotar en cuanto la perdiera de vista.

—Mañana —dijo Josie, tragando saliva—, mañana tendré que explicarte algo.

Esa era su frase, pensó Nick. Besó de nuevo su suave barbilla, luego su esbelta nariz, sus cejas arqueadas...

—Entonces los dos tendremos algo que explicar. Todo ha ocurrido tan rápido, que los dos estamos aún desconcertados. Pero te prometo que todo irá bien, Josie. ¿Confías en mí?

—Quiero confiar en ti. Pero mañana parece muy lejano.

—Muy, muy lejano.

Lo miró por un momento, y abrió la puerta.

—Tengo que irme. Tengo la sensación de que si no, te atacaré aquí mismo en tu camioneta delante de todo el mundo.

Bajó de su asiento riéndose. Pero él no era capaz de reírse, no con la reacción que esas palabras habían provocado en su cuerpo.

Antes de cerrar la puerta, Josie se volvió hacia él y sus mejillas enrojecieron. Volvía a parecer tímida y muy, muy apetecible.

—Anoche fue la mejor noche de mi vida.

Él sonrió.

—Gracias, Bob.

Cerró la puerta y se alejó deprisa, tambaleándose ligeramente sobre sus tacones.

La frente de Nick cayó sobre el volante. Era tan dulce, tan sexy, tan abierta y tan real. Le hacía sonreír, lo ponía caliente. Lo intrigaba el pequeño jueguecito al que jugaba, haciéndose la vampiresa y siendo en realidad virgen.

Capítulo Cinco

—¡Dime la verdad! ¿Quién canceló la cita, tú o él?

Josie abrió la boca, pero Susan cortó en seco.

—Si fue él, le voy a decir unas cuantas cosas. Eso es lo que él me dijo, ¿sabes? Pero me cuesta mucho de creer. Quiero decir, que es tan formal. Y me lo había prometido.

—Yo la cancelé.

El ceño de Susan era fiero.

—Supongo que nunca sabré la verdad, ¿no? Contáis versiones tan diferentes.

—Pero qué más da.

Se sentó enfrente de Josie y la miró a los ojos. Josie hizo una mueca.

Conocía ese gesto de determinación en cuanto lo veía.

—Tienes que darle una oportunidad, Josie. Es diferente a los demás. Es... estupendo.

Josie se quedó mirando su ensalada. No tenía apetito. No lo había tenido en todo el día. Sólo podía pensar en Bob y echarlo de menos, y preguntarse qué estaría haciendo ahora mismo, qué diría mañana cuando viera que ella no era la mujer que él imaginaba. No era excitante, sexy y aventurera. Era sosa y respetable; exactamente lo que pretendía despreciar.

Podía imaginar lo que un hombre como Bob pensaría de ella. Quería cambiar cosas, ir a sitios, ser atrevida y realizar cualquier fantasía que se le ocurriera. Había sido una cobarde hasta ahora, viviendo una vida tan limitada y hundiendo todo su ser en el trabajo. Había evitado cualquier riesgo de resultar herida... y toda oportunidad de disfrutar de la vida.

La noche anterior había sido un excelente principio.

Pero su hermana no lo vería del mismo modo.

—No necesito que me prepares citas, Susan.

—¿Qué citas? ¡Si nunca sales!

La ropa que había llevado para Bob era la única de ese tipo que tenía, y la había comprado para ahuyentarlo, no para atraerlo. ¿Qué pensaría de eso? ¿Qué pensaría cuando la viera con su ropa corriente y cómoda, perfecta para visitar ancianos y hacer recados?

Tendría que encontrar un término medio. Algo entre la mujer que era en realidad y la que él creía que era. Y sólo tenía hasta las doce del día siguiente para conseguirlo.

—¿Me estás escuchando?

Josie apartó de su mente la monumental tarea que se acababa de imponer y sonrió a su hermana.

—Sí, Susan, te escucho. Piensas que Bob es maravilloso.

En secreto, estaba perfectamente de acuerdo. Más que maravilloso. Increíble y sexy y... Suspiró. Era un hombre perfecto... que pensaba que ella era otra.

—Sí, pienso que es maravilloso. Y tú también lo pensarías si no fueras tan cabezota. Es perfecto para ti, Josie.

Amen. Ojalá pudiera hacerlo realidad.

—Y guapo. No es que importe a la larga el aspecto de un hombre. Pero es realmente atractivo. Orgulloso, inteligente, cortés. Y brillante en su trabajo. Hizo tan bien mis anuncios. El negocio mejora por momentos.

Algo en el tono de Susan sacó a Josie de sus pensamientos. Apartó su ensalada y contempló la expresión de su hermana. Susan se había apoyado en el mostrador, olvidado su almuerzo. Sus manos enmarcaban su rostro y sus ojos color miel estaban brillantes.

Esa era la mirada que normalmente reservaba para los planes de

expansión de la tienda, o para hacer de celestina. Josie respiró hondo, pensativa. Su nariz se llenó de aromas de flores y plantas. El aire de la tienda era por necesidad, rico y húmedo, intenso. Cuando era, una adolescente Josie adoraba la tienda. Por aquel entonces era un pequeño cuarto, y los clientes eran locales. Con el trabajo duro y la paciencia de Susan, había crecido considerablemente a lo largo de los años. Era un lugar especial, donde Josie siempre le había hecho confidencias a su hermana. Muchas conversaciones importantes habían tenido lugar allí.

Esta vez, sin embargo, era Susan la que parecía necesitar hablar.

Susan lanzó un largo suspiro que preocupó a Josie por un momento.

—¿En qué estás pensando?

Susan se sobresaltó. Normalmente sus pensamientos tenían que ver con alguna manera de aumentar la productividad, o de encarrilar la vida de Josie en la dirección que ella creía correcta. Pero esa vez no.

—Estaba pensando en lo mucho que Bob se ha disculpado por cómo han salido las cosas. Sentía mucho el haberme preocupado tanto.

Josie dio un respingo.

—¿Has hablado con él?

—¡Claro que he hablado! ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? Bob pasó por aquí hace un rato y se disculpó por haberme causado tanta preocupación. Reconoció que debería haberme llamado él mismo anoche para contarme el cambio de planes. Me ha prometido que no volverá a ocurrir. Y ahora, ¿cuándo crees que volveréis a quedar?

Josie se quedó muy extrañada. ¿Bob había estado allí, hablando con Susan? ¿Para qué le había pedido que no dijera nada, si luego se había arriesgado a ir a ver a Susan él mismo? No tenía sentido.

—¿Te dijo que quería volver a quedar?

—Sí. Esto, estuvimos hablando bastante rato. Tiene grandes

planes para su agencia, ¿sabes? Algún día le irá muy, muy bien. Será alguien. No tendrías que seguir trabajando si las cosas os fueran bien entre los dos.

Josie no pudo evitar apretar los dientes. Bob le había dicho que no tenía ningún interés en ampliar el negocio. ¿Había mentido, o lo había malentendido Susan? Se sintió abrumada por la confusión y los sentimientos encontrados.

—Me gusta mi trabajo, Susan. No lo voy a dejar nunca.

—Josie, tú sabes lo orgullosa que estoy de tí. Creo que es increíble que hayas conseguido tanto. Y te quiero por tu trabajo y tu dedicación. Pero es un trabajo muy duro para una mujer joven y soltera. Nunca tienes libre un fin de semana entero, y no puedo recordar cuándo fue la última vez que te fuiste de vacaciones. No me extraña que nunca conozcas a hombres agradables.

—¿Como Bob?

—¡Exactamente!

Susan volvió a sonrojarse y evitó su mirada.

—Hemos hablado del problema de tu trabajo, de que no puedes llevar un horario regular, y Bob sugería que no le importaría si su mujer tuviera un trabajo como el mío. Un bonito trabajo de nueve a cinco que te permitiera cenar con él durante la semana y tener el fin de semana para los niños. A lo mejor el podría ayudarte a contratar a alguien, para que no llevaras tú todo el peso...

Las palabras de Susan se iban perdiendo mientras Josie se ponía de pie de un brinco, con tal ímpetu que se dio un golpe en el codo y casi se choca contra un filodendro. Soltó un taco, dejando muy sorprendida tanto a Susan como a sí misma.

¿Cómo se atrevía Bob a discutir su vida con su hermana? No tenía ningún derecho a hacer planes para ella a sus espaldas, o a intentar cambiar su vida.

Sentía que Bob la había traicionado, y le dolía. Maldita sea, dolía mucho más de lo que debería. Necesitó respirar hondo para calmarse y poder hablar.

—Susan, aprecio mucho que te preocupes por mí, ya lo sabes. Pero te estás entrometiendo en mi vida y es hora de que dejes de hacerlo. Soy una mujer hecha y derecha. Me gusta lo que hago y es importante para mí. No voy a dejar mi trabajo por nadie, y eso incluye a Bob.

—Bueno —dijo Susan, apabullada por un segundo—, sólo pensábamos sobre el futuro. Nos preguntábamos cómo podríamos compaginar una familia con un horario tan absorbente como el tuyo.

Josie rugió, indignada ante la arrogancia de Bob. El haberse acostado con ella no le daba derecho a reorganizarle la vida. ¡Familia! Si apenas habían empezado a salir.

—Bueno, no será porque yo no lo haya intentado.

—¡Susan!

Lo dijo como una advertencia. Una cosa es que se preocupara por ella. La quería y podía tolerarlo. Pero no podía permitir que organizara su vida con cada hombre que le pareciera un candidato ideal para el matrimonio.

—Está bien. Puedo comprender una indirecta —dijo Susan, poniendo cara de estar muy ofendida—. Pero espero que estés de acuerdo en que vale la pena una asociación así.

—Relación. El tiempo que una mujer y un hombre pasan juntos fuera del negocio se llama relación, no asociación.

Susan hizo un gesto de que no importaba.

—El asunto es, Josie, que si alguna vez quieres llegar a casarte con un hombre tan perfecto como Bob, tienes que hacer alguna concesión. Él tiene toda su vida planeada hasta el más mínimo detalle: la ampliación de su negocio, la casa que construirá, y hasta los nombres que le gustaría poner a sus hijos. Créeme, merece la pena el esfuerzo.

Josie se quedó mirando fijamente a Susan. No se lo podía creer. Pero empezaba a comprender. Por primera vez en su vida a Susan le gustaba de verdad un hombre. Y no le gustaba, le encantaba. Puede que incluso estuviera enamorada. Josie tragó saliva, intentando

despejar su emborronada mente.

—¿Te has parado a pensar alguna vez, Susan, que quizá Bob valga la pena para ti.

Su hermana abrió los ojos de para en par, como si nunca hubiera oído algo tan ridículo. Se levantó y recogió lo que quedaba de las ensaladas.

—No seas ridícula.

—¿Por qué no? —preguntó Josie, quien, una vez superado el nudo en la garganta, buscaba las palabras apropiadas—. Me parece que lo admiras mucho. Admítelo, lo quieres para ti.

No quería pensar en Bob, en lo que habían compartido la noche anterior. No podía.

Josie respiró hondo.

—Puesto que yo no lo quiero, no hay razón para que tú te prives de él.

Se acercó a Susan y tomó sus manos entre las suyas.

—Te quiero, Susan, lo sabes, pero tienes la muy irritante costumbre de pensar que yo me merezco lo mejor del mundo... incluso cuando es algo que deseas para ti. Lo has hecho desde el día que murieron Papá y Mamá. Siempre has puesto mis necesidades por delante de las tuyas. Vendiste la casa y utilizaste todo el dinero para mandarme a mí a la universidad mientras tú renunciabas. Me compraste un coche cuando me gradué y tú tenías que tomar el autobús.

Susan evitó su mirada, algo abrumada, pero Josie continuó. Susan se merecía eso y mucho más.

—Has sido la mejor de las hermanas. No puedo decirte cuánto valoro todo lo que has hecho por mí, el que estuvieras ahí cuando no tenía a nadie más, el que hayas sido mi mejor amiga y mi madre además de mi hermana.

Josie se tragó sus lágrimas e ignoró su corazón herido. Apretó las manos de su hermana, que seguía sin mirarla.

—Si te gusta Bob, díselo. Te mereces ir a por todas.

Antes de que Susan pudiera responder sonó el timbre y entró un hombre que llevaba un paquete con un bonito envoltorio. «Para la señorita Susan Jackson».

Susan avanzó, los ojos muy abiertos y la mano sobre su garganta.

—¿Para mí? Dios mío, ¿De quién es?

Josie dio una propina al repartidor y miró por encima del hombro de Susan mientras ésta retiraba torpemente el envoltorio.

—¡Son bombones! No me puedo imaginar quién los envía.

Josie tuvo la desagradable sensación de que sabía exactamente quién los mandaba. Sus rodillas flaquearon. Se sentó en un taburete.

—Lee la tarjeta.

Como una niña la mañana de Navidad, Susan abrió el sobre con manos temblorosas.

Leyó la tarjeta en silencio. Se le movían los labios. Cuando se volvió hacia Josie, se los mordió, indecisa.

—¿Y? —dijo Josie impaciente.

—Dice…

Susan se aclaró la garganta y sus mejillas se pusieron color de rosa.

Dice… «Muy afectuosamente, Bob».

Qué… poco poético. Josie hubiera pensado que a Bob se le ocurriría algo mejor.

Susan se detuvo en seco y la sonrisa se le congeló.

—No significa nada, Josie.

—Claro que sí —dijo Josie, muy cariñosamente.

—No. Sabía que estaba preocupada por ti anoche y es su manera de demostrarme que me comprende.

—Creo que es su manera de demostrarte que está tan interesado como tú.

—¡No! No seas tonta. Es simplemente que es muy amable y considerado. Siempre está pensando en los demás, hasta en ese socio suyo tan desagradable, Nick ¡Ese sí que es un hombre del que no te puedes fiar! Se nota con sólo mirarlo. Está demasiado acostumbrado a salirse con la suya. Pero Bob es diferente. Es meticuloso y…

Mientras Susan seguía y seguía, intentando convencer a Josie y abrir la tapa de la caja, Josie hacía lo que podía para no perder la sonrisa. Tenía calambres en el estómago y las sienes le iban a estallar, había hecho el ridículo de la peor manera, y probablemente había causado daños a algo que era muy especial para su hermana. El problema era cómo solucionar las cosas.

Susan llevó los bombones a la nevera y Josie hizo lo único que se le ocurrió.

Fue a buscar una de las tarjetas en blanco que había en el mostrador y la rellenó. Sería más sencillo escribir lo que tenía que decir que enfrentarse a Bob y decirlo en alto. De hecho, iba a pasar mucho tiempo antes de que volviera a ver a Bob. Escribió el nombre en el sobre y la grapó a un bonito cesto de plantas. Se suponía que las plantas limpiaban el aire de productos químicos y, en su opinión, el aire estaba bastante enrarecido. Le añadió un bonito lazo, rellenó el formulario amarillo y colocó el cesto junto con las demás plantas a enviar.

Sacudiéndose las manos como marcando que había terminado, volvió a sentarse.

En realidad no se sentía mucho mejor por haber dejado consumada la ruptura, pero por lo menos todo había terminado. Si su conciencia no estaba limpia, por lo menos estaba aliviada.

Lo difícil sería intentar olvidar cómo había sido estar con él, sentir su calor, su olor, su… No. No pensaría en eso. Para nada.

Cuando Susan volvió, canturreando y con su aspecto de cría recuperado, Josie perdió la compostura.

Estaba muy bien recriminarse, y probablemente lo merecía. Pero lo que había hecho, lo había hecho sin saber nada. Bob tenía que haber dicho algo. ¿Así que se había arrojado a sus brazos? Con su aspecto, su cuerpo y su encanto, debía ocurrirle muy a menudo. Podía haberse resistido, podía haber sido un caballero y haberle dicho la verdad, que su propia hermana estaba interesada en él. Susan se merecía otro tipo de tratamiento. Y era inimaginable que Bob no se hubiera dado cuenta de los sentimientos de Susan. No era un ingenuo y debía conocer de primera mano la adoración femenina.

Y, a todo esto, ¿por qué aceptaba una cita a ciegas? Seguro que tenía mujeres a puñados.

Ahora veía las cosas bajo otra luz. Bob había dicho, muchas veces, que tenían que hablar. Pero ella siempre lo aplazaba. ¿Había intentado decirle que lo que habían compartido no era más que una aventura impulsiva para él? ¿Quizá hubiera planeado decírselo todo al día siguiente? Por Susan, esperaba que así fuera. Con todo lo que sabía ahora, veía claro lo mucho que Bob y Susan estaban hechos el uno para el otro.

La camioneta de reparto se llevó las flores y Josie decidió que era hora de ir a casa. Susan no se dio cuenta del envío extra. Firmó todos los impresos mientras iba y venía a la nevera por más bombones recitando las bondades de Bob. Josie le dio una propina al repartidor para asegurarse de que llevaría el cesto de Bob inmediatamente. Esperaba que estuviera aún en la oficina, como Susan pensaba. Quería que le llegara ese día.

Susan estaba mirando por la ventana con una enorme sonrisa. A pesar de lo desilusionada que se sentía, Josie no pudo evitar sonreír también. Se alegraba por su hermana. Susan se merecía algo de felicidad cualquiera que fuera el coste. La llamó.

—Eh, hermanita, ¿hay alguien ahí?

Susan se volvió hacia ella.

—Lo siento. Estaba pensando.

—Vaya, me pregunto en qué.

Ver a Susan sonrojarse era una novedad. En otras circunstancias Josie le hubiera tomado el pelo hasta cansarse. Pero ese día simplemente no tenía ganas.

—¿Vas a llamarlo para darle las gracias?

El rosa de las mejillas se desvaneció y Susan volvió a su habitual expresión de seriedad.

—Claro que no. ¿Por qué no le das las gracias tú por mí cuando volváis a quedar?

—Susan...

—Me has prometido que le darás otra oportunidad, Josie. No me decepciones ahora.

Josie intentó disfrazar su malestar. Susan podía ser tan cabezota cuando se empeñaba en algo.

—Sólo por una vez, ¿por qué no haces lo que tú quieres en lugar de pensar en mí?

—Pues porque eres mi hermana, por supuesto. Y porque sería un marido perfecto para ti, Josie. Simplemente lo sé.

Josie calmó el calambre en el estómago y sonrió.

—No se puede dictar el amor, Susan. Ocurre cuando menos te lo esperas.

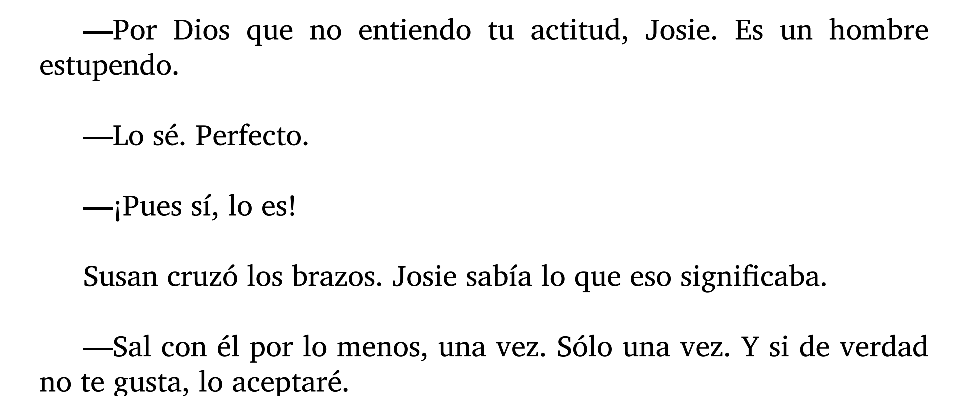
Si sus palabras sonaban tristes e incrédulas, Susan no lo notó.

—¡Pero ni siquiera le has dado una oportunidad!

Josie cerró los ojos. No quería que Susan notara su sentimiento de culpa.

Detestaba tener que mentir a su hermana.

Susan gruñó.



—Por Dios que no entiendo tu actitud, Josie. Es un hombre estupendo.

—Lo sé. Perfecto.

—¡Pues sí, lo es!

Susan cruzó los brazos. Josie sabía lo que eso significaba.

—Sal con él por lo menos, una vez. Sólo una vez. Y si de verdad no te gusta, lo aceptaré.

Aunque sabía que era un error, Josie no vio otra manera de escapar.

—¿Y admitirás que eres tú la que se siente atraída por él?

—Yo no he dicho eso.

—Susan.

La voz de Josie era toda una advertencia.

Abandonando las armas, Susan cedió.

—Bueno, está bien. Si vuestra cita no sale bien, lo... lo consideraré para mí. Pero créeme, Josie, lo vas a adorar. Es sólo que no te das cuenta de lo que te pierdes.

Pero Josie lo sabía. Ojalá no lo supiera.

—Me alegro de que hayas decidido pasar aquí unas horas.

—Unos minutos, Bob, no unas horas.

Cada uno de ellos tenía su propio espacio, conectados por una puerta que casi siempre permanecía abierta. Compartían el acceso a las salas donde estaba el equipo gráfico e informático que utilizaban.

—¿Tú crees que tengo aspecto de ir a quedarme en la oficina?

Bob echó un vistazo al polo y a los pantalones verdes de Nick.

—No mucho, pero contigo nunca se sabe.

Nick se preguntó si debía ofenderse, ya que él siempre llevaba traje en la oficina, pero no se molestó, en ese momento tenía otras cosas en la cabeza.

—Sólo he venido a buscar el archivo de Ferguson. He pensado llevármelo a casa a ver si esta noche se me ocurre alguna idea.

Bob se acercó a él con una taza de café en la mano.

—No tenemos que hacer una presentación para ese proyecto hasta dentro de un tiempo.

—Lo sé. Pero tengo la noche libre.

Nick captó la mirada de reproche de Bob y sacudió la cabeza.

—Anímate, Bob. Es sábado. El trabajo no se habrá movido de aquí cuando volvamos el lunes.

—Lo cierto es que me preguntaba cómo es que tienes una noche de sábado libre.

—Eso es muy excepcional, ¿no?

Nick se encogió de hombros. No tenía intención de explicar a Bob lo que no entendía muy bien él mismo. Josie no le había pedido que dejara sus viejas costumbres, pero él lo había hecho de todos modos. Y le rondaba por la cabeza que quizá ella no fuera tan considerada. No estaba acostumbrado a preocuparse por lo que hiciera una mujer, y no le gustaba. ¿Pero qué posible asunto podría ella llevarse entre manos de la noche a la mañana?

Tampoco es que saberlo hubiera alterado su decisión. No quería salir con nadie más que con Josie, y por otro lado, después de todas las actividades del día, estaba demasiado cansado para salir. Pero quedarse sentado en su casa lo volvía loco. No podía dejar de recordar su cálida fragancia, el increíble tacto de su piel, su dulce gemido cada vez que él…

Abrió otro cajón y rebuscó entre los archivos. Necesitaba distraerse desesperadamente y el proyecto Ferguson sería la

solución.

Sepultado entre archivos, oyó que alguien llamaba a la puerta y que Bob hablaba con alguien. Nick sólo acertaba a ver un enorme cesto de flores y plantas. Pestañeó, levantó la cabeza y se dio con el cajón abierto que tenía encima.

—¡Maldita sea!

—¿Estás bien?

—Sobreviviré.

Frotándose la coronilla, dio un salto hacia dónde Bob estaba abriendo un pequeño sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó Nick.

—Le envié a Susan una caja de bombones. Supongo que ha decidido mandarme unas flores.

—¿Flores, eh?

Nick miró el cesto con interés. Ninguna mujer le había enviado nunca flores.

Jugueteó con una hojita verde, intrigado y algo en—vidioso.

—Ummm... —dijo Bob, volviendo a meter apurada—mente la tarjeta en el sobre—. Creo que son para ti.

—¿Para mí?

—Sí. La tarjeta está a mi nombre, pero las envía Josie. Supongo que no has aclarado las cosas todavía.

En parte encantado por el gesto del regalo y en parte avergonzado al verse sorprendido en su mentira, Nick miró hacia el techo.

—Lo intenté. Pero ella no quería hablar de nada serio. No era el momento. Decidimos que aclararíamos las cosas mañana. Vamos a comer juntos y al cine.

—¡Pero si es la hora de nuestra partida de poker! Nunca te has perdido un domingo.

Nick se sabía bien sus costumbres. No necesitaba que Bob se las recordara.

—Os echaré de menos mañana.

—¡Pero... pero, esto no tiene precedentes! Nunca has cambiado tus planes por una mujer.

Nick apretó los dientes. Era verdad y lo irritaba. Y ni siquiera había sido Josie quien se lo hubiera pedido. Lo había hecho por su propia voluntad. Pero no se arrepentía. Eso era lo más extraño.

Bob estaba mirándolo, calibrando la situación, así que Nick encogió los hombros como si no tuviera la menor importancia.

—Pues mañana será la primera vez.

Bob dudó un segundo, y farfulló, mirando hacia otro lado:

—Puede que no. Tal vez deberías leer esto.

Nick observó atónito cómo Bob salía de su despacho después de lanzarle el sobre, cerrando discretamente la puerta. Nick echó otro vistazo al centro de plantas. Era muy bonito y se sentía absurdamente conmovido por el gesto.

Abrió el sobre y comenzó a leer.

Querido Bob:

Ayer no era yo misma. Si conocieras mi verdadera personalidad, comprenderías lo que quiero decir. No sería bueno para mí que nos volviéramos a ver.

Si de verdad quieres una relación duradera, te sugiero que llames a Susan.

Te deseo lo mejor, Josie

La leyó dos veces, sin poder creer que ella pudiese hacer algo así. Entonces maldijo. Saliendo del despacho como una exhalación, fue al encuentro de Bob. Lo halló sentado en su escritorio, haciendo como que estudiaba unos papeles.

—Tú le has enviado a Susan una caja de bombones hoy, ¿verdad?

—Pues...

Y se las has enviado a la tienda, ¿me equivoco?

—Bueno…

—Y has tenido que firmar la tarjeta, en lugar de quedar como un admirador secreto como te sugerí, ¿correcto?

—Esto...

—¡Maldita sea, Bob, ¿sabes lo que has hecho? ¿sabes qué es esa planta? Yo te diré lo que es. Es un maldito regalo de despedida. Josie me da el pasaporte porque cree que yo soy tú y aparentemente piensa que voy a por Susan.

Bob se levantó de un salto.

—¿Y de quién fue la brillante idea? Tuya, no mía. Yo te dije que le contaras la verdad.

—Y tú me prometiste que me darías un poco de tiempo. Si hubieras seguido nuestro plan original y hubieras jugado al admirador secreto, nada de esto hubiera ocurrido.

—No se me dan bien los juegos y tú lo sabes. Me habría puesto rojo cada vez que me mirara. Susan no hubiera tardado ni cinco segundos en averiguar que había sido yo. Y entonces hubiera quedado como un estúpido.

—Hubieras quedado como un romántico.

—Cosa que no soy. Y hubiera terminado en la misma posición en la que tú estás ahora.

Tenía algo de razón. Nick suponía que toda la culpa era suya,

pero eso no lo ayudaba a averiguar cuál tenía que ser el siguiente paso. Una sensación de pánico comenzó a apoderarse de él. Tenía que hacer algo.

—Debería ir a verla.

—¿A quién, a Susan?

La irritación de Nick aumentó.

—No, a Susan no —dijo, pasándose la mano por su negro cabello—. Esa mujer me odia, ¿recuerdas? Quería decir a Josie.

—¿Sabes dónde vive?

—Conozco el edificio, pero no sé cual es el apartamento. ¿Podrías conseguirme la dirección exacta? —preguntó a Bob esperanzadamente.

—Olvídalo. Susan ya está demasiado empeñada en que vaya a por Josie. Esa mujer no se da cuenta de su propio atractivo. Me llevó tiempo esta tarde ablandarla un poquito, pero aún sigue decidida a que salga con su hermana. Si ahora le pregunto la dirección de Josie, pensará que su intuición era correcta y no tendré nada que hacer. Será como dar tres gigantescos pasos hacia atrás.

—Dios, ¡qué lío!

Nick dio un puñetazo sobre la mesa.

—Piénsalo, Bob. Susan te quiere para Josie, pero tú quieres a Susan. Yo quiero a Josie, pero piensa que yo soy tú y que me gusta su hermana.

Gruñó, y se le encogió el estómago al acordarse de lo herida que debía sentirse Josie. ¿Pensaría que, la noche anterior, no había hecho sino utilizarla? Dios, seguro que lo odiaba. Y no la culpaba por ello. Había sido un estúpido.

—¿Y cómo lo vamos a solucionar? —preguntó Bob.

Nick cerró los ojos, agotado.

—Tú no puedes pedirle a Susan la dirección de Josie porque

pensará que te gusta su hermana. Yo no se la puedo pedir porque nunca me la daría. Así que supongo que tendré que ir allí y llamar a todos los timbres.

—Estás de broma, ¿no?

Nick lo miró a los ojos.

—Hablo totalmente en serio. A menos que tú tengas una idea mejor.

—Ahora que me acuerdo, Susan mencionó el nombre de una mujer que está en la comisión que se ocupa del complejo donde vive Josie. Su sobrino se ocupa del jardín, y ella se ocupa de resolver los problemas. Vino a verme porque quería consejo sobre publicidad barata para un negocio que está montando. Seguro que ella sabe dónde vive Josie.

Nick se frotó las manos y parte del pánico desapareció. Todo iba a salir bien.

Tenía que salir bien. Ninguna mujer lo había desequilibrado de este modo.

No sabía cómo reaccionar, eso era todo. Sólo necesitaba algo más de tiempo.

Quería hacer el amor con ella, tocarla. Juntos, eran dinamita, y eso lo ayudaba a entender el efecto que provocaba en él. Dios, le subía la temperatura sólo de pensar en ella, y sin embargo, ella lo había dejado y eso no tenía precedentes.

—Dame el número de teléfono de esa mujer.

—Puedo hacer algo más que eso.

Bob rebuscó en su cajón y sacó una tarjeta de visita rosa. Se la tendió a Nick.

—Esa es su dirección en el complejo de pisos. Creo que conoce bastante bien a Josie. Te dirá dónde encontrarla.

Nick se la metió en el bolsillo, aliviado. Su rostro expresaba una determinación de hierro.

—Te daría un beso.

Bob puso cara de horror, pero Nick consiguió darle al menos una palmadita en el hombro.

Josie Jackson lo tenía claro. Ella podía creer que había dicho la última palabra con esa maldita planta, pero se iba a encontrar con un brusco despertar. Había empezado este juego con su sexy faldita corta y su tentadora sonrisa. Había puesto el punto final. Pero ahora le tocaba a él poner las reglas del juego. Ya no más misterios. Ya no más nombres falsos. Averiguaría por qué se había hecho la vampiresa, por qué lo había elegido a él para ser su primer amante. Necesitaba recuperar algo de control.

Fue a buscar su planta con su bonito lazo y sus vistosas flores, y se despidió de Bob al salir.

Ahí se quedó el archivo del proyecto Ferguson.

Cada vecino del complejo se lo había quedado mirando, y él había devuelto la mirada. Llevaba ventaja: la mayoría de ellos debían ser miopes. Algunos necesitaban gruesas gafas, otros tenían los ojos vidriosos.

Ni uno de ellos tenía menos de setenta años.

Se había quedado parado ante la puerta de Josie, deseando espiar por alguna ventana. Pero quedarse más tiempo podía despertar sospechas entre los vecinos. Josie no había vuelto aún, así que se fue a dar una vuelta.

Se fijó en los bien cuidados jardines, en la simetría de cada edificio.

Como llamaba demasiado la atención, había esperado otro rato en el coche.

Hacía mucho calor y eso hacía aumentar su frustración.

¿Dónde diablos estaba? A la señora Wiley, una abuelita de pelo blanco que deseaba dar publicidad a sus fiestas para ancianos, no le había importado nada acompañarlo en su espera. Se había disculpado, alegando que no podía pensar en un anuncio para sus

actividades así de sopetón. Aun así, antes de salir de allí, ella había insistido en que se llevase un catálogo.

La señora Wiley tenía un aspecto algo ingenuo, y era agradablemente redondita, con una redondez casi voluptuosa que en el pasado debía haber derretido a más de uno. Usaba su encantadora sonrisa para convencerlo de que aceptara el trabajo. Quería algo sencillo y barato, decía. Jugaba tan bien con su edad y su fragilidad que Nick había sucumbido. ¿Pero cómo se anunciaban las novedades para ancianos?

Josie llegó por fin al aparcamiento. Le costó mucho trabajo reconocerla, conduciendo su pequeño coche marrón, con el pelo recogido, sin maquillaje.

Parecía una adolescente pizpireta, no una mujer caliente y sofisticada. No tenía nada que ver con la fantasía masculina que lo había vuelto loco la noche anterior.

Levantó una ceja. En cierto modo, pensó, estaba aún más guapa.

Se aclaró la garganta y se levantó. Ella aún no lo había visto. Con sus vaqueros y sus zapatillas de deporte blancas, con la bolsa de la compra en la mano, era una estampa hogareña, no un sex symbol.

Los músculos de Nick se tensaron.

—Josie.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Aclarar las cosas.

Las mejillas de ella cobraron color.

—¿No has recibido mi mensaje?

El asintió con la cabeza.

—Sí, pero no voy a permitir que me dejes plantado con una maldita planta. Tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar.

—Sí lo hay. Y creo que será mejor entrar dentro que dar el espectáculo aquí fuera.

El público eran tres señoras mayores escondidas detrás de un arbusto y dos hombres que pretendían charlar, pero que no se perdían detalle. Josie no se había dado cuenta. Su rostro estaba colorado y su expresión era hostil.

Cerró su coche, confusa, enfadada y avergonzada a partes iguales.

—¿Josie?

Los hombros se le agarrotaron.

—Um, me has pillado por sorpresa.

Él sonrió.

—Exactamente —dijo, cambiando inmediatamente el tono de voz—. Te echaba de menos. Estás guapísima.

Ella reaccionó con un sonido despectivo y se dirigió al inmueble a marchas forzadas. Nick disfrutó viéndola caminar con sus ceñidos téjanos. Cuando llegó a esa puerta que Nick conocía ahora tan bien, el pulso de Nick se aceleró, y su determinación creció.

—Saca la llave, Josie, por favor.

Ella seguía dándole la espalda.

—El caso es que no quiero que entres.

Sintió que Josie se estremecía.

—Me gustas con el pelo recogido. Es sexy.

Su tono era suave, persuasivo y sedante.

—Claro que podrías llevar una máscara anti-gas y seguirías siendo sexy.

Ella se tensó aún más.

—No digas ridiculeces. Parezco una...

—¿Una mujer activa? Lo eres. No tiene nada de malo.

Josie respiró hondo.

—No quiero volver a verte.

Nick sintió un pinchazo en el estómago, pero continuó.

—Puedo hacer que cambies de opinión. Sólo deja que te explique.

—No te vas a mover de aquí, ¿verdad?

—No.

—Está bien.

Josie introdujo la llave en la cerradura y entró, con Nick pisándole los talones por si se arrepentía y le cerraba la puerta en las narices.

Estuvo a punto de chocar con su trasero cuando ella se inclinó para depositar su bolso sobre la repisa. Las caricias, los besos que había dado a aquel trasero volvieron a su mente.

Ahogó un gemido y la siguió a la cocina. Josie lo miró, desafiante, cruzada de brazos.

Nick echó una mirada al apartamento.

—¿Observando mi reacción?

Ella apretó los labios.

Su casa era interesante. Muy casera. Todo limpio, ordenado y bonito. Todo parecía ser de miniatura. La mesita de comedor apenas ofrecía espacio para una persona y las sillas tenían aspecto de ir a derrumbarse en cuanto Nick se sentara en una de ellas.

—Tu casa parece muy tuya.

—Ni siquiera me conoces, así que ¿cómo puedes emitir ese juicio?

Nick se acercó a ella. Suavemente, con los nudillos, le acarició el abdomen.

—Te conozco. Mejor que ningún otro hombre.

Josie, cerró los ojos, temblorosa. Los dedos de Nick escalaron hasta justo debajo de su seno.

—¿Josie?

Ella se mordió los labios y luego tomó la mano de Nick.

—Tienes que escucharme, Bob. Lo de anoche fue un error.

—No.

—Sí. ¿Ves todo esto? —dijo Josie, señalando su cocina—. Crees que soy como Susan, igual de amita de mi casa y de conservadora. Pero no me llena. Quería...

Se interrumpió al estrecharla Nick contra su torso. La besó apasionadamente mientras dejaba deslizar sus dedos por toda su espalda.

—Me gusta tanto sentir tu cuerpo, Josie...

Ella le impidió terminar la frase. Se besaron de nuevo, explorando, saboreando, seduciéndose mutuamente.

—Y tu sabor es aún mejor. Dulce y caliente.

Lentamente, Josie abrió los ojos. Y sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—Esto no puede funcionar.

—Ya está funcionando.

—No —contestó ella, intentando retirarse—. Quiero libertad, Bob. Nada de ataduras, nada de compromisos. No tengo ningún interés en casarme, ni en formar una familia. Yo...

—Yo tampoco.

Josie abrió la boca, sorprendidísima, pero Nick continuó rápidamente.

—Y no soy Bob, así que por favor no me llames «Bob». Lo odio.

Por una décima de segundo la expresión de Josie se quedó completamente congelada. Fue a refugiarse detrás de la mesa y miró a Nick, horrorizada.

—¿De qué estás hablando?

—Te mentí. No soy Bob. Soy Nick, su socio.

Josie pestañeó, y se puso muy pálida.

—Gracias por el cesto de plantas. Pero no puedo soportar que me dejen plantado.

—¿Tú no eres Bob?

—No. Bob está loquito por tu hermana. Por eso fue a verla. Yo soy el socio malo, sin talento, sin cerebro y sin escrúpulos que le cayó tan mal a tu hermana.

Josie sintió cómo se le caía la mandíbula, pero se recuperó al instante.

—¿Me mentiste deliberadamente? —dijo, temblando de rabia—. ¡Anoche, durante toda la noche, me dejaste creer que eras otro hombre!

—No tenía intención de hacerlo.

Él la miró a los ojos, fascinado por la furia que contenían. Sus mejillas ya no estaban pálidas sino a punto de estallar de ira. Su boca era toda indignación. Quería volver a besarla, quería devorarla.

—Josie, yo sólo fui al bar para decirte que Bob no iría porque es a Susan a quien quiere. Pero cuando apareciste, tan sexy, tan ardiente, mi cerebro se volvió gelatina y me lancé. Típica reacción

masculina. Perdóname. No es lo más decente que he hecho en mi vida, pero lo cierto es que me volviste loco.

Ella dio un amenazador paso adelante.

—Me mentiste deliberadamente.

—Creía que esa parte de la cuestión ya había quedado clara —dijo Nick, preguntándose qué iba a hacer ella—. Ahora me gustaría llegar a la parte de tu pequeño engaño.

Josie se quedó de piedra.

—¿Mi engaño?

—Eso he dicho. Me hiciste creer que tenías toda la experiencia del mundo, cuando eras virgen.

—Yo no hice nada de eso.

—Esa manera de hablar, esa manera de mirar... nadie hubiera adivinado que eras virgen. Luego me hiciste creer que era porque no habías tenido tiempo de darte el gusto de seguir tus deseos. Me soltaste esa larga historia sobre lo ocupada que habías estado estudiando y montando tu negocio. Y ahora resulta que eres casi como un anuncio de detergente. Me apuesto lo que quieras a que todas tus toallas son a juego. ¿Me equivoco?

Josie ya no estaba colorada. Ahora sólo estaba enfadada.

Nick se propuso averiguar más cosa sobre ella.

—No se puede decir que eso fuera un engaño. Mira, estaba muy ocupada, realmente ocupada. Pero he decidido vivir el lado salvaje por una temporada. Quiero ser libre, salir con muchos hombres diferentes, explorar ese reino de sensualidad que visitamos ayer. Sí, he vivido una vida muy tranquila, y me gustaba. Pero ya no. Quiero diversión, sin ataduras.

Nick le tendió los brazos.

—Perfecto —dijo—. Es exactamente lo que yo siento.

Pero Josie sacudió la cabeza, con una sonrisa demoledora.

—Tú has sido mi punto de partida. La puntita del iceberg.

Nick era incapaz de saber si lo decía en serio, o si tan sólo lo estaba castigando por haberle mentido. Parecía estar divirtiéndose torturándolo.

Tenía que retomar algo de control.

—Ni soñarlo.

—Tú no tienes nada que decir sobre el asunto, Nick.

—Ni soñarlo.

Parecía un papagayo, pero no se le ocurría ninguna otra frase. Estaba furiosa y se las estaba haciendo pagar. Y lo estaba consiguiendo. La idea de que otro hombre pudiera tocarla hacía que le hirviera la sangre. En su vida había sentido celos por una mujer. No le gustó nada la sensación.

Por fin se le ocurrió un plan. La miró mientras perfilaba los detalles.

—Te propongo un trato.

—¿Qué clase de trato?

Sosteniéndole la mirada, se acercó hasta que apenas los separaba ningún espacio. Podía estar enfadada con él pero estaba claro que su cuerpo no lo estaba. Él le acarició el rostro. Ella ni siquiera pestañeó.

Nick acercó los labios a su oreja.

—Te ofrezco más excitación, más placer sensual de lo que nunca pudieras imaginar. Te ofrezco hacerte estremecer hasta que pidas clemencia.

Sus dedos se dejaron resbalar hasta sus glúteos, luego entre sus glúteos.

Josie sintió la erección contra su vientre y Nick inició un ritmo irresistible que les aceleró el pulso a mil por hora.

—Tendrás sensaciones que te volverán loca. Puedo dártelas, Josie. Sabes que puedo… Pero tiene que ser exclusivo. Sólo para mí. Mientras estemos juntos, mientras sigamos deseando vernos, no puede haber otros hombres. Cuando tengas ganas de explorar, vienes a mí.

Contuvo el aliento, esperando la respuesta. Su cuerpo sufría de puro deseo, su cabeza daba vueltas intentando evitar un sentimiento que no quería contemplar. No podía ni pensar en compartirla.

Ella pasó los dedos por su torso en dirección a su cuello. Con un suavísimo gemido dijo:

—Trato hecho.

Capítulo Seis

Sin esfuerzo, Nick la sentó sobre el banco de la cocina. Empezó a levantarle la camiseta y Josie se estremeció. Era una locura, pero no lo detuvo.

—¿Nick?

—Por fin —dijo, agarrando el muslo de Josie—. No te imaginas cómo odiaba que me llamases por otro nombre.

Cerró la boca sobre su pezón a través del sujetador, y ella echó la cabeza hacia atrás, sin aliento. Lo sentía por todo su cuerpo, y, especialmente, muy adentro, bajo su vientre. Cuando él apartó su sujetador, supo que tenía que detenerlo antes de que lo que iba a decir perdiera toda importancia.

Entre jadeos, consiguió articular un par de palabras.

—Pongo una condición.

Se quedó sorprendida al escuchar:

—Muy bien. Pero dímelo rápido. Si no, me muero.

Levantó la cabeza para mirarla. Josie vio los ojos de Nick brillantes de deseo y sus mejillas incendiadas. Estaba tan sexy que casi, olvidó lo que tenía que decir. Pero era importante. Él le había mentido y ella había hecho el ridículo hablando sin parar sobre el odioso socio, Nick, y cada vez que se acordaba quería que se la tragara la tierra. Y él la había dejado continuar.

Por otro lado, había intentado evitar el ridículo alegando sus ganas de vivir la vida y de tener variadas experiencias. Él le había tomado la palabra y le había hecho una tentadora propuesta. Pero si iba a jugar al juego de Nick, entonces tendría que tener ella el control de la situación para asegurarse de que nunca más estuviera en condiciones de volver a engañarla. Tomaría lo que él le ofrecía... pero en sus propios términos.

—¿A esto le llamas preludio, cariño, a hacerme esperara hasta

que pierda la cabeza? No falta mucho, créeme. Con el día que llevo, la demencia está a la vuelta de la esquina.

Aquellas juguetonas palabras la sacaron de sus pensamientos.

—Yo tengo que llevar las riendas.

Nick levantó una ceja.

—¿Las riendas de qué?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—De lo que hacemos.

—¿Entonces es de esto —dijo Nick, arrastrando su mano por los vaqueros de ella hasta posarse sobre la cremallera—, de lo que quieres llevar las riendas? ¿Quieres controlar nuestra relación, lo que hacemos y lo que no hacemos, dónde... y cómo lo hacemos?

Josie tragó saliva. Nick era en toda regla el indeseable que su hermana decía que era. Demasiado seguro de sí mismo y del efecto que causaba sobre ella.

—¿No es eso? ¿Lo he entendido mal?

Había una nota de humor en sus negros ojos. Mantenía su mano sobre su cremallera, y tomó la mano de Josie con la otra para besarle los dedos y conducirla hasta su erección. Dejó de sonreír y su expresión era intensa.

—¿Así es como quieres controlarme, Josie?

Se sentía vivo y excitado. Instintivamente, ella cerró los dedos sobre él a través de la ligera tela de los pantalones.

—Esta es la manera más eficaz de controlar a un hombre.

Josie sintió la tensión de su virilidad en la palma de su mano y el calor le recorrió la piel. Estaba a punto de estallar.

—¿Es eso lo que quieres, corazón? No tengo ninguna objeción. Tú llevas las riendas.

Josie comprendió por qué había necesitado poner esa condición. Necesitaba saber que él no pondría pegas a que ella tomara el control. Le asustaba que por norma tuviera que tenerlo él. Pero no tenía más remedio que aceptar que, en el asunto que se traían entre manos, el experto, al menos por el momento, era él. Y ella quería esa experiencia.

Satisfecha con la respuesta y más excitada que nunca, cambió de planes.

—Creo que me fiaré de tu experiencia.

Se oyó un sonido, en parte gemido, en parte risa.

—Pero quiero hacerlo todo.

—Yo también. Estamos completamente de acuerdo.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Antes lo has llamado relación. Yo no llamaría lo nuestro relación.

La mirada de Nick fue casi amenazadoramente directa.

—¿No?

—No. Lo llamaría… una aventura. Sin compromiso.

Quería cubrirse las espaldas. Cuando él se cansara de ella, quería que pensara que lo hacía con su bendición. Estar con Nick era pisar terreno peligroso. Era demasiado tentador para no jugar. Pero ella era demasiado prudente como para no tomar precauciones. No iba a volver a hacer el ridículo.

Tomó aliento y continuó:

—Necesito libertad para ir y venir como me apetezca. Nada de ataduras.

Él era la primera persona con la que había tenido ganas de hacer algo así, pero para él no era el caso. Había salido con muchísimas mujeres, y saldría con muchísimas más. Sería idiota esperar otra cosa.

—No puedo estar de acuerdo con eso de la exclusividad. Necesito saber que tú no tienes ningún problema si decido explorar... en otra parte.

—Pero lo tengo. De hecho, me niego.

Un nuevo beso en la boca acalló cualquier posible respuesta. Le quitó la camiseta del todo.

—Nick...

—Me gusta oírte decir mi nombre. Sobre todo la manera en que lo dices.

Los tirantes del sujetador de Josie cayeron sobre sus brazos cuando Nick lo desabrochó. Engulló el pezón con su boca caliente y húmeda. Josie sintió deliciosos espasmos.

—Nick...

Prestó atención al otro seno mientras le bajaba la cremallera de los vaqueros, que pronto cayeron a la altura de las rodillas.

—Dime que me deseas, Josie.

Josie emitió un sonido más elocuente que cualquier palabra.

Nick se arrodilló y la besó a través de sus braguitas. Los grititos entrecortados de Josie marcaban los pequeños y juguetones besos. De pronto, retiró las braguitas, le abrió las piernas con los pulgares e hizo lo que acababa de hacer con ambos pezones. La reacción fue... mayor.

Era demasiado... pero no lo suficiente. Y en cuanto Nick deslizó un dedo dentro de ella tuvo un cegador orgasmo repentino...

Sintiendo en su espalda el duro borde del banco de la cocina, empezó a deslizarse hacia el suelo. Necesitaba tumbarse. Sus labios temblaban, su visión era borrosa...

—Para ser una virgen, nunca dejas de sorprenderme.

—Ya no soy virgen.

—Exvirgen, entonces.

Suavemente, Nick hizo que Josie se diera la vuelta y se quedara mirando al banco de la cocina. Ella no lo entendía, y lo vio sonreír mientras colocaba las manos de ella firmemente apoyadas sobre el banco.

—Abre tus piernas para mí, Josie, tanto como puedas.

El calor le invadió la cabeza de tal modo que casi se marea. Él miraba su trasero. Se desabrochó los vaqueros y los dejó caer. Josie miró su erección con el pulso desbordado.

—Me encanta que me mires.

Agarró sus caderas y frotó su excitación contra sus glúteos.

La sostuvo firmemente y presionó su mejilla sobre su hombro.

—Me gusta mucho. Demasiado.

Jadeando, sacó un preservativo de su bolsillo y lo deslizó por su miembro. Josie lo miraba sin perderse detalle.

Pero pronto cerró los ojos ante el intenso placer.

—Ah… tan húmeda, y tan caliente. Me deseas, ¿verdad, mi vida? Sólo a mí.

La mano de Nick fue a visitar el vientre de Josie, pasando por otros lugares.

—No… —dijo Josie, muy sensible tras el reciente orgasmo.

Nick empezó a llevar un ritmo irresistible que la estimulaba por todas partes, y así siguieron hasta que él se detuvo de pronto. La abrazó muy fuerte. Josie sintió el calor que emanaba de él, la inminencia de la descarga.

—Josie…

Sus corazones latieron al unísono, salvajemente. Ahora Nick se movía lenta pero muy intensamente. Josie supo que estaba a punto

e, increíblemente, llegó con él.

Gritó de sorpresa.

Pasaron minutos sin que ninguno de ellos se moviera. Josie estaba satisfecha. El cuerpo de Nick, su indescriptible aroma la inundaba en oleadas de placer. Sus corazones se calmaban juntos.

—Josie, eres algo especial. Podría quedarme aquí para siempre.

Josie consiguió decir, reuniendo todas sus fuerzas.

—Eso es porque no eres tú el que está aplastado contra el banco de la cocina.

Nick sonrió.

—Esta postura es muy poco respetable —bromeó Josie.

—Pues estás muy guapa. Y muy excitante.

La ayudó a vestirse.

—¿Estás bien? —quiso saber Nick.

—Estoy... bien.

Estaba sonrojada al ver de pronto sus senos aún desnudos. Tuvo el impulso de cubrirlos con sus manos, pero Nick se adelantó y lo hizo por ella.

—Ojalá hubiera planeado esto mejor. No tengo más preservativos.

Él se comportaba con tanta naturalidad. Parecía que hubiera hecho el amor en la cocina muchísimas veces. Y seguramente así fuera, pensó Josie con desagrado.

Nick sonrió.

—Claro que podría darte mucho más placer, si eso es lo que quieres. Soy muy sufrido y valiente. Teníamos un acuerdo. Así que, si aún tienes hambre, puedo sacrificarme por tus necesidades.

Josie no siempre sabía qué pensar de él. Era todo lo que Susan lo acusaba de ser: arrogante y acostumbrado a la adoración de las mujeres.

Se retiró y se puso el sujetador y la camiseta. Sintió cómo la mirada de Nick la seguía mientras se dirigía a preparar un café.

—Creo que puedo ser tan sufrida como tú —dijo Josie—. Pero ya que estás aquí, podríamos aclarar un par de cosas.

La sonrisa de Nick desapareció.

—¿Cómo qué?

—Como nuestro acuerdo.

La miró con incredulidad.

—Pequeña bruja.

Josie ignoró el insulto. Reuniendo valor, musitó:

—¿Te reíste de mí después de que hiciéramos el amor en el barco?

—Estaba demasiado ocupado intentando no delatarme como para reírme de nada.

Josie pensó en ello.

—Ahora que lo pienso, muchas cosas encajan. Que no quisieras que te llamase por tu nombre, que no quisieras ir a tu casa, lo sorprendido que estabas de que quisiera irme contigo.

—Pensé que dirías que no. Bob me había dado la descripción de ti que hace Susan, y no tenías nada que ver con lo que me esperaba. No te comportabas como creía que lo harías.

Conociendo a Susan, no era difícil imaginar el retrato que habría hecho de ella.

—Yo pensé que tú serías como mi hermana pintaba a Bob. Así que esperaba que echaras a correr en cuanto me vieras.

Nick se levantó y puso su mano sobre la cadera de Josie.

—Se me pasaron muchas cosas por la imaginación en cuanto te vi, pero echar a correr no fue una de ellas.

Se inclinó y la besó, con ternura.

—¿Hemos terminado de hablar ya? Se me ocurren mejores cosas que podríamos hacer.

—¿No habías dicho que no teníamos preservativos?

Nick le habló labio con labio, provocativamente.

—Pero también he dicho que hay otras cosas que se pueden hacer para darnos gusto sin necesidad de protección. Me gusta oírte gemir y jadear, sentir tu vientre y tus pezones endurecerse…

—Nick.

—Está bien —dijo, soltándola—. ¿Qué estabas diciendo?

—Ah, sí. Que pensabas que era Bob. Y seguramente se hubiera horrorizado al verte.

—Eso me imaginé.

—Está colado por tu hermana, ¿sabes?

Tener a Nick tan cerca hacía difícil mantener una conversación, pero tenían que dejarlo todo claro.

—¿Fue él quien envió los bombones?

—Sí.

—Y entonces también sería él quien le dijo a mi hermana que no le parecía bien mi trabajo.

—Eso suena a Bob. Pero dudo mucho que le importe algo lo que hagas. Diría cualquier cosa para complacer a Susan.

—A Susan también le gusta Bob. Le encantó su regalo. Sólo le faltaba saltar de alegría.

Nick jugaba con sus rizos.

—¿Y tú qué hiciste?

No iba a decirle lo muy herida y traicionada que se sintió. No hubiera encajado con su nueva imagen.

—No sabía muy bien qué hacer, pero sabía que no podía volver a verte.

—Hmmm —fue su respuesta, besándola de nuevo rápidamente y alejándose.

—Tómate el café, y vamos a sentarnos en el cuarto de al lado. No me fío de esas sillitas tuyas. Creo que las puedo destrozar.

Josie echó un vistazo a las delicadas sillas. Estaba de acuerdo.

Les llevó una cafetera entera aclarar toda la confusión. Josie estaba en el regazo de Nick, quien le había quitado todas las horquillas para poder jugar con su cabello. De una manera o de otra, siempre estaba hambriento de ella.

—Quiero verte mañana, Josie. ¿Vendrás al cine conmigo?

Ella sacudió la cabeza. Tan pronto como salió de la tienda, Susan aceptó una invitación de un cliente. Podía haberla cancelado fácilmente, pero con lo que acababa de averiguar, con el engaño y su propia reacción volátil, no sería una buena idea volver a verlo tan pronto. Él estaba jugando a juegos, y a ella le había dado muy fuerte. Necesitaba tiempo para asimilar.

—Ya he hecho otros planes, Nick.

—¿Y el lunes?

Josie se encogió de hombros.

—No puedo. Los lunes trabajo hasta muy tarde.

Nick parecía disgustado. Josie tenía la impresión de que las mujeres nunca le decían que no. Estuvo a punto de ceder: la decepción en los ojos de él le hacía sentir lo mismo. Pero tenía una

responsabilidad con sus pacientes, y eso tenía prioridad, por enorme que fuera la tentación.

—¿Cómo de tarde? —insistió Nick.

—Depende de lo que necesite el cliente. Pero no puedo meter prisa. Para muchos de ellos soy la única compañía que tienen.

Nick suspiró, frustrado. Se rendía. La miró, tomándole la barbilla en su mano.

—Eres increíble ¿lo sabes?

—No es para tanto. Me gusta su compañía y a ellos la mía.

—¿Tienes que desplazarte mucho?

—Un poco. Mucha de la gente con la que trabajo o he trabajado vive aquí en el complejo. Por eso vivo aquí. Es más fácil hacer el seguimiento.

—Sabes, me extrañó eso al llegar. Sólo había gente mayor que me miraba como si fuera un intruso. No entendía nada al principio.

—Aquí la gente joven siempre despierta curiosidad. Me sorprende que la señora Wiley no saliera a interrogarte.

—No tuvo necesidad. Yo acudí a ella para averiguar en qué apartamento vivías. Sacó el catálogo de su bolsillo. Le he prometido que pensaría una promoción barata para lo suyo.

Josie se quedó mirando el Catálogo de Años Dorados, cuyas fotos mostraban artículos para fiestas, velas de todos los tamaños y juegos de mesa románticos. Josie se preguntó si Nick se divertiría jugando a ellos. Creía saber a quién elegiría si ganaba.

Se aclaró la garganta.

—Tiene un proveedor que le proporciona los catálogos y le hace encargos. Del resto de la venta se encarga ella, y es muy buena. Pero supongo que necesita ampliar su clientela fuera del complejo.

Nick hojeó el catálogo.

—Vaya, vaya, me ha engañado. Esto no es precisamente clasificado X. A juzgar por lo que ella contaba, pensé que vendía algo explosivo.

—Para mucha gente mayor, una fragancia afrodisíaca y una boa de plumas ya es lo suficientemente pícaro. Les encantan las fiestas de la señora Wiley. Los hace sentir jóvenes y atrevidos.

—¿Has ido tú a alguna?

—Un par de veces. Había una fiesta la noche que nos conocimos. Creo que lo mencioné.

—Por eso no querías venir aquí.

Josie no lo corrigió, pero la verdad era que no quería que viese la criatura casera y sencilla que era en realidad. Había aclarado bastantes cosas, pero seguía habiendo un riesgo. Como Susan le había dicho, un hombre no llevaría bien su absorbente horario de trabajo, y menos uno acostumbrado a que las mujeres lo adoren. Esperaba que para cuando Nick acusara este problema ella se habría dado tal empacho de sus encantos que estaría saciada.

—¿Le has comprado algo? —preguntó Nick.

—Alguna cosa.

—Enséñamelo, por favor.

—No.

—Antes de que hayamos terminado habrás superado tu timidez.

La besó profundamente.

Antes de que hayamos terminado... Josie se preguntó si llegaría a tener mucho o poco tiempo con Nick.

El beso terminó, y les llevó algunos minutos abrir los ojos.

—Alguna vez, si te parece bien, me gustaría ir contigo a visitar a tus amigos.

La pilló por sorpresa. Le complacía su interés, pero quizá no

fuera una buena idea presentarlo a mucha gente. Cuanto más invadiera su vida, más vacío dejaría; porque tarde o temprano se iría. Intentó sonar indiferente.

—Ya veremos.

—Bien. ¿Qué tal el resto de la semana, cuándo estás libre?

—¿En qué estás pensando?

—Podríamos volver al barco, y esta vez te enseñaré el río de noche, con las luces reflejándose en el agua. Y podemos hacer el amor en cubierta —susurró—, bajo las estrellas. Con la neblina y el rocío me deslizaría por tu piel...

Josie se estremeció sin remedio, y de pronto se acordó de que Nick le había dicho que sus padres habían muerto. Irritada, pero ya no tanto, preguntó:

—¿Es tuyo el barco?

—Yo aquí haciéndote el amor y a ti sólo se te ocurre preguntar de quién es el barco.

Josie ignoró el falso aire ofendido.

—Sólo estoy intentando separar lo cierto de lo que te inventaste.

Algo molesto, Nick intentó abreviar.

—Legalmente pertenece a mi padre, pero desde que se divorciaron lo uso yo.

Había sarcasmo en su voz y Josie acusó el golpe. Nick no quería hablar de su vida. Su tiempo juntos se centraría en lo físico. Era lo que ella decía que quería, pero ahora se sentía incómoda.

Intentó levantarse, pero Nick la retuvo.

—Maldita sea, Josie, ¿es necesario que hablemos de ello?

Josie pestañeó, sorprendida por el estallido.

—Claro que no. No quería inmiscuirme.

Nick tomó su mano.

—No es eso. Es que… Tus padres murieron. Los míos se divorciaron. El efecto fue casi igual de fuerte. Durante años se pelearon por todo lo material y, finalmente, el barco me fue concebido porque no pudieron llegar a ningún acuerdo. Mi madre se negaba a que mi padre lo compartiese con su nueva mujer, y mi padre no quería que lo tuviera mi madre porque le había obligado a cargar conmigo.

—¿Qué… qué quieres decir?

Nick suspiró, recostó la cabeza y cerró los ojos.

—Mi madre pensó que sería un buen truco hacerme vivir con mi padre para poner problemas a su nueva vida con mi madrastra. Él se daba cuenta y nos odiaba a los dos. Intentó enviarme a casa pero mamá no le dejó.

Josie se quedó sin habla. No podía imaginar a Nick tratado como un intruso por las dos personas que más hubieran debido quererlo. Ella había vivido todo lo contrario y tuvo ganas de volver a decirle a Susan lo agradecida que estaba.

—Tiene que haber sido muy duro.

Nick se encogió de hombros. Seguía sin mirarla.

—No. Lo peor era aguantar a Myra, la mujer de mi padre. Mis padres me ignoraban, pero ella decidió controlar mi vida, mi ropa, cambiarme de colegio, vigilar a mis amigos… y hacer que estuviera demasiado ocupado para poder visitar a mi abuelo.

—¿Por qué? ¿Qué le importaba a ella?

—Myra no le caía bien a mi abuelo, y ella no lo perdonaba. Así que le dijo a mi padre que sería bueno para mí asumir más responsabilidad y tener un trabajo en verano. Yo siempre había pasado los veranos con mi abuelo. Lo eché de menos.

—Parece una bruja.

Nick rió con ganas.

—Me peleé mucho con ella. Creo que la hice tan desgraciada como ella a mí. Me fui de casa en cuanto pude y me aseguré de que me fueran bien las cosas. Conseguí un trabajo en el periódico de la universidad, y conocí a Bob porque compartíamos piso antes de montar la agencia. Y ahora se me da muy bien lo que hago, como tu hermana puede confirmar.

Nick sonreía.

—Susan dijo que Bob era el talento de la oficina, que era el único responsable de que os vaya tan bien.

Nick seguía sonriendo.

—Susan no quiso trabajar conmigo. Si hubiera sabido que yo llevaba su proyecto, no nos hubiera contratado.

—¡Así que también mentiste a Susan! Cuando se entere, habrá que buscar refugio.

—¿Crees tú que es absolutamente necesario que se entere? Bob y ella se gustan. No quiero causarles problemas.

Josie lo miró con intención.

—Lo que pasa es que no quieres que Susan te saque los ojos. A mí no me engañas.

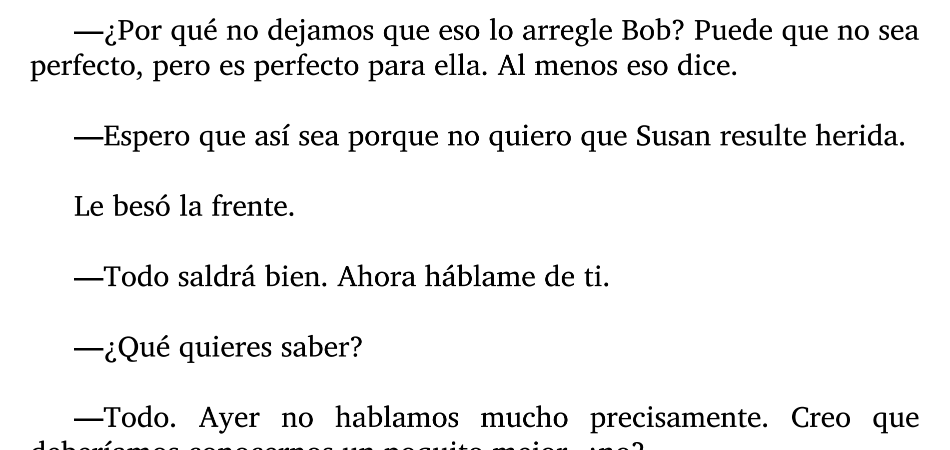
—Tu hermana podría meter miedo al más bravo de los hombres —dijo Nick, besándola, pero sin dejar de sonreír—. Me echaría de la ciudad. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Bien, pues hagamos un trato. Haremos todo lo que podamos para juntar a Bob y a Susan antes de lanzar sobre ella ninguna dinamita, ¿de acuerdo?

Josie asintió con la cabeza.

—Supongo que esperar no hará daño a nadie. Pero Nick, cuando Susan sepa que Bob no es todo perfección, no le va a gustar nada.



—¿Por qué no dejamos que eso lo arregle Bob? Puede que no sea perfecto, pero es perfecto para ella. Al menos eso dice.

—Espero que así sea porque no quiero que Susan resulte herida.

Le besó la frente.

—Todo saldrá bien. Ahora háblame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Ayer no hablamos mucho precisamente. Creo que deberíamos conocernos un poquito mejor, ¿no?

Josie se sonrojó.

—¿Crees que es realmente necesario? Quiero decir, para una aventura, ¿hace falta conocer cosas personales?

El rostro de Nick se ensombreció.

—No me gusta la palabra aventura. Venga, Josie. Yo he confiado en ti.

La historia dé Josie era muy distinta y por eso vacilaba.

—Cuando murieron mis padres, Susan no quiso ni oír hablar de que yo trabajara. Vendió la casa para que yo tuviera estudios. Era una maravillosa casa antigua con columnas. Aún la echamos de menos, aunque Susan no lo reconozca.

Nick aprobó con la cabeza.

—Susan se portó como una buena hermana mayor.

Josie pensó: «yo tenía a Susan, pero ¿a quién tenías tú»?

Lo acarició y preguntó:

—¿Ves mucho a tu familia ahora?

Él se distrajo besándole los dedos, mientras iba contestando a la pregunta.

—Mi madre está siempre ocupada, y es una bendición porque no es fácil de tratar. Y Myra me desprecia, lo que me aleja mucho de mi padre.

Josie intentó desesperadamente no acostumbrarse a tanta caricia erótica.

—Debes odiarla mucho.

—No tanto. Si no hubiera sido por ella, a lo mejor no hubiera conocido a Bob. Él fue quien básicamente puso en marcha el negocio.

Josie le siguió el juego al ver que Nick intentaba aligerar la conversación.

—O sea que Bob es el cerebro del negocio al fin y al cabo.

Nick le mordió un dedo. Josie lo retiró sobresaltada.

—Lo siento. Pero creo que ya he oído bastantes veces esa alucinación de tu hermana.

—Pues la oirás muchas más si se entera de que salimos juntos.

—¿No podríamos ocultarle eso también?

—No debes conocerla muy bien si crees que se le puede ocultar algo. Es como una madre. Siempre vigilando.

—Bien, soy muy sufrido. Puedo soportar lo que sea si el resultado vale la pena. Y decididamente vales la pena. Ahora, ¿puedes encontrar algún ratito esta semana para venir al barco conmigo?

Cuando Josie pensaba en todas las mujeres que debía haber llevado a aquel barco, no podía evitar sentir celos.

—Josie.

Como si le leyera el pensamiento, la abrazó más fuerte.

—¿Te acuerdas de que te dije que nunca llevaba a mujeres allí?

—Me llevaste a mí.

—Y eres la única. Eso no era mentira.

Deseaba creerlo. Pero parecía tan improbable.

Antes de que pudiera hablar, Nick continuó.

—No quiero decir que haya sido un monje ni mucho menos. Pero he usado el barco cuando quería estar solo. Hay mucha calma y paz en el agua, y nunca he querido compartir eso con nadie. Y menos con una mujer. Tengo ese barco asociado a muy malos recuerdos. No me resultaba nada romántico… hasta que te conocí a ti. Ahora no podría verlo de otra manera.

Por fin la miró… y el corazón de Josie se aceleró. Le había costado admitirlo.

La emoción crecía, amenazando con estallar. Susan se equivocaba, Nick no era un egocéntrico mujeriego, ni un despreocupado al que no le importara pisar los sentimientos de los demás. Y apreciaba verdaderamente a Bob, hasta el punto de aceptar en silencio el desprecio de Susan. Lo había acusado de no tener talento y él era el talento. E incluso había aceptado el encargo de la señora Wiley.

Era un hombre generoso y lleno de carencias.

Iba a ser muy fácil quererlo.

—¿Qué piensas? —preguntó Nick.

—Pienso que eres un hombre notable, Nick Harris.

Nick gruñó y comenzó a besarla, pero Josie ya se conocía la táctica. Cuando quería evitar un tema, la distraía físicamente.

Bromeando, Nick dijo:

—Soy un hombre de pocos principios. Pregúntale a tu hermana.

—Pero mi hermana no te conoce, ¿verdad?

Se quedó congelado un segundo. Su expresión se endureció. Y

antes de que Josie pudiera darse cuenta le había quitado la camiseta y miraba sus senos con caliente y deliberada intensidad.

Cuando Nick habló, fue apenas un susurro.

—No, Josie. No pienses que porque he tenido problemas familiares soy un chico hipersensible esperando ser salvado por la mujer adecuada.

Josie sintió la mano en su vientre y tembló.

—Quiero lo mismo que tú, cariño —continuó Nick—, diversión, libertad, algo de excitación. Sin ataduras ni compromisos. Tendremos la relación perfecta, te lo prometo. No te decepcionaré.

Josie quería gritar que ya estaba decepcionada. No, nunca había pensado en una relación duradera. Pero, entonces, no había conocido a Nick. Quería más que algo de diversión. Pero Nick había leído sus pensamientos y los había corregido. Ella misma se había cavado su propio agujero de mentiras y engaños, y ahora no sabía cómo salir.

Nick tomó un pezón en su boca y Josie decidió que cualquier decisión podía esperara a más adelante. Estaba decidido a enseñarle todo lo que se podía hacer sin necesidad de tomar precauciones y ella no se sentía capaz de decirle que no. Decididamente, no quería decirle que no.

Nick entró en la oficina silbando. Hacía mucho que no se sentía tan bien, aunque no sabía exactamente por qué y tampoco pensaba preguntárselo. Tenía mejores cosas en que pensar, como la noche siguiente y el hecho de que estaría otra vez solo con Josie. Su cuerpo se tensaba sólo de pensarlo. Se le había hecho tan largo.

Ella había tenido que trabajar el martes, y le costaba aceptar que si los clientes la necesitaban él pasaba al segundo plano. Para poder verla algún día, Nick había tenido que cambiar planes, pero no pensaba decírselo a Josie. No quería que creyera que ella llevaba las riendas.

Josie quería que él fuera su fantasía masculina encarnada, y eso bien valía una pequeña concesión. ¿Que otro plan mejor podía tener?

Además, Josie le había hecho una petición. Quería tener todo el tiempo del mundo para explorar su sensualidad. Nada de encuentros rápidos. Nick no tenía más remedio que esperar a que tuviera tiempo libre. Temblaba sólo de pensar en volver a estar dentro de ella, en despertarla con cálidos besos húmedos.

El sonido de una discusión interrumpió sus pensamientos eróticos. Venía del despacho de Bob. Se dirigió hacia allí y se detuvo en el umbral al reconocer la virulencia de Susan.

Le divertía mucho provocarla.

—¿Interrumpo?

Dos pares de ojos se volvieron hacia él.

—Nick —dijo Susan, con cierto alivio—. Tú —gritó acusadoramente.

Nick se dirigió primero a Susan:

—Señorita Jackson, ¿cómo está usted?

—¿Que cómo estoy? Estaba perfectamente, hasta que Bob me ha confesado el truco que le jugaste a mi hermana.

Nick se dirigió ahora a Bob:

—Limpiando tú conciencia, ¿eh, Bob?

—Lo cierto —dijo Susan—, es que ha intentado cubrirte cuando le he obligado a confesar que estabas saliendo con Josie. Me ha estado explicando que eres un mujeriego *reformado*, que mi hermana te importa de verdad… Pero no me creo nada. Eres uno de esos solteros incorregibles con ganas de juerga y eso no es lo que mi hermana necesita en su vida ahora mismo.

—Tú haces que «diversión» parezca una palabrota —contestó Nick sin acalorarse.

Estaba demasiado pensativo para acalorarse. De verdad lo veía Bob ¿*reformado*? La idea era repelente. El siempre había evitado las relaciones serias. No era porque no hubiera superado el divorcio de

sus padres o el segundo matrimonio de su padre. Y tampoco era por el daño a su psique causado por el rechazo de su madre. Era sencillamente porque no había conocido a ninguna mujer que no quisiera cambiar inmediatamente todo lo relacionado con él. Ni siquiera su madrastra había intentado cubrir bajo una capa de cariño el deseo de control.

No iba a cambiar por nadie. Pero quería tener a Josie. Eso sí, en sus propios términos, no en los de Susan. Y no pensaba darle explicaciones.

—Tú no entiendes a Josie en absoluto, ¿verdad?

—¡Es mi hermana!

—Sí, pero la querías emparejar con Bob.

Nick sonrió. Llevaba toda la semana aleccionando a Bob sobre cómo conquistar a Susan, y aunque la estaba derritiendo, no lo quería admitir. Seguía empeñada en que Josie sentara la cabeza. ¡Maldita sea! Josie no quería sentar la cabeza. Y eso encajaba con Nick a la perfección.

—Supongo que ahora te das cuenta —continuó Nick—, del tremendo error que eso podía haber sido para Josie y para Bob.

Susan levantó la barbilla.

—Que eso no hubiera funcionado no significa que yo quiera que salga contigo.

—Eso es lo que Josie quiere.

—Está atravesando una etapa. Eso es todo.

Eso era cierto. Una maravillosa etapa de descubrimiento de su propia sexualidad. Y él había tenido la suerte de estar ahí cuando ella había decidido ampliar sus horizontes.

Mantuvo su seria expresión.

—Josie y yo hemos hablado de todo eso, y nos entendemos perfectamente. No hay motivo para preocuparse.

Muy agitada, Susan comenzó a calmarse. Cuando se volvió hacia Nick, estaba más seria que agresiva.

—Tú crees que entiendes, pero no sabes lo que Josie ha tenido que pasar. Cuando murieron nuestros padres, lo perdimos todo. Nunca pudo tener lo que otras chicas jóvenes tienen. Puso toda su energía en los estudios, y luego en trabajar. Lo ha conseguido todo con su esfuerzo, y con éxito. Ahora que puede pensar en su vida, se merece lo mejor.

—Y, evidentemente, ese no soy yo —dijo Nick.

—Josie necesita a alguien sensible, estable y de confianza.

Nick sintió el pulso en sus sienes. Susan estaba decidida a reemplazarlo pero él no la dejaría. Josie quería estar con él y eso era lo único que importaba.

—No le voy a hacer daño, te lo aseguro.

—Viniendo de ti, no me quedo tranquila.

No podía ser *malo* para Josie, pensó con el ceño fruncido. Era un hombre experto que podía darle todo lo que quería, y en este momento eso significaba libertad y diversión. No era mojigato ni egoísta. No había mentido cuando había dicho que disfrutaba proporcionándole placer.

Susan creía saber lo que Josie necesitaba, pero la propia Josie se lo había dejado bien claro. Era ella quien había marcado las condiciones: sin ataduras, sin compromisos. Nick sólo había tenido que insistir en ellas para que Josie no las olvidara. Ella quería un paseo por el lado salvaje, y él se lo iba a proporcionar. Iba a hacer lo que fuera para que no necesitara buscar otros hombres. Esa era una idea que no podía soportar.

Nick suspiró.

—No soy tan malo. Pregúntale a Bob.

Bob asintió con la cabeza pero Susan lo ignoró.

—Bob es sincero en lo que hace y sus intenciones siempre son buenas, pero me temo que cuando se trata de ti no es precisamente

imparcial.

Nada deseaba Nick tanto como escapar del escrutinio al que Susan lo sometía. Pero ganarse la aprobación de su hermana podía ser una gran ventaja. Pasó revista a las distintas respuestas posibles al comentario de Susan y se decidió por una.

—Bob es el hombre más íntegro y ético que conozco.

Susan se limitó a asentir con la cabeza.

—Y sin embargo me tiene a mí como socio y como mejor amigo. ¿Cómo te explicas eso? El que Bob confíe en mí debería garantizarte algo sobre mi carácter. ¿O es que piensas que Bob es idiota?

Esperó mientras Susan fruncía el ceño sobre unos ojos como los de Josie, pero llenos de rencor en este momento.

—Tal vez lo que eso demuestra es que Bob es demasiado bueno. Más de lo que le conviene.

Nick casi rió. Susan no era persona que diera su brazo a torcer fácilmente.

—Pero —matizó Susan—, aunque sigo creyendo que no eres el hombre adecuado para Josie, estoy dispuesta a admitir que quizá tengas alguna cualidad redentora, Nick Harris.

—Estoy abrumado por el elogio.

Lo cierto era que Susan lo preocupaba. Si insistía en recordarle a Josie los puntos flacos de él, ¿querría ella volver a verlo? Tenía mucha influencia sobre ella. A fin de cuentas Josie había permanecido virgen veinticinco años.

Susan lo sacó de sus pensamientos.

—Una última cosa antes de irme —dijo, blandiendo en la mano el catálogo de la señora Wiley—, si de verdad estás tan reformado como dices, ¿por qué tienes esto circulando por la oficina?

Se la veía triunfante, como si lo hubiera pillado con una revista erótica. Evidentemente no había mirado el interior del catálogo, o de lo contrario hubiera visto lo inocente que era.

Por un segundo Nick pensó que le iba a dar la risa. Pero miró a Bob y vio lo rojo que se había puesto.

Sonrió.

—Es el cumpleaños de Bob pronto y buscaba algo especial para él. Si necesitas ideas no dudes en echar un vistazo. Creo que él mismo ha señalado unas cuantas páginas.

Susan miró el catálogo, miró a Bob y sorprendentemente comenzó a hojear el catálogo. Nick sabía perfectamente lo que se iba encontrando. Era él quien había marcado páginas buscando ideas para el anuncio de la señora Willey. No había nada ni remotamente ofensivo en ese catálogo, pero Susan volvió a dejarlo sobre el escritorio de Bob con los ojos muy abiertos.

—Yo, hmmm....

—¿Has encontrado algo interesante?

—Mmm, puede —musitó Susan, despidiéndose precipitadamente.

—Te voy a matar.

Nick le dio a Bob una palmada en el hombro.

—Excitadísima, Bob, créeme. Pensará en ese catálogo y en tus tendencias románticas toda la noche. Se pondrá como loca.

Bob echó una ojeada a la página que Susan había mirado.

—¿Ropa interior para hombre de seda con estampado de leopardo?

Gruñó.

Nick rió entre dientes.

—Seda de verdad, por cierto. Yo me iba a comprar unos... pero te quedarían mejor a ti.

Nick se dirigió hacia su despacho, y dejó que el catálogo cayera

cuando lo oyó volar sobre él.

Unos minutos más tarde oyó a Bob dar unos pasos para ir a buscarlo.

Parecía que sus esfuerzos para juntar a Bob y a Susan empezaban a dar su fruto. Ojalá él pudiera distraerla de su campaña para casar a Josie. Nick no la quería casada. Ni que explorara en ninguna otra parte.

Tenía que asegurar su posición y sólo podía hacerlo volviéndola loca de placer.

Capítulo Siete

—Dime que no es verdad.

Josie apenas había abierto la puerta cuando Susan le hacía la súplica.

—Uh…

Susan entró, cerró la puerta y se dejó caer sobre ella en un gesto dramático.

—Él no es Bob, Josie. No es un hombre para una mujer como tú.

Josie no sabía si reírse de la teatralidad de Susan o hacer una mueca ante el poco apetecible tema.

—Supongo que estamos hablando de Nick.

—¡Sí! —dijo Susan, saliendo de la puerta—. ¿Por qué no me dijiste que estabas saliendo con él? Oh, la culpa de todo la tiene Bob. Si él no te hubiera dado plantón, nada de esto hubiera ocurrido.

—¡Entonces me alegro de que no apareciera!

Las dos estaban gritando, y eso casi nunca ocurría.

—Oh, Dios. ¿Estás enamorada de él?

El grado de sus sentimientos no era algo que pudiera contar a Susan.

—¿Josie?

Mirando el reloj, Josie vio que le quedaba poco tiempo para arreglarse. Quería que esa noche fuera especial.

Se sentó junto a Susan y le tomó las manos.

—Susan, sé que tu intención es buena. Siempre lo es. Pero no

voy a dejar de ver a Nick. No mientras él quiera verme a mí.

Susan se agitó y Josie se apresuró a continuar.

—Y sí, sé dónde me estoy metiendo. Nick ha sido muy claro conmigo. Sé que no es de los que se casan y lo acepto.

—¿Lo aceptas? ¿Tienes idea de cómo te sentirás cuando se vaya?

Tenía una idea bastante aproximada, pero sólo sonrió.

—Habrá valido la pena. Hasta tú tienes que admitirlo. Nick es el tipo de hombre con el que cualquier mujer de sangre roja quiere disfrutar, con o sin anillo. Y eso es lo que pienso hacer mientras pueda.

Esta vez el ceño de Susan fue acompañado del rubor de sus mejillas.

—Has vivido muy protegida. Tú no conoces a ese tipo de hombre como yo. Son arrogantes e insufribles. Lo quieren todo a su modo y pasan por encima de quien sea.

—Nick es diferente.

Susan gruñó, haciendo sonreír a Josie.

—Puede que no quiera ataduras, pero es el hombre más encantador que he conocido. Si lo conocieras mejor, te acabaría gustando. Es dulce y divertido. Me escucha y entiende la prioridad de mi trabajo. No me presiona y es muy atento. Me trata como si no hubiera otra mujer en el mundo. Es... maravilloso.

—¡Ja! Es un ave de presa y está de caza, así que claro que está atento. Nada de lo que dices me sorprende. Es su manera de atraparte.

Josie sabía que era verdad, que probablemente era así con cada mujer que conocía íntimamente. Pero por ahora se sentía especial y casi amada.

—Susan...

— No quiero que te enamores de él, Josie. Sólo te hará daño.

—Sólo si yo le dejo. Pero sé lo que me hago.

Josie sabía muy bien que una mujer como ella no podría mantener por mucho tiempo a un hombre como Nick. Los aspectos de su vida que menos encajaban con él eran aspectos que no deseaba cambiar. Los ancianos habían aportado algo a su vida. Por una vez podía ser ella la hermana mayor, la cuidadora, la que podía dar. Le daban la bienvenida en sus casas y en sus corazones. No la juzgaban en ningún sentido. No esperaban nada que ella no pudiera dar.

Y luego estaba la cuestión de que Susan nunca aprobaría a Nick. Pero Susan lo había sacrificado todo por ella sin una queja, y ella adoraba a Susan.

—Sé que todo esto es temporal, Susan. No me pillará por sorpresa cuando Nick pase a otra cosa. No me hago ilusiones de que voy a abrumarlo con mis encantos y que me jurará amor eterno.

—¿Y por qué no? Nick Harris tendría mucha suerte de tenerte.

Por mucho que Susan fuera excesiva, su lealtad estaba siempre fuera de duda.

—Sé que no lo apruebas. ¿Pero puedes intentar entenderlo?

El suspiro de su hermana fue largo.

—Lo entiendo. Puede que no lo hubiera entendido antes de conocer a Bob. Pero ahora sé lo que quieres decir. Bob es muy especial para mí. Me alegro de que no te lo quedaras.

Josie rió abiertamente.

—¿Qué tal os va? —preguntó.

Susan sacudió la cabeza.

—Ahora mismo estoy furiosa con él. Puedo entender cómo te sientes cariño, pero eso no significa que no me preocupe. Y sé que si Bob no me hubiera mentido desde el principio, no estaríamos teniendo esta conversación.

Aunque se lo había prometido a Nick, Josie pensó que era hora de aclarar las cosas. Poniéndose muy seria, preguntó:

—¿Sabes por qué Bob mintió?

Susan levantó una ceja.

—Porque le importas. Ha hecho todo lo que ha podido para mantenerte cerca de él. Hasta...

Se detuvo, preguntándose si Susan entendería sus motivos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Susan.

—Te dijo que era él quien había diseñado los anuncios porque sabía que no te gustaba Nick.

El rostro de Susan se ensombreció.

—¿Estás diciendo que Nick Harris es el creador de mis anuncios? ¿Que es a él a quien debería estar agradecida?

—Exactamente. En lugar de dejarte ir, Bob se las arregló para que siguieras trabajando con ellos. Y Nick, ese Nick a quien tú tanto desprecias, aceptó ser el malo de la película y renunciar al reconocimiento de su trabajo.

—Estás de broma.

—No. Se lo puedes preguntar a Bob, aunque me imagino que será muy embarazoso para él.

Susan se puso en pie de un salto.

—Se lo preguntaré. Pero no hay duda de que esto debe haber sido idea del socio. Ese hombre no trae más que problemas.

Susan salió del apartamento como una exhalación y Josie hizo una mueca de solidaridad con Bob. Esperaba que Susan no fuera demasiado dura con él. De todas formas, estaba segura de que el plato fuerte de su rabia sería para Nick.

Josie observó lo tranquilo que se había quedado su apartamento una vez se había ido Susan con toda su agitación. Su apartamento

siempre parecía solitario, pero de alguna manera, ahora se lo parecía más. Antes de conocer a Nick, Josie disfrutaba de sus independencia y su soledad. Pero ahora, la soledad tan sólo le recordaba lo muy cobarde que había sido durante muchos años. Sabía que, aunque Nick no la quisiera, estaba haciendo lo correcto. El tiempo que pasaban juntos era precioso, y llenaba los agujeros de su vida, unos agujeros que ni siquiera ella sabía que estaban ahí. Cuando él se fuera, le quedarían los recuerdos. Y, por ahora, tenía que creer que sería suficiente.

Una hora más tarde sonó el timbre. Josie estaba delante del espejo, y se llevó la mano al corazón. Su pulso estaba acelerado. Era la primera vez que iban a pasar un largo tiempo juntos desde la primera noche.

Por otra parte, era la primera vez que intentaba vestirse para gustarle. Aunque él había dicho que irían al barco, ella tenía planes para esa noche, y su atuendo tenía mucho que ver con ello.

El vestido era nuevo y muy corto, muy por encima de la rodilla, con un solo botón en un lado y un cinturón a juego, caído sobre la cadera. Sería muy fácil desabrocharlo. Llevaba el pelo suelto, como a Nick más le gustaba. Y esta vez había elegido unas sandalias rojas con un tacón que le permitiría caminar. Hasta se había pintado de rojo las uñas de los pies.

Debajo de los pies, no se había complicado la vida con medias o ligueros. Sólo sus braguitas. Por lo demás, desnuda.

Echó el último vistazo a su atuendo y fue a abrir la puerta.

Nick se apoyó en la puerta.

—Dios, estás para comerte.

Josie se sonrojó aparatosamente.

—Bonito rubor —dijo Nick—. ¿En qué estás pensando, Josie?

No debía querer una respuesta, ya que la besó inmediatamente. Josie lo agarró por la camisa y sus lenguas exploraron durante un ratito. Por un momento Josie casi olvidó cuáles era sus intenciones. Tenía que arrebatarle a Nick algo de control antes de que su corazón estuviera perdido irremisiblemente. Sus sentimientos hacia

él ya eran demasiado complicados. Y temía que Nick, buen conocedor de la reacción que provocaba en las mujeres, no tardaría en reconocerlos si ella no se aseguraba de disimularlos bajo el disfraz de la atracción sexual.

Si él notaba que Josie enfermaba de amor, la dejaría. Y no estaba preparada para que se fuera. Aún no.

Él beso se volvió más y más profundo. Una mano se deslizó por dentro del vestido, pero se retiró al encontrarse con un seno desnudo.

—Vaya —dijo Nick, contemplando a la preciosa mujer que tenía delante—, estás desnuda debajo del vestido, ¿no?

—No.

Josie intentaba hablar como la primera noche, intentando parecer más segura, más provocativa.

—No —repitió—. Pero demasiada ropa interior arruinaría el efecto del vestido. Llevo mis braguitas.

—Me gustaría verlas.

Tan pronto terminó de decirlo, sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—No, no podemos. No tenemos tiempo. Si te levanto el vestido nunca cruzaremos esa puerta.

Josie se alisó el vestido tratando de encontrar la respuesta adecuada.

Nick estaba dando muchas cosas por hecho. ¿Creía él que ella iba a levantarse la falda sólo porque él tuviese ese capricho? Aunque probablemente lo haría. Nick conseguía que hiciera cosas que nunca haría por nadie más. Era a la vez excitante e irritante el poder que tenía sobre ella. Ahora ella quería tener ese poder también.

—¿Estás lista? He hecho planes.

Se había rendido tan fácilmente. No se lo esperaba.

—¿Qué planes?

Josie fue a buscar su bolso y su chal. En septiembre las noches eran frescas.

—Es una sorpresa —explicó Nick, recorriéndola con la mirada una vez más—, aunque no tan agradable como tu sorpresa. Casi se me detiene el corazón, por cierto.

—Entonces, ¿te gusta?

—Si a alguien no le gusta, cariño, es que está muerto. Pero ya te explicaré exactamente cómo me gusta en el barco. Ahora mismo llevamos algo de retraso.

—¿Adonde vamos?

Él pareció inseguro, y evitó su mirada.

—Confía en mí.

Intentó no parecer demasiado decepcionada. Ella quería ir al barco.

—¿Y si yo tenía otros planes?

Llegaron a la camioneta. Nick sonreía.

—Está claro que los tenías. Habrá tiempo para todo.

La subió al asiento de la camioneta, deteniéndose a admirar sus piernas.

—Eso es —añadió—, si soy capaz de resistir la tentación. Eres endiabladamente tentadora.

Mientras Nick arrancaba Josie lo observaba, preguntándose de qué humor estaba. Pensativo, Nick echaba una mirada a Josie de vez en cuando.

El cielo estaba cubierto y nublado. Josie sabía que habría unan tormenta antes de que terminara la noche. Se podía oler la inminente lluvia en el ambiente, y sentía la electricidad en su piel.

Respiró hondo, dejando que toda esa energía fluyera por su cuerpo.

Tenía que llevar su plan adelante. Tenía que aprovechar el tiempo que estuviera con él antes de que llegara a su fin. Habló en un susurro.

—Yo hoy no tengo tantas ganas de secretos como tú. ¿Te gustaría saber cuáles eran mis planes?

Se volvió ligeramente hacia él, sabiendo que esa postura abriría su falda.

—Tengo la impresión de que te mueres por decírmelo.

Nick sonreía, pero su sonrisa parecía algo forzada. Así tenía que ser. No se reiría de ella por mucho tiempo.

—Quiero hacerlo a mi manera contigo.

Nick vaciló y la miró.

—¿Te importaría explicarme eso?

Josie recorrió el muslo de Nick con su dedo pulgar.

—Si tú crees que es necesario.

—Creo que lo es.

La voz de Nick era grave y cargada ya de excitación. Josie sacó su fuerza de eso. Tenía que hacer tan poca cosa para que la deseara.

—Esta noche quiero saber lo que te gusta a ti, lo que hace reaccionar tu cuerpo. Quiero volverte tan loco como tú me volviste a mí.

La risa de Nick brotó, esta vez llena de intención.

—Lo que nos gusta a los hombres es embarazosamente obvio, cariño. A diferencia de las mujeres, que quieren cosas distintas, los hombres necesitamos muy poco para estar listos.

Josie no se inmutó. Ya estaba acostumbrada a la cruda manera en que Nick exponía a veces las cosas, pero sí se tensó cuando se

detuvieron en un semáforo y él pudo prestarle toda su atención. Su mirada era caliente, intensa. Su mano recorrió todo su cuerpo hasta llegar a su boca, dónde ella le chupó los dedos.

—Además, ya me vuelves loco.

El susurro era muy ronco, y las mejillas de Nick estaban incendiadas.

—Eres explosiva. No conozco a ninguna mujer que reaccione como tú. Hay una cosa que llaman química entre nosotros, y funciona en los dos sentidos. Para mí también ha sido diferente, si quieres que te diga la verdad.

—Estaría bien para variar.

—Muy graciosa.

La cara de Nick se iluminó.

—Créeme, Josie, tú también me haces perder el control.

Josie quería creerlo, pero no le constaba. Esa noche tenía que hacerle perder la cabeza. Mientras tanto, tenía otro problema. La conversación la había afectado. Lo deseaba mucho, y lo deseaba ya, y desear era tan nuevo para ella que no sabía llevarlo con ligereza.

—¿Falta mucho para llegar a donde vamos?

—Llegaremos en dos minutos. Pero en vista de como me afectas necesitaré otros diez para estar presentable.

La erección era indisimulable.

Seductora y esperanzadamente, Josie sugirió:

—Olvidemos tus planes. Vámonos directamente al barco.

Nick besó la palma de su mano.

—Lo siento, pero no podemos.

Era increíble. Estaba sudando y tenía que apretar los dientes.

Una senda los condujo hasta una bella granja, antigua y bien cuidada, evidentemente amada por sus dueños. Josie se dio entonces cuenta de que se dirigían a una residencia privada.

—Oh, Dios mío, ¿hemos quedado con gente?

Pensó en cómo iba vestida y quiso desaparecer.

—Cálmate, Josie, todo está bien.

Josie se colocó los tirantes del vestido.

Nick tendió la mano para ayudarla.

—No, Nick, no me toques.

—Voy a tocarte en todos los sitios que te gustan...

—Nick...

Un latido de corazón más tarde, se besaron vorazmente.

Unos golpes en el asiento del conductor los devolvieron a la realidad. Un hombre de cabello gris estaba apostado junto a la camioneta. Todo en él emanaba imponente autoridad y su voz reverberaba en la noche.

—Si es a esto a lo que habéis venido, podríais haberos quedado en casa.

Dedicando a Josie una sonrisa de disculpa, Nick hizo las presentaciones.

—Josie, te presento a mi abuelo, Jeb Harris. Abuelo, ésta es Josie Jackson.

Josie se sintió cohibida ante el escrutinio al que la sometió el señor Harris.

—Nick, a veces puedes ser un perfecto idiota —dijo, riendo—. Bueno, saca a la joven de la camioneta antes de que se te olvide que tu pobre abuelo está aquí.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Usaba bastón y

cojeaba ligeramente. Josie notó en seguida que sus hombros cargados indicaban cierto grado de tolerable dolor.

Se volvió a Nick.

—¿Es ésta tu sorpresa?

—Sí. Me pidió que lo visitara esta noche, y pensé en traerte.

Abrió la puerta y salió de la camioneta sin necesidad de ayuda.

Así que el duro de Nick no era capaz de decirle que no a su abuelo. Lo deseó aún más.

—Me hubiera gustado saberlo antes. Me hubiera vestido más apropiadamente.

—Josie, el abuelo me conoce de sobra y ya sabe quién tiene la culpa. Contigo simplemente está encantado.

—¿Cómo lo sabes?

Su vestido no tenía redención posible.

—Porque lo conozco bien.

Nick contempló la casa con una dulzura en los ojos que Josie no había visto nunca en él.

—Cuando era niño adoraba cada minuto que pasaba aquí.

No tenía a nadie más, pensó Josie. Aunque hubiera preferido otras circunstancias, tenía muchas ganas de conocer al abuelo de Nick.

Nick le susurró al oído:

—Estás preciosa, y mi abuelo te va a encantar. Él me ha enseñado todo lo que sé.

Pero eso no tranquilizaba a Josie.

Se estaba pasando, pensó Nick, cuando su abuelo repitió «¿Eh?» por quinta vez. El hombre oía perfectamente, y mejor que la

mayoría. Pero por algún motivo se estaba haciendo el desvalido y Nick se preguntaba cuál sería ese motivo.

Por lo menos Josie ya no estaba tan incómoda. Se había relajado y escuchaba tranquilamente los relatos del abuelo. Estaba ahí sentada con las piernas muy juntas y el escote tan cerrado como el provocativo vestido lo permitía. Por un lado, el pudor de Josie lo irritaba, por otro le excitaba sin remedio. Se sentía como un volcán a punto de explotar. Y la sonrisita de su abuelo le indicaba que se divertía mucho observando sus reacciones.

—Voy a buscar algo de beber.

—¿Te ayudo, Nick?

Josie se levantó, pero un gesto del abuelo la sentó de nuevo.

—Nick se las puede ingeniar, ¿verdad, Nick? Josie y yo tenemos cosas de qué hablar.

—De verdad, señor, que no es lo que parece —dijo Josie, mientras Nick escuchaba detrás de la puerta.

—Llámame Jeb. Eso de señor no me gusta nada.

—De verdad, Jeb, Nick y yo sólo somos amigos.

—¡Ja! Mis ojos están cansados, pero aún ven lo que tienen que ver. Y no soy tan viejo como para estar loco. A ese chico le pasa algo, y tú eres la causa. Y también eres la cura.

Nick gruñó. A este ritmo, el abuelo iba a espantar a Josie antes de que pudiera hacerlo Susan. Ella quería libertad, no compromiso. Entre todos, iban a conseguir que no durara ni una semana. Nick sintió rabia. No estaba preparado para terminar con ella. Se sorprendió ante su propia determinación. No se había sentido así desde que era niño. Josie lo ataba con tantos nudos que era casi doloroso. Pero en cuanto pudiera hacerle el amor se sentiría a salvo.

—Su padre y su madre tienen la culpa. Tan ocupados peleándose que se les olvidó que tenían un hijo. Y Myra... Bueno, Myra se dejó llevar por él odio. Excluí a mi hijo de mi testamento, se lo dejé todo a Nick, y nunca me lo perdonó. Desgraciadamente, se lo hizo pagar a Nick. Como no podía hacerme nada a mí, intentó hacer daño a

quien yo más quería.

Nick rugió. Josie había dicho que no quería entrar en temas personales, y el abuelo estaba forzando las cosas.

—Trabajas en el cuidado de enfermos a domicilio, ¿verdad? He oído algo de que tienes una empresa. Nos vendría bien alguien como tú por aquí.

—¿Tienes algún problema... Jeb?

—Tengo la cadera rota. Un estúpido resbalón en el porche por culpa de la lluvia. Aún me duele a veces. Nick no se separó de mí.

—Hizo lo correcto.

—¿Lo ves? Sabe distinguir el bien del mal cuando importa. Sólo que con las mujeres tiene un problema.

Nick cerró los ojos al oír la risa de incredulidad de Josie.

Jeb volvió a su problema de cadera.

—Ahora en serio, preciosa, estoy muy recuperado, pero me vendría muy bien que alguien viniera a hacerme una revisión sin que yo tuviera que desplazarme a la ciudad.

Nick aprovechó el cambio de tema para volver al comedor.

—¡Qué buena idea, abuelo! Josie podría ayudarte.

Si se implicaba a trabajar con su abuelo, pensó Nick, le sería más difícil dejarlo y buscar otros hombres con los que experimentar.

Pero Josie no parecía nada entusiasmada.

—¿No hay nadie por esta zona que pudiera hacerlo? Me imagino...

El abuelo, de nuevo, la detuvo con un gesto.

—No me gustaba nada la mujer que venía por aquí. Muy, muy rígida. Le dije que no volviera ni por error.

—Puedo encontrar a alguien que te guste si necesitas una enfermera, Jeb.

Nick disfrutaba oyéndola hablar con su abuelo con tanta familiaridad. Le producía una enorme sensación de calidez en el pecho. Por muy pesado que se pusiera Jeb, Josie nunca perdía la paciencia. Lo escuchaba, reía con él y le tomaba cariñosamente el pelo. A la lista de sentimientos confusos Nick tuvo que añadir lo orgulloso que se sentía de ella.

—De acuerdo, de verdad, no quiero ser una carga.

Josie exclamó:

—¡No lo eres!

—Ya sé que decían que estaba recuperado, que no necesitaba más ayuda. Como vivo demasiado lejos, la gente no se molesta. Debería haber vendido la casa hace muchos años.

Josie miró a su alrededor y contestó, la voz llena de melancolía.

—Pero es que es una casa tan bonita. Tiene encanto y calidez de hogar. Parece como si hubieran vivido aquí generaciones enteras. Ya no construyen casas como ésta.

Nick observó la tristeza en el rostro de Josie. No le gustó.

—Es un lugar sólido —asintió el abuelo—. Pero es muy grande para mí solo. Es una casa pensada para una familia, no para un hombre solo.

—Se me ocurre —dijo Josie—, que a lo mejor lo que necesitas es salir más a menudo. ¿Por qué no vienes a la fiesta que da mi vecina la semana que viene? Es una amiga entrañable y me da la impresión de que te caería bien.

«Oh, Dios», pensó Nick, Josie estaba jugando a Celestina, y eso era lo único que el abuelo no toleraba. Desde la muerte de su esposa, Jeb había sido tan celoso de su libertad como Nick.

Sin embargo, la respuesta fue sorprendente:

—Me encantaría. Debe hacer años que no he ido a una fiesta.

Nick cubrió su sorpresa con un ataque de tos. Josie no había dicho nada sobre invitarlo a él a la fiesta. Le ardían las sienes.

¿Por alguna razón no querría invitarlo? ¿Habría sucumbido a la influencia de su hermana?

—Es agradable tener a una joven aquí. Es la primera vez, ¿sabes?, que Nick trae a una mujer. No sé yo si me he perdido algo. La mayoría no sonaban muy simpáticas.

—Abuelo.

La voz de Nick era todo advertencia.

— No le gusta que cuente sus cosas. Por eso es mucho más divertido hacerlo.

Si su abuelo no hubiera tenido una cadera rota, se hubiera llevado una buena patada por debajo de la mesa.

Jeb estaba cansado, y Nick se ocupó de recoger y de preparar la habitación de su abuelo en la planta baja. El piso de arriba no lo utilizaba desde el resbalón.

—Es un desperdicio de casa. Realmente debería venderla.

—Siempre está amenazando con venderla —explicó Nick ante la cara de horror de Josie—. Pero nunca se irá de aquí.

Cuando salieron al exterior la tormenta seguía al acecho, y el viento había tomado fuerza, arrastrando las hojas que alfombraban el porche. Cuando Nick vio a Josie abrazar a su abuelo, ese nuevo dolor desconocido que no le dolía volvió a reclamar su atención.

—Demuéstrame que eres listo —le susurró Jeb al oído—, y no dejes que ésta se te escape.

—Deja de hablar como un desvalido. Ya no te oye.

—¿A que tengo talento?

—Lo que tienes es mucha cara.

—No te preocupes, Nick. Sé lo que me hago.

—¿Sí? Ojalá yo lo supiera.

Tomó la mano de Josie y se dirigieron a la camioneta.

—¿Estás cansada?

—Algo. Pero no demasiado cansada.

Nick ayudó a Josie a subir a la camioneta y se sentó. Con una mano sobre su muslo, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiere decir que tenemos un pacto, y que espero que lo cumplas.

Nick estuvo a punto de derrumbarse. El deseo lo golpeaba con furia. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que hicieran el amor.

—Será un placer.

—Prométeme que no moverás ni un músculo sin mi permiso.

Nick intentó reír pero emitió un gruñido.

—¿Qué tiene usted planeado, señorita Jackson?

—Volverte tan loco como tú a mí. Hoy el que va a suplicar eres tú. Prométemelo.

Nick no estaba dispuesto a prometerle nada de nada. Se empezaba prometiendo algo a una mujer y...

Josie le dedicó una sonrisa pecaminosa al tiempo que le acariciaba el torso.

—Está bien, te lo prometo.

Capítulo Ocho

—Quédate ahí quieto.

Josie contempló su obra de arte con gran satisfacción. Le había retirado la camisa de los hombros y le había desabrochado los vaqueros. Estaba irresistible. Le había ido quitando los zapatos y los calcetines y había contemplado sus pies. Preciosos pies, estrechos y fuertes, que ella había colocado, al igual que las manos, en la postura deseada.

A Josie le estaba gustando mucho ese juego.

Nick no había dicho gran cosa desde que había accedido a su petición. La tormenta había caído sobre ellos durante el trayecto, con grandes relámpagos que rompían la pesada oscuridad. Habían llegado al barco prácticamente en silencio. Josie lo achacaba a la reacción nerviosa de Nick a su plan. Lo había visto asir con rabia el volante del coche varias veces, pero no se había arrepentido, ni le había preguntado qué planeaba exactamente. Había abierto la ventanilla, dejando que la lluvia cayera sobre él, que la miraba con expresión sombría. Josie se preguntaba de nuevo por qué la había llevado a ver a su abuelo. Incluso había sugerido que la contratara, pero ella no había accedido. Si tenía tan cerca a la única persona a la que Nick quería, sería insoportable cuando su aventura llegara a su fin. Pero cada vez era más difícil mantener la distancia emocional.

Concentrada en lo que se traía entre manos, sopló en el abdomen de Nick, y vio sus músculos tensarse y relajarse.

—Siento que tengo que hacer esto bien —dijo—. No quiero decepcionarte ni a ti, ni a mí.

Se oyó una especie de gruñido, pero sólo lo miró desafiándola a continuar. Josie sonrió para sus adentros, más que decidida a seguir.

Quería aprovechar al máximo su tiempo con él.

Con el borde de una sola uña recorrió su erección, dejándolo sin

aliento.

—Pareces incómodo, Nick. Supongo que debería bajarte la cremallera. Lo haré... en cuanto yo me haya puesto un poco más cómoda.

Desabrochó el vestido y lo dejó caer hasta debajo de sus senos, sus pezones se tensaron. Ignoró su propio rubor al decir.

—Eso está mejor.

Cubrió sus senos con sus propias manos, mientras Nick emitía un sonido aprobador. Al ver a Nick perder el control, Josie se iba volviendo más atrevida. Se acarició los pezones con las palmas de sus manos.

—Antes dijiste que querías que me levantara la falda, ¿verdad? —lo hizo—. ¿Era esto lo que querías?

Las mejillas de nick estaban muy rojas, y sus ojos muy brillantes. El barco se balanceaba por la tormenta, pero Nick conseguía mantener el equilibrio.

—Eres tan caliente —abrió la boca, por fin Nick.

—Hmmm. Vamos a ver si te podemos poner a ti en una posición similar.

Le bajó la cremallera. Nick gruñó de alivio.

—¿Mejor?

Él estaba muy excitado. Josie le pasó el dedo delicadamente y Nick respondió con un espasmo, maldiciendo imperceptiblemente.

Josie disfrutaba muchísimo.

—¿No te ha gustado eso?

Nick echó la cabeza hacia adelante, a punto de echarse a reír.

—Quizá no sea ese el mejor sitio para empezar —dijo sonriendo —. Lo estás llevando muy lejos, ¿verdad?

—¿Tu control? Eso espero.

—Quiero decir tu atrevimiento. Pero diviértete, yo aguanto todo lo que tú aguantes.

—Me alegro.

Esta vez fue su lengua la que se dio un paseíto por el cuerpo de Nick, provocando un estremecimiento general y alguna que otra palabrota.

Respiró hondo.

—Relájate, Nick. No es que no me guste lo que tú me haces. Es que necesito estar libre para explorar a mi manera.

Le acarició el vientre y las costillas y su temblor creció.

—Creo que te vamos a sacar de esos vaqueros. Quiero verlo todo de ti.

Nick no ayudó. Los vaqueros estaban mojados. Él fue levantando los pies a las órdenes de ella. Una vez fuera los vaqueros, Josie presionó su mejilla contra la zona lumbar de Nick. Lo rodeó con sus brazos y lo acarició a través de la ropa interior. Le gustaba mucho. Estaba duro y suave en algunos sitio y tembloroso en otros, lentamente, comenzó a morderle la espalda y los glúteos, luego el muslo.

—Estás muy rígido, Nick. Intenta relajarte. Me encanta tu cuerpo.

Josie seguía acariciándole todo el cuerpo, ahora con las manos, sintiendo crecer su propia excitación.

—Josie...

—Shhh. Acabo de empezar.

Se colocó delante de él, sin sentarse esta vez. Se insinuó en el estrecho espacio entre él y la cabina, y simplemente lo sintió. Todo su cuerpo. Le quitó la ropa interior.

—¿Te acuerdas de lo que me hiciste en la cocina?

—Maldita sea, Josie...

—Shhh, ahora mando yo —dijo Josie, lamiéndole los pezones—. Dime Nick, ¿te gustó tanto como a mí?

—Lo dudo. Tú llegas con sólo apretarte un botón. No es que me queje. Me excita mucho —dijo con voz grave y seductora. Nunca he conocido a una mujer con unos senos tan sensibles.

Maldita sea, pensó Josie. Le estaba haciendo desear cosas con sólo nombrarlas. Los pezones comenzaban a dolerle de deseo. Sería mejor que no le hiciera ninguna pregunta. Estaba mejor calladito.

—Le besó el cuello, respirando su masculino aroma, me encanta olerte. Y me hace desearte.

La lengua de Josie paseaba entre el ombligo y las costillas mientras sus manos acariciaban su espalda.

—Abre más las piernas.

Nick soltó una risa forzada.

—¿Así que te gusta jugar a ama, eh? Interesante. No tenía ni idea.

—Cállate —le espetó, pero se sonrojó como sabía que lo haría.

Se sentó en la camilla, y rodeó las piernas de Nick con las suyas. Sabía que la postura lo volvería loco.

—¿Por qué tendrías que tener tú siempre el control?

— Porque soy el hombre —dijo, jadeando.

Josie volvía a acariciarle sus partes más íntimas.

—Claro que sí. ¿Te gusta esto, Nick?

—Sí...

Frotó sus desnudos senos contra su torso.

—¿Y esto?

—Josie, cariño.

—¿Y esto?

Josie deslizó su boca sobre él, tomando tanto como podía.

Nick gritó.

Josie no sabía que dar placer a otra persona podía ser tan excitante.

Nick tenía dificultad para respirar. Josie se sintió triunfal, segura de sí misma como mujer. Cada vez iba más adentro, y utilizaba su lengua para volverlo aún más loco. Nick rompió las reglas y la guió tomándole la cabeza.

Pero segundos más tarde, Nick se retiró. La acostó sobre la camilla y se deshizo del vestido. Colocó las piernas de Josie sobre sus hombros, y su boca fue a buscar su seno al tiempo que entraba en ella. Entró tan adentro que Josie se excitó muchísimo al sentir la ardiente presión. Los dos explotaron con las sensaciones. Siguieron y siguieron. Demasiado potente, demasiado. Josie mordió el hombro de Nick.

Se derrumbó sobre ella, aún jadeando.

Los dos estaban sin aliento, sudando, la piel ardiendo.

—Josie, Cariño, ¿estás bien?

No quería mirarlo aún, no quería moverse, sólo quería sentirlo.

—Josie.

Nick besó su rostro.

—Mírame, cariño.

Consiguió abrir un ojo, pero el esfuerzo era demasiado grande y lo volvió a cerrar. Sólo quería sobrevivir a tanto placer.

Nick se rió temblorosamente, y la besó en la boca. Un beso

suave que floreció en una increíble ternura.

Se revolcaron, quedando ella arriba.

—Eres muy mala, Josie Jackson.

Ella sonrió y lo besó en el hombro.

—No me he puesto un condón.

Josie abrió los ojos de par en par.

—Lo siento, cariño. No tengo excusa. Me volví loco.

Sin preservativo. Oh, Dios, cuando había pensado en su escena de seducción, no había pensado en eso. También era responsabilidad suya, y ella tampoco tenía excusas.

Nick la abrazó tranquilizadoramente.

—Lo hablaremos por la mañana. Hay muchas posibilidades de que no pase nada. No por esta vez.

Josie se acurrucó contra él. Su mente era un torbellino de preocupaciones.

Había cometido el más estúpido de los errores. Se había enamorado de Nick Harris, el mujeriego castiga-mujeres, el soltero empedernido. Probablemente Nick nunca querría una relación permanente. Y quizá se tomara el olvido del preservativo como un intento de atraparlo. Hasta ahora, sólo había querido que Nick la ayudara a pasárselo bien.

Ahora, todo estaba amenazado.

Si no hubiera forzado las cosas, quizá el error se hubiera podido evitar. Y un embarazo era mucho más que un error.

Nick levantó la cabeza para mirarla a la cara.

—¿Qué se te pasa por la cabeza? Espero que no más pensamientos lascivos, porque te juro que necesito por lo menos una hora para recuperarme —el barco se balanceaba con la tormenta y se oían truenos. Nick la abrazó más fuerte—. Estoy

personalmente asombrado de que mi pobre corazón continúe latiendo después de la tensión que acaba de soportar.

Josie lo besó en el cuello. No parecía nada enfadado con ella.

—Nick, siento haberme olvidado de... Debería haber sido más responsable.

—No te preocupes, Josie. Probablemente no pase nada. Y si pasa, pensaremos algo juntos, ¿de acuerdo?

— No me gustaría que te sintieras presionado, o que pensaras que lo he hecho a propósito.

Nick la besó.

—Tú eres nueva en esto. Yo soy el que tenía que haber sabido lo que se hacía. Jamás se me había olvidado. Pero, como te he dicho, nunca me había sentido así.

—¿No estás preocupado?

—No, no lo estoy, y no quiero que tú tampoco lo estés. Si ocurre algo, ya nos preocuparemos. Pero mientras tanto, tranquila, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pero no se sentía tranquila. Nick nunca había hablado de algo permanente, y un bebé era algo permanente. Pero tenía razón. Preocuparse ahora era un derroche de energía.

—¿Por que no te quitas del todo el vestido, cariño? No puedes estar cómoda así.

Su cuerpo se había quedado tan agotado tras la descarga que ni siquiera se había dado cuenta de ello. Se quitó el vestido y lo dejaron en el suelo.

—Eso está mejor —dijo él, colocando la cabeza de Josie sobre su torso—. Ahora déjame dormir para que pueda recuperarme. Tengo un pequeño asunto de revancha que atender y necesitaré todas mis fuerzas para realizar el trabajo correctamente.

Ante la inmensa sorpresa de Josie, que creía estar agotada, un intenso cosquilleo acusó en su cuerpo las palabras de Nick. Debía tener más aguante que Nick, porque ya estaba deseando la revancha.

Nick echó un vistazo a la abarrotada habitación y se preguntó que era lo que estaba haciendo allí. No podría estar a solas con Josie esa noche. Todos los asientos estaban ocupados por ancianos, e incluso el espacio para estar de pie era limitado.

Buscó a Josie, intentando evitar las miradas de curiosidad que se dirigían hacia él desde varios pares de gruesas gafas.

Había pasado una semana desde que le había cedido el control, y ella no había intentado en absoluto aprovecharse de ello o entrometerse en su vida. Quería hablar con ella, maldita sea, pero iba a ser difícil hacerse con unos minutos con ella en privado.

Se dirigió a la cocina en su busca y se topó con Susan.

—Susan —dijo, saludándola.

—Quiero hablar contigo.

Nick miró las manos que Susan ocultaba tras la espalda.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco armas escondidas. Quiero asegurarme de que sólo tienes intención de atacarme verbalmente.

Le sonrió, pero eso sólo la puso aún más rígida. Maldita entrometida.

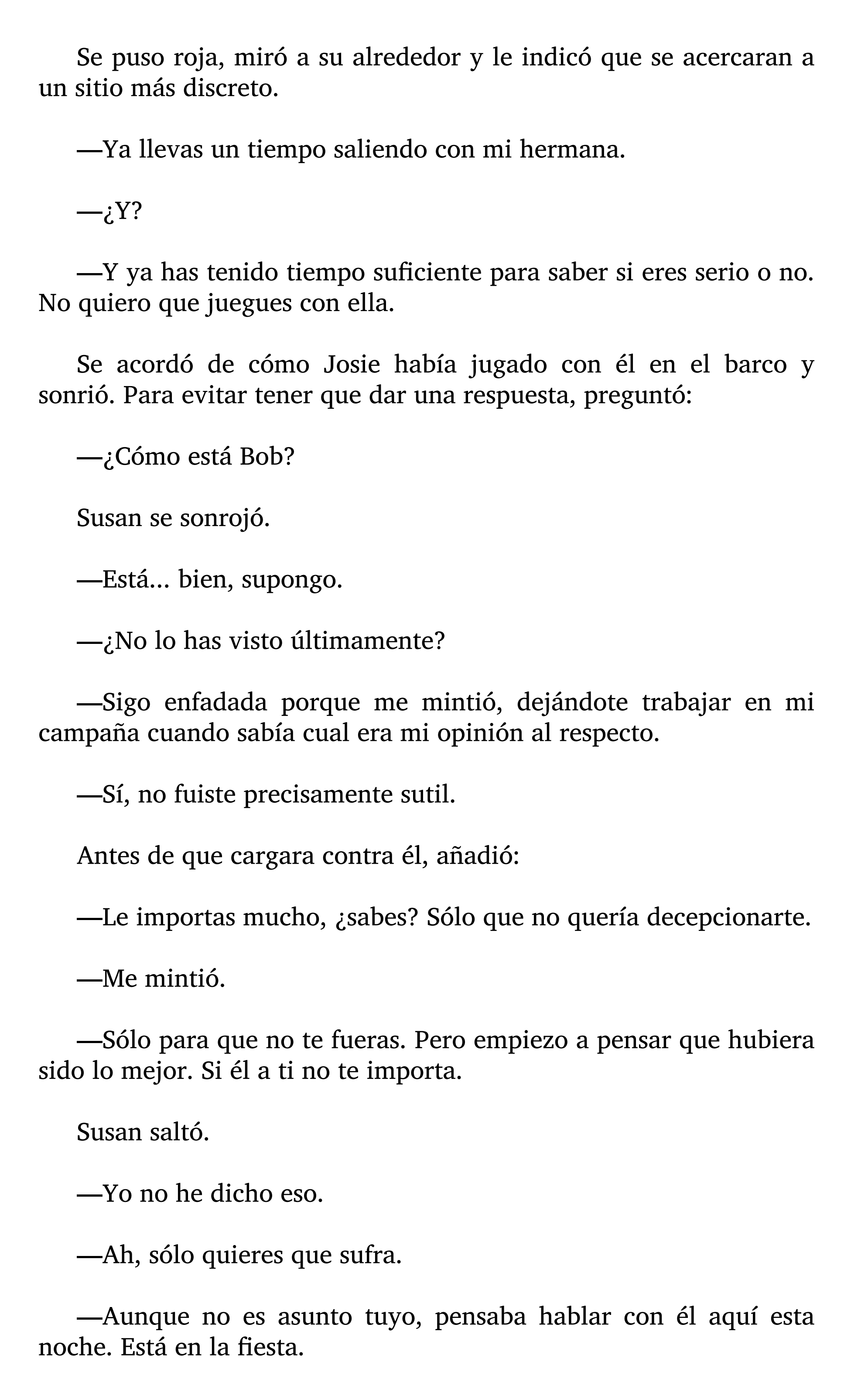
—¿Qué estás haciendo aquí?

Nick cruzó los brazos y se apoyó contra la puerta.

—Eso es exactamente lo que yo te iba a preguntar.

—Yo he sido invitada.

—¿Y qué piensas, que yo me he colado por la ventana del baño?



Se puso roja, miró a su alrededor y le indicó que se acercaran a un sitio más discreto.

—Ya llevas un tiempo saliendo con mi hermana.

—¿Y?

—Y ya has tenido tiempo suficiente para saber si eres serio o no. No quiero que juegues con ella.

Se acordó de cómo Josie había jugado con él en el barco y sonrió. Para evitar tener que dar una respuesta, preguntó:

—¿Cómo está Bob?

Susan se sonrojó.

—Está... bien, supongo.

—¿No lo has visto últimamente?

—Sigo enfadada porque me mintió, dejándote trabajar en mi campaña cuando sabía cual era mi opinión al respecto.

—Sí, no fuiste precisamente sutil.

Antes de que cargara contra él, añadió:

—Le importas mucho, ¿sabes? Sólo que no quería decepcionarte.

—Me mintió.

—Sólo para que no te fueras. Pero empiezo a pensar que hubiera sido lo mejor. Si él a ti no te importa.

Susan saltó.

—Yo no he dicho eso.

—Ah, sólo quieres que sufra.

—Aunque no es asunto tuyo, pensaba hablar con él aquí esta noche. Está en la fiesta.

Nick se quedó con la boca abierta.

—¿Bromeas?

—No. Josie insistió. Es una treta suya para que nos reconciliemos.

—¿Y está funcionando?

Susan se mordió el labio.

—Supongo que sí. Josie me ha explicado cuál fue el motivo del engaño. Creo que hasta yo puedo entenderlo. Y, aunque deteste admitirlo, tienes mucho talento.

Nick sonrió lentamente llevándose una mano al pecho.

—Tranquilo, corazón, tranquilo.

Susan lo miraba desconcertada.

—Ya no sé que pensar de ti. La señora Willey no para de cantar tus alabanzas desde que has llegado. Estás trabajando para ella gratis, ¿verdad?

—Nuestro acuerdo es privado.

—Ya. Pero la señora Willey no deja de contar a todo el mundo lo que no que eres —aclaró Susan acorralando cada vez más a Nick en el pasillo—. Pues bien, hombre bueno, quiero saber cuáles son tus intenciones respecto a mi hermana.

Nick abrió la boca sin la más remota idea de lo que le iba a decir. Afortunadamente para él, la salvación llegó de la mano de su abuelo y la señora Willey, que se acercaban en aquellos momentos. Él susurraba en el oído de la amable señora y se lo veía encantado llevándola del brazo.

—Tu abuelo es encantador.

—Lo es, ¿verdad?

—Y le ha tomado mucho cariño a Josie. La semana pasada fue a

verla dos veces.

Eso sí era una sorpresa. Nadie le había dicho nada. La curiosidad lo picó. ¿De qué habrían hablado? De él, sin duda. ¿Pero de qué, en concreto? Y, de todas formas, ¿dónde narices estaba Josie? Intentó escapar de las garras de Susan. Ella quería explicaciones, pero él no sabía qué decirle. Su arreglo con Josie era privado. Era Josie quien tenía que hablar con su entrometida hermana.

—Debo ir a saludar a mi abuelo.

No hacía falta. Jeb ya se dirigía hacia ellos. Susan dirigió a Nick una mirada contundente.

—Ya hablaremos más adelante.

Y con esa amenaza se marchó.

—Bueno, chico, ya era hora de que llegaras.

—Pues yo ni me esperaba que tú te presentaras, abuelo.

Miró a la señora Willey felizmente agarradita del brazo de su abuelo y no pudo evitar preguntarse qué andaban tramando. Desde que enviudó, Jeb no había mostrado interés por mujer alguna.

—Me ha traído Josie. Eso me recuerda que tenemos que hablar sobre ella.

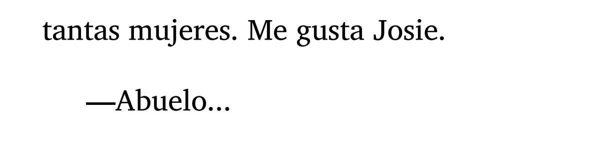
Apoyándose en la pared resignadamente, Nick se preparó para otro sermón. Su abuelo no tenía tanta compostura como Susan. No tenía pelos en la lengua. Junto a él, la señora Willey mostraba su completo acuerdo con todo lo que decía.

—Si dentro de esa cabeza tuya de guapo está el cerebro que siempre he pensado que tenías, atarás a esa chica bien atada y te asegurarás de que no se escapa.

Intentando ignorar la presencia de la señora Willey, cosa difícil en cualquier circunstancia, Nick intentó plantar cara a su abuelo.

—Ya hemos tenido esta conversación antes, ¿recuerdas?

—Claro que me acuerdo. Pero ella es diferente. No es una de



tantas mujeres. Me gusta Josie.

—Abuelo…

—¿Qué, chico? ¿Qué tienes tú planeado? Sólo pregunto porque odio verte cometer errores que lamentarás toda tu vida.

Nick echó un vistazo a su alrededor. Había tantas miradas fijas en él que se sonrojó. Con el volumen de la música nadie podía saber de qué estaban hablando, pero Nick tuvo la sensación deque todos se habían enterado. Y todos pensaban lo mismo.

¿Cómo se había dejado arrastrar a esa situación? ¿Y cómo podía decirle a su abuelo que no sabía cuáles eran sus planes porque no sabía cuáles eran los de Josie? Era ella quien había insistido en que no hubiera ataduras ni compromisos, sino simple diversión. Pero contar eso sería traicionarla.

Se llevó una mano a la cabeza y maldijo en silencio. No le gustaba ser avasallado. Ni siquiera por su abuelo.

—Ahora mismo, mi único plan es encontrar a Josie y decirle hola. Así que, si me disculpáis…

Oyó a la señora Willey mientras se alejaba.

—¡Jóvenes! Son tan cabezotas…

Jeb rió con ganas.

—Me recuerda a mí mismo a su edad.

—¿De veras?

Su tono revelaba mucho interés.

Por fin Nick encontró a Josie en la cocina. Una vez más, su aspecto lo sorprendió. Había visto a la mujer sexy, la *femme fatale*, el ama de casa despeinada, la eficaz mujer trabajadora…

Ahora era la dulce chica de al lado, con falda tableada, suéter ancho y zapatos estilo Oxford.

Parecía una colegiala.

La imagen le hizo sonreír y se preguntó qué juegos le podría inspirar. Parecía preocupada, aunque no debía tener mucho que hacer. Estaba en el mostrador, vigilando los artículos que la señora Willey había desplegado. Sin molestarla, Nick echó una ojeada. Había un surtido de lociones en sofisticadas botellas, velas de varios tamaños, bombillas rosas y música presuntamente sugerente.

Pensó en el anuncio que había planeado y se sintió bien. Esperaba que le gustase a Josie.

Deslizó sus brazos alrededor de ella y le acarició el cuello con sus labios.

—¿Piensas comprar algo?

Ella se sobresaltó y exclamó entrecortadamente:

—Nick, por el amor de Dios, me has asustado.

Él pudo sentir su tensión, su retraimiento. Apretó la mandíbula. Intentando asumir un aire desenfadado, preguntó:

—¿Qué crees que debería comprar?

—No tienes por qué comprar nada. No necesitabas siquiera aparecer por aquí.

Ella había mostrado tanta reticencia a estar allí con él que él había insistido perversamente en asistir. Y para asegurarse el éxito, había ido a casa de la señora Wiley. No le gustaba verse excluido de partes de la vida de Josie. Normalmente, las mujeres intentaban atraparlo, no alejarlo de ellas. No le agradaba el distanciamiento emocional de Josie, lo hacía sentirse frenético de deseo.

—Claro que compraré algo —dijo mientras exploraba su rostro en busca de alguna pista que le revelara sus pensamientos, pero ella estaba cerrada a él—. Además necesito estar aquí para sondear el mercado en el que quiero introducirme. Y creo que he dado con la idea adecuada.

Ella, lentamente, comenzó a desasirse de él. Él fingió no darse cuenta.

—¿Josie?

Ella sonrió débilmente.

—Cuéntame tu plan.

Él besó su nariz, su mejilla. No podía estar a su lado sin desear tocarla. No podía esperar a encontrarse a solas con ella.

—Creo que no, todavía no. Le explicaré mi idea primero a la señora Wiley. Si a ella le gusta, te la contaré.

—Odio cuando eres tan reservado.

Parecía tan contrariada que la besó de nuevo. No quería dejar de besarla, pero oyó los sonidos de la fiesta en la otra habitación y se apartó. A Josie la avergonzaría que los sorprendieran tonteando en la cocina.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que estar aquí?

Si aún era posible, pareció todavía más incómoda.

—Estaré aquí hasta tarde. Quiero ayudar a limpiar después.

—Yo también puedo ayudar.

—¡No! —lo miró y retrocedió—. No, deberías irte a casa. No sé hasta cuándo va a durar, y no hay motivo para que desperdicies toda tu noche.

¿Desperdiciar su noche? Sus dientes casi rechinaron según la atraía de nuevo hacia sí. Trató de parecer tan sólo levemente curioso. Preguntó con picardía:

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

La cabeza de ella golpeó su esternón, el cual no ofrecía ni un ápice de reconfortamiento.

—Eh —dijo suavemente—. ¿Josie?

—La cuestión es —dijo con la cabeza aún enterrada en su pecho—, que estoy un poco indispuesta esta noche.

—¿Indispuesta? —¿Estaba ella dándole calabazas? ¿Había encontrado ya a otro hombre con el que experimentar? Cólera y un atisbo de miedo despertaron en él. Ignoró el miedo, rechazando incluso el reconocer que existía—. ¿Qué significa eso?

Casi podía oírla pensar, y eso lo enfurecía.

—Maldita sea, Josie, ¿Quieres mirarme?

Le pareció que no la había visto desde hacía tanto tiempo, que cualquier cosa podría haber sucedido. Su hermana podría haberla convencido, o incluso su propio abuelo. Demonios, parecía que la suerte estuviera en su contra. Le quemaba la sangre y sabía que de ningún modo le permitiría irse con otro hombre. No es que tuviese autoridad alguna sobre ella, pero...

—No puedo pasarlo bien contigo esta noche.

Soltó esas palabras de golpe y lo miró, esperando. Él tuvo la impresión de que debería entenderla, pero no era así en absoluto.

Josie puso los ojos en blanco. Se dio la vuelta y empezó a ordenar los objetos del mostrador, aunque ya estaban perfectamente alineados. Nick pensó que ella ni siquiera se estaba dando cuenta de lo que hacía. Se sentía ridículo.

—Cariño, realmente querría un explica...

—No estoy embarazada, ¿de acuerdo?

Él se apaciguó, asimilando sus palabras y haciéndolas encajar con todo lo que ella había dicho hasta el momento. La comprensión llegó por fin. Y tras ella, una ligera decepción que apartó rápidamente.

—¿Estás con el periodo?

Le dirigió una mirada fulminante que podría haber prendido fuego a un montón de hierba seca.

—Josie, cariño, por el amor del cielo, tengo treinta y dos años, sé cómo funcionan los cuerpos de las mujeres. No tienes que actuar como si fuese algo bochornoso.

Sabía que sonaba duro, pero en el fondo de su mente había existido la posibilidad de que ella estuviera ligada a él, de que tuvieran que haber llegado a un acuerdo de consecuencias duraderas. Nunca había considerado algo semejante anteriormente, y no lo había meditado de forma consciente hasta ese momento. Pero no podía negar la maldita verdad sobre lo que sentía: decepción.

—Bien, dada tu mundana experiencia, estoy segura de que comprenderás que no tiene sentido que nos veamos esta noche.

Empezó a alejarse, pero él la asió del brazo y la atrajo hacia sí.

Estas abrumadoras emociones eran nuevas para él, y la abrazó contra él para que ella no pudiese ver su expresión ni escabullirse.

—Aún quiero verte esta noche.

Consiguió apartarse para mirarlo:

—¿Estás bromeando?

—No, no estoy bromeando, maldita sea —nunca había suplicado para conseguir una cita. No le gustó esa sensación—. Puedo conformarme con una película y una conversación, si tú también puedes.

Pareció indecisa y su irritación creció. Después de lo que parecía una cantidad exagerada de reflexión para una sugerencia tan sencilla, ella accedió.

—De acuerdo.

Él puso los brazos en jarras. Su conformidad había sido como mucho a regañadientes y eso lo molestaba.

—Perfecto. Y en el futuro no seas tan reticente a la hora de comentar las cosas conmigo. No me gusta no saber lo que estás pensando.

Esperó a ver si ella indagaba sobre su referencia al futuro. Su tiempo juntos, según el absurdo plan que ella había trazado, estaba limitado. Al principio, sus disposiciones lo aliviaban. Pero ahora,

cada vez que pensaba sobre esa estipulación, su cuerpo y su mente se rebelaban. Cada día la deseaba más.

—Intentaré no olvidarme de ello —fue todo lo que dijo.

Tomó la bandeja con las bebidas y se dirigió hacia la puerta. Nick echó un último vistazo a la exposición, decidió que la planificación de su anuncio sería perfecta, y fue en busca de la señora Wiley. Si todo funcionaba como él esperaba, no sólo la señora Wiley ampliaría su lista de clientes, si no que además Josie tendría más tiempo libre.

La dedicación que profesaba a los ancianos que se habían convertido en sus amigos era admirable, y él nunca interferiría con las amistades de ella. Quería ayudarla en todo lo que hacía, en todo lo que ella quisiera hacer. Pero ahora quería que ella tuviese más tiempo para él. Mucho más tiempo.

Este pensamiento sólo causó ahora un pequeño picor de alarma. Estaba acostumbrándose a tener sentimientos posesivos. Ella también se acostumbraría, pese a sus absurdas ideas de llevar una vida de correrías. Ella bien podría compartir esas correrías con él.

La alcanzó en la sala según acababa de repartir las bebidas, y cuando dos hombres mayores se apretaban en el sofá para dejar un sitio en el que ella pudiera sentarse, Nick consiguió también un hueco. Los hombres lo observaron, él respondió con una sonrisa y se inclinó hacia Josie para conseguir su atención y reivindicar sus derechos. Era ridículo hacerlo, cuando él era el único hombre en la reunión con menos de sesenta y cinco años, aparte de Bob, que, desde luego, no contaba. Pese a ello él sentía esa necesidad.

—Tu abuelo parece estar colado por la señora Wiley —Josie se había acercado a él para compartir este pequeño cotilleo. Su cálida respiración hizo que la suya se detuviera.

—¿Colado?

—Esa es la palabra —tomó su mano y enlazó sus dedos con los de él—. La señora Wiley me acompañó el otro día cuando fui a visitarlo, y cuando iba a marcharme le pidió que se quedara. Dijo que llamaría a un taxi cuando ella tuviera que volver a casa.

—Ese encantador bribón...

Josie rió.

—Creo que es adorable. Y un fraude. ¿Sabes?, no le pasa absolutamente nada en la cadera. Cojeaba dramáticamente hasta que descubrió a la señora Wiley; desde entonces no hace más que pavonearse.

Nick se rió por la situación que ella retrataba.

—Su cadera le da un par de pinchazos cuando hace mal tiempo, pero por lo demás va perfectamente. Mientras no intente subir las escaleras muy a menudo.

—La señora Wiley le dijo que necesitaba un apartamento como el de ella en vez de esa gran casa. Se lo está pensando.

Sorprendido, Nick se volvió para mirar a su abuelo. No sólo la señora Wiley se había fijado en él. Estaba rodeado de mujeres, todas ellas lisonjeándolo. Pero él mantenía su brazo alrededor de la señora Wiley. Nick resopló. Nunca se lo hubiese creído de no verlo con sus propios ojos.

—Creo que se ha enamorado de ella. En todos estos años desde que mi abuela murió, hasta donde puedo recordar, nunca he visto al abuelo rodear con su brazo a una mujer.

—La señora Wiley no aceptará un no por respuesta.

Nick observó la cara de Josie, su cabello impecablemente trenzado y su suave sonrisa. Decidió que era una buena regla que podía adoptar él mismo.

Al final de la velada, era el orgulloso propietario de un nuevo par de calzoncillos que pensaba regalar a Bob y de un gel de baño espumoso para Josie. No tenía idea de qué habría comprado ella. Había mantenido su hoja de pedido apartada de él.

Él y su abuelo ayudaron a las dos mujeres a limpiar y luego le expuso su plan a la señora Wiley. Ella quedó encantada.

—¡Anunciar para los ancianos en las revistas de jubilados! Es una idea estupenda. Puedo ir hasta sus residencias e instalar las muestras, o bien pueden hacerme directamente los pedidos.

—Me he informado, y casi todos los centros de retiro tienen un cuarto especial para diferentes eventos y ocio. Lo podríamos llamar Romance para Retirados. Y cada tipo de regalo debiera tener un nombre atractivo. Pensé que por ejemplo los aceites perfumados podrían clasificarse como Poción de Amor nº 99.

Jeb se rió.

—Y los calzoncillos y batas de seda podrían llamarse Clasificado S: sólo para Seniors.

Josie se lanzó al juego con una alegre sonrisa.

—¿Y qué os parece Sensaciones Senior para las velas? Y los vinos serían Añada de Perfección.

Nick la miró y levanto una ceja.

—Eres muy buena en esto. Erraste tu vocación.

El orgullo hizo brillar sus rasgos, y su mirada, tan cálida y dulce, hizo que el corazón de Nick latiese fuertemente. Quería besarla, quería...

«Acaba tu historia, muchacho, luego podrás acompañarla a casa.»

Con un fuerte carraspeo, Nick volvió a atraer la atención de la señora Wiley y de su abuelo.

—Pensé que podría interesarle hacer de estas fiestas un evento mensual, abierto al público. De este modo, más personas se inclinarían a asociarse y se podría convencer a algunas de las casas de retiro de que formasen parte de una excursión mensual.

La señora Wiley aplaudió y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Es maravilloso! ¡Me encanta!

—Puedo trabajar en los anuncios a lo largo de esta semana y luego traerlos para que dé su aprobación.

La señora Wiley puso una cara muy severa.

—Estoy abrumada. E insisto en pagarle. De ningún modo puedo permitirle que se tome tantas molestias sin una compensación.

—Por supuesto que puede —insistió el abuelo—. Deja que el muchacho haga lo que desea. Acabará haciéndolo de todos modos.

—Cierto. La tozudez domina nuestra familia —Nick miró significativamente a su abuelo y continuó—. Pienso que debe haber un montón de pequeñas publicaciones locales donde poner un anuncio no ha de ser muy costoso, además de las de jubilados. Llamaré el lunes para ver cuáles son sus tarifas.

El abuelo lo tomó del brazo y comenzó a llevarlo a la puerta principal. Josie los siguió, sonriendo.

—Hazlo, Nick. Ponte a ello. El lunes.

La señora Wiley estaba todavía dándole las gracias cuando Jeb prácticamente lo arrojó fuera. Josie, a su lado, dijo:

—Creo que deberíamos ir yéndonos, Nick.

—Creo que tienes razón.

Apenas había acabado de hablar cuando se cerró la puerta del apartamento y se oyó la risotada de su abuelo, seguida por un alegre chillido de la señora Wiley.

Capítulo Nueve

Cuando llegaron al apartamento de Josie, Nick se ofreció a ir por la película.

—Ha sido un día largo. ¿Por qué no te das una ducha rápida y te pones cómoda mientras bajo al videoclub?

Josie lo miró parpadeando.

—¿Cómo sé que elegirás una cinta que me guste?

—Confía en mí —le colocó un rizo rebelde detrás de la oreja, luchando con sus nuevos sentimientos. Deseaba abrazarla fuerte, mantenerla cerca. Le distraía la forma en que ella le hacía sentirse realizado con tan sólo una sonrisa—. Déjame tu llave y así no tendrás que abrirme.

Para su sorpresa, ella le entregó la llave sin dudarlo.

—Te veré en un momento, pues.

Él alquiló dos cintas, compró palomitas y refrescos, y regresó antes de treinta minutos para encontrar a Josie en el baño secándose el pelo. Estaba inclinada hacia delante, con su largo cabello pelirrojo colgando casi hasta sus rodillas. Nick la contempló fascinado. Parecía tan joven, con su cara recién lavada y su pijama holgado envolviendo su pequeño cuerpo.

También estaba endiabladamente sexy.

Admirable. No importaba qué llevara puesto, a qué personaje representara, él siempre la encontraba irresistible. Se preguntó si hubiera reaccionado de igual modo la primera vez que la vio de no haber ido ella vestida tan sexy. Le parecía perfectamente posible, dada la forma en la que su cuerpo estaba respondiendo ahora ante ella.

Se mantuvo allí contemplándola durante unos buenos cinco minutos, deseando tocarla, enredar aquel precioso cabello alrededor de sus manos. Sus movimientos eran intrínsecamente femeninos y él

adoraba el bamboleo de su trasero mientras ella movía el secador, cómo sus pequeños pies descalzos asomaban bajo el pijama. Cosas ridículas.

En un plazo de tiempo tan breve, ella había llegado a ocupar la mayor parte de sus pensamientos, y sus pensamientos eran tan a menudo dulces, al igual que Josie, como excitantes y salvajes, del modo que le hacía sentir cuando estaba dentro de ella.

A ella le preocupaba la gente; su propia hermana y sus pacientes, e incluso el abuelo de él, al que apenas conocía. Deseaba que ella se preocupase por él, pero no podía saberlo porque ella insistía en mantener una relación exclusivamente física. Él la había animado en ese sentido, pero eso se había terminado. Esta noche sería un buen lugar para comenzar.

Ella apagó el secador y se incorporó, fijándose en él al mismo tiempo. Un suave rubor coloreó su rostro.

—Um, no sabía que hubieras regresado —intentó alisarse el pelo, que ahora se agitaba profusamente alrededor de su cabeza.

Nick sonrió, reventando con una emoción demasiado poco común como para contenerla.

—Estás preciosa.

—Ajá.

Él hizo un signo de juramento.

—Por el honor de los Exploradores. No te mentiría.

Ella guardó la toalla usada y salió del baño, pasando a su lado.

—Nunca fuiste un explorador, Nick. Jeb me lo hubiera dicho.

Él la siguió de cerca.

—Cierto, pero la teoría es la misma —podía oler el aroma limpio de su cuerpo, a jabón floral y polvos suaves. Y a Josie.

Ella se dirigió al sofá, pero en cuanto intentó sentarse, él la atrajo sobre su regazo, disfrutando con el peso de su trasero

respingón sobre su entrepierna. La nueva posición aliviaba y a la vez intensificaba el dolor.

Tomó su barbilla y giró su rostro hacia él. Antes siquiera de adivinar sus propios pensamientos, se escuchó preguntar:

—¿Te sientes aliviada por no estar embarazada?

Vio su pecho expandirse cuando ella contuvo la respiración, vio cómo se mordía su tierno labio inferior.

Ella miró hacia abajo, aparentemente fascinada con su barbilla. Tras un momento, susurró:

—Resulta extraño, en realidad. Nunca antes había pensado mucho en los bebés. Siempre ha existido una sucesión de prioridades en mi vida que ha mantenido mi mente ocupada. Superar la muerte de mis padres, terminar el colegio, encontrar un trabajo y luego montar mi propia empresa. Supongo que soy bastante decidida respecto a las cosas.

—¿Pero?

La mirada de ella se encontró brevemente con la de él y luego se apartó.

—No hay lugar en mi vida para un bebé justo ahora. Sin embargo, en mi mente he imaginado qué aspecto tendría si fuera un niño o una niña.

Él se imaginó una niña pequeña con el aspecto de Josie. Un puño invisible atenazó su corazón.

—¡Oh, por Dios! —ella lanzó sus manos hacia arriba y forzó una sonrisa—. Afortunadamente, no estoy embarazada, y eso es lo que hay. No tenemos nada de qué preocuparnos —la sonrisa no terminaba de alcanzar sus ojos.

Ella era siempre tan abierta con él. Sin embargo, él no había hecho otra cosa más que mostrarse misterioso y reservado. La había manipulado en cada ocasión, incluso cuando había temido que ella estuviera intentando controlarlo.

¡Ja! Josie no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido

jamás. No era como Myra, que intentaba dirigir su vida, o su madre, que lo rechazaba, o cualquier otra de las mujeres que había conocido y que habían intentado convertirlo en un hombre casadero. No, Josie no había intentado cambiar su vida, y él había estado demasiado ocupado intentando cambiar la de ella para siquiera darse cuenta.

Era un completo estúpido. Un necio, un idiota.

Había mentido desde el principio para conseguir sus propósitos. Luego había seguido mintiendo para mantenerla interesada, asegurando que estaba de acuerdo con sus planes a corto plazo, incluso cuando desde el principio había sabido que ella tenía algo especial. Había llegado a intentar alterar el trabajo de ella, para conseguir más tiempo para él. Se había impuesto a los amigos de ella, pero nunca le había presentado a los suyos. No se la merecía... pero por todos los diablos, no iba a dejarla escapar.

Atrayéndola hacia sí y hundiendo su rostro en su cabello, preguntó:

—¿Puedo pasar la noche contigo, Josie?

Ella se envaró, y él la abrazó con más fuerza.

—Tan sólo para dormir. Es tarde y quisiera abrazarte.

En un tono vacilante, ella dijo:

—Me gustaría ver tu casa algún día.

Él había estado evitando llevarla allí. No deseaba que ella viera la forma en la que vivía, con todo organizado a su conveniencia. Las mujeres no apreciaban el tipo de existencia funcional que había creado para sí. Con bastante frecuencia, sus camisas no conseguían llegar a un cajón. Las dejaba correctamente apiladas en la mesa del comedor. Sus calcetines estaban en el cajón del aparador, adecuado para las camisas. Nunca se molestaba en hacer la cama, ni siquiera cuando planeaba utilizarla cada noche, y no guardaba su espuma de afeitar o la maquilla, sino que las dejaba al lado del lavabo, siempre a mano.

En la sala tenía el equipo de gimnasia y nunca había encontrado tiempo para conseguir platos a juego. Se había organizado como un

soltero de la cabeza a los pies.

Una vez por semana, lo limpiaba todo. Ahora recordaba por qué había empezado a obrar de esa manera; para irritar a Myra y, en las escasas ocasiones en que lo visitaba, a su madre. Se rió de sí mismo y su inmadurez. Por Josie, sería incluso capaz de guardar la pasta de dientes.

—¿Nick?

—Estaba pensando en tu reacción cuando veas mi casa.

Una mano acarició perezosamente su cuello.

—¿Qué aspecto tiene? —ella era cálida y suave y él la amaba... amaba todo en ella. La idea de algo tan poderoso como el amor debería haberlo asustado de verdad, pero en lugar de ello, lo llenó de determinación. Al diablo con los ridículos planes de ella; podía experimentar todo lo que quisiera, siempre y cuando experimentase exclusivamente con él.

—Mi casa es pequeña, nada que ver con la de mi abuelo. Es igual que las demás casas de la calle, sólo que nunca he plantado flores ni nada. La compré porque está cerca de mi trabajo, no porque me guste especialmente. Te sorprendería ver lo desastroso que soy en las tareas del hogar. Puedo imaginarte correteando de un sitio a otro, guardando las cosas, intentando dejarlo tan limpio y ordenado como la tuya.

Ella se apartó para ver su cara.

—¿Estás de broma, verdad? Apenas tengo tiempo para organizar mi propio apartamento. No voy a ser la criada de nadie —lo besó en la mejilla—. Ni siquiera para ti.

Honestamente brutal, así era su Josie. El se rió, encantando con ella.

—¿Así que no te importaría entrar en mi leonera?

Ella lo miró, con la expresión cuidadosamente neutral.

—No creo que eso vaya a ser un problema frecuente. ¿Y tú?

Él no deseaba entrar en esa cuestión precisamente en ese instante. Sabía que a ella no le gustaría su casa, porque a él tampoco le gustaba. No se sentiría tentada de pasar mucho tiempo allí.

La besó otra vez y, de nuevo abrazándola, dijo:

—Una de las películas que he alquilado es realmente terrorífica, recién salida y garantizada para poner los pelos de punta. ¿Te parece que la veamos?

Sus ojos brillaron con avidez.

—Estoy ciertamente preparada si tú lo estás.

La película los hizo saltar en diversas ocasiones, lo cual causaba indefectiblemente torrentes de carcajadas. En una ocasión, Josie escondió el rostro bajo el brazo de él, con la nariz presionando sus costillas. Comieron dos enormes recipientes de palomitas, se terminaron sus refrescos y, para cuando terminó la película, estaban listos para acostarse.

Josie parecía dubitativa cuando gateó bajo las sábanas. Cuando Nick se desnudó para tumbarse a su lado, ella gruñó y lo acusó de ser una terrible tentación.

Era una de las sensaciones más extrañas, dormir tan castamente al lado de una mujer, sin intención de hacer el amor. También resultaba endiabladamente placentero. Tan sólo Josie podía convertir una película de terror y unas palomitas en un momento tan romántico, tan tierno. La atrajo hacia su lado y se quedó sin aire cuando notó la pequeña y cálida mano cerrándose sobre él.

—¿Josie?

Ella se acurrucó a su lado.

—No soy una mujer egoísta, Nick. Simplemente porque esté fuera de juego, no implica que debas sufrir.

Él no pudo encontrar ningún punto flaco en ese razonamiento, mientras sus delgados dedos seguían sujetándolo.

—Dormir contigo no es ninguna dificultad, cariño. Creo que

puedo aguantar la presión.

—Tonterías —ella besó su hombro y se incorporó sobre un brazo para contemplar su rostro mientras lo acariciaba lentamente. Susurrando, le contó todas las cosas que deseaba hacerle, todas las cosas que quería que él le enseñara sobre su cuerpo.

—Gemirás para mí, Nick.

Él gimió.

Ella besó su oreja, la comisura de su boca. Mantenía la voz baja y sus movimientos suaves.

—Necesito más datos para mis experimentos.

Él se negó a hablar de eso. Si ella hacía el más mínimo amago de irse con otro hombre ahora, la ataría a la cama.

—No puedes siempre salirte con la tuya sin pagar el precio, señora.

Su sonrisa fue sensual y cargada de superioridad.

—¿Oh? ¿Y cuál es el precio?

Él apretó los dientes, intentando pensar a través de la sensación erótica de ser manejado como un títere.

—Quiero una llave de tu apartamento.

Josie permaneció en silencio tan sólo un instante y Nick pensó que se negaría, pero se inclinó sobre él y lo besó, susurrando luego en su boca:

—Conserva la que te di antes, tengo una de repuesto.

—Josie… —gimió de nuevo, deseando discutir las ramificaciones de su pronta rendición. Josie tenía otras ideas.

Y Nick, de nuevo, le cedió el control total.

Casi dos semanas más tarde, él todavía conservaba su llave… y lo había hecho todo menos mudarse.

—¡Por Dios, Josie! Deberías vestirte antes de abrir la puerta.

El comentario de su hermana podría haber resultado cómico si no estuviera tan increíblemente nerviosa. Josie contempló su falda corta y ajustada, la misma que llevaba la noche en que conoció a Nick, y su determinación se reafirmó. Tenía un nuevo plan para cambiar su vida y en este caso era totalmente adecuado.

Manteniendo la puerta medio abierta, más o menos bloqueando el paso a su hermana, Josie dijo:

—Hola, Susan.

Susan le dirigió una mirada de hermana mayor, algo irónica.

—¿No vas a dejarme pasar?

—¡Mm, oh…! Éste no es el mejor momento.

Susan se envaró.

—¿Oh? ¿Está Nick aquí? ¿Es eso?

Susan intentó mirar dentro y Josie se rindió.

—No, Nick no está aquí. Pasa.

Josie se apartó de la mirada curiosa y crítica de su hermana y se dirigió a la cocina. Tenía que seguir en marcha o se acobardaría del todo.

Susan la siguió.

—¿Por qué estás vestida así?

«Porque a Nick le gusta verme así vestida».

—¿Qué pasa con cómo voy vestida? Me gusta especialmente este atuendo.

Susan observó la falda corta y la mínima blusa con evidente disgusto.

—¿Qué está pasando, Josie?

—Nada que deba preocuparte —Josie empezó a prepararle a su hermana una taza de café. Nick vendría pronto y necesitaba que Susan ya se hubiera ido. Lo que planeaba requería privacidad, no la presencia de su hermana como un público cínico.

—¿Qué te trae pues por aquí en un día de trabajo, Susan? ¿Algo va mal?

Susan se mordisqueó los labios, se agitó de un modo típico en ella y exclamó de pronto:

—Bob quiere casarse conmigo.

Josie miró a su hermana, primero sorprendida y luego tan encantada que gritó y se arrojó en los brazos de su hermana. Susan reía, con las pestañas brillando cargadas de lágrimas, y las dos mujeres se abrazaron la una a la otra y comenzaron a dar vueltas por la cocina.

—Estoy tan contenta por ti, Susan.

—Yo también estoy contenta por mí, Josie. Bob es ideal para mí. No es el hombre que al principio pensé que era, pero ha demostrado ser aún mejor. Y lo quiero tanto.

Se secó las mejillas con las manos temblorosas y trató de tranquilizarse, pero no pudo quedarse quieta.

—Me trata como a una persona especial.

Josie conocía muy bien esa sensación. Nick la hacía sentirse como si fuera la única mujer viva; pero nunca la pediría en matrimonio. A ella le tocaba tomar la iniciativa.

—*Eres* especial. Bob es un hombre afortunado por tenerte.

—Bob se lo dijo a Nick esta mañana —su tono sugería que Josie debería estar sorprendida por esa noticia.

Nick se encontraba tan cómodo con ella, y cada día parecía pasar más y más tiempo a su lado, durmiendo con ella por las

noches, telefoneándole durante el día. Hablaba con ella y confiaba en ella. La había llevado a su casa y se habían reído juntos de los poco convencionales pasos que él había dado para simplificar su vida.

Pero por dentro, el corazón de Josie estaba prácticamente roto. Por sus propios designios, Nick había organizado su vida de tal modo que no había lugar para una relación permanente. Jeb la había prevenido varias veces de los efectos que habían tenido sobre Nick el divorcio de sus padres y la maldad de su madrastra. Y no es que Jeb quisiera disuadirla de amar a Nick. Al contrario. Josie a menudo tenía la sensación de que Jeb hacía valer a Nick al máximo, tratando de mantener el interés de ella.

—¿No quieres saber lo que Nick dijo al respecto?

—Llegará a casa en cualquier momento. Seguro que lo hablaré con él entonces.

Susan torció la cabeza de una forma curiosa y forzó una risa.

—Dices casa como si Nick viviese aquí.

Josie se sentó en su silla, removió el café y dejó la cucharilla. Buscó por la cocina alguna inspiración, pero no encontró sino su propio nerviosismo.

—¿Josie? —Susan también tomó asiento y frunció el ceño. Hubo un pesado silencio. Josie estiró del borde de su minifalda, sabiendo lo que se avecinaba. Su relación con Nick no era precisamente un secreto. Pero había sido privada.

En cualquier caso, ¿qué importaba ahora? En muy poco tiempo, Nick tendría que decidir entre quedarse o irse.

—Más o menos ha estado viviendo aquí, sí.

—¿Más o menos? ¿Qué demonios significa eso?

La voz de Susan se había convertido en un grito, y Josie suspiró.

—Significa que tengo una vida privada.

—En otras palabras, no quieres que me inmiscuya incluso

aunque vea que estás cometiendo un enorme error.

Josie se negó a pensar en Nick como en un error. La hacía sentirse viva, especial y completa. Incluso si rechazaba su propuesta, nunca se arrepentiría del tiempo pasado con él.

Josie estaba aún formulando una respuesta, cuando el temperamento de Susan estalló repentinamente como una nube nuclear.

Se levantó de su silla y comenzó a pasear furiosamente alrededor de la cocina.

—Lo mataré. Dios mío, ¡cómo es posible que ese hombre pueda ser tan considerado y generoso un minuto, y al siguiente un desconsiderado bastardo!

Josie miró el reloj de la cocina. Se le estaba acabando el tiempo.

—Susan, no puedo dejar que insultes a Nick. No es justo. Hicimos un trato y está viviendo según lo estipulado. Fui yo quién determinó que no se crearan lazos.

Susan agitó su mano en el aire.

—Sólo porque sabías que algo más era improbable en un hombre como *él*.

Estampó un puño sobre la mesa.

—Le pedí que te dejara en paz, pero no quiso escucharme.

—¿*Qué hiciste*?

—Me dijo que no te haría daño.

—¡Y no lo ha hecho! Oh, Susan, no tenías derecho. Cómo te atreves...

Pero Susan no estaba escuchando.

—¡Y pensar que estaba empezando a gustarme ese estúpido!

—Ah, ¿sí? —y luego—. Maldita sea, Susan, no cambies de

conversación. ¿Cuándo hablaste con Nick sobre mí? ¿Qué dijiste?

Y al instante siguiente, Bob entró en la cocina.

—He llamado, pero discutíais demasiado fuerte como para oír... me... —su voz iba perdiendo fuerza al ver a Josie vestida para matar. Después de un segundo de aturdimiento, lanzó un silbido.

—Wow.

Susan giró en redondo para encararse a él. Bob notó su expresión ofendida, se recompuso rápidamente y la atrajo hacia sí. Miró a Josie por encima del hombro de Susan.

—¿Qué le has dicho para disgustarla?

Josie se quedó boquiabierta de la sorpresa. Nunca anteriormente había oído a Bob hablar en ese tono. Antes de que pudiese pensar una respuesta, Susan se apartó violentamente de él.

—¡No le hables así a mi hermana! No es culpa de ella. Es ese degenerado amigo tuyo a quien hay que culpar.

Levantando las manos, Bob preguntó:

—¿Qué ha hecho Nick ahora?

Para completar la ridícula comedia, Nick entró.

—Sí, ¿qué he hecho? ¿Ya quién se le olvidó invitarme a la fiesta?

Sonrió, miró a Josie y pareció quedarse de piedra. Sólo sus ojos se movían, y la recorrieron dos veces hasta que frunció el ceño y volvió su mirada hacia ella acusadoramente.

—Esto no es ninguna fiesta —le informó Josie, sintiéndose muy consciente de las circunstancias. Sacó dos tazas más de café del armario—. Simplemente estoy tratando de convencer a Susan de que sé lo que hago.

Nick avanzó hacia ella con paso lento y agresivo.

—Ya veo. ¿Y qué haces vestida así? ¿Planeando exponer tus

experiencias? ¿Planeando alcanzar nuevos horizontes? —la señaló con un dedo—. Teníamos un trato, señora.

—¿De qué demonios estás hablando?

Con los pómulos inflamados, los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada, agitó la mano señalándola de la cabeza a los pies.

—¿Estabas pensando en volver a aquel bar? ¿Ya te has aburrido de mí?

Los planes de ella estaban totalmente arruinados la ocasión perdida, y ahora Nick se estaba portando como un asno.

Su temperamento se inflamó.

—De hecho —gruñó acercándose a él de puntillas—, pensaba pedir tu mano, o mejor dicho todo tu cuerpo, en matrimonio. Así que ¿qué piensas de eso?

Oyó el sobresalto de Susan, la risita divertida de Bob, pero lo que realmente la fascinó fue la reacción de Nick. La agarró por los brazos y la atrajo cerca de sí, sin hacerle daño pero apretándola contra su fuerte pecho.

—¿Qué...? —inquirió.

—Ya me has oído, quiero casarme contigo.

Una fascinante serie de emociones recorrieron su cara, luego Nick se dio la vuelta, aún sujetándola entre sus brazos, y prácticamente la arrastró fuera de la habitación. Josie no tenía idea de lo que podía estar pensando, porque la última expresión que vio en él era oscura, severa, adusta. Y ella, con sus zapatos de tacón que dificultaban su marcha, no tenía más remedio que ir tropezando tras él.

Susan amagó una protesta, pero Bob la acalló. Josie pudo oírlos cuchichear.

Nick la llevó hasta su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Josie se desasió, pero él sencillamente la levantó por los aires y la arrojó sobre la cama, y luego se inclinó suavemente sobre ella,

inmovilizándola desde los hombros hasta las rodillas. Josie se debatió.

—Nick, tenemos que hablar. Tengo mucho que contarte.

Todavía con el ceño fruncido, él dijo:

—Te amo, Josie.

Ella abrió mucho los ojos. Bueno, tal vez podía esperar a que llegase su turno para hablar.

—¿De verdad?

—Y tanto que sí.

Se mordió el labio.

—¿Me quieres lo suficiente como para casarte conmigo? —antes de que pudiera responder, se lanzó a contar sus bien ensayados argumentos sobre la felicidad conyugal—. Porque yo sí te amo como para ello. Había planeado proponértelo apropiadamente, después de una cena especial. Incluso aunque no sea la chica sexy que conociste esa primera noche en el bar, puedo serlo en ocasiones. Simplemente no puedo serlo todo el tiempo. Ahora me doy cuenta de que sabía que algo faltaba en mi vida, pero no era lo que yo pensaba —tocó su barbilla—. Eras tú.

Nick tragó saliva con dificultad, y luego sonrió con los ojos brillantes, llenos de una feroz ternura.

—Eres la misma chica sexy, cariño, y haces que mis músculos tiemblen de deseo sólo por mirarte. Eres a la vez la dulce hermana pequeña que ha pasado años mostrando su aprecio, y la aplicada cuidadora que hace que la gente a su alrededor se sienta importante de nuevo —la besó rápida y fuertemente—. ¿Hablabas en serio cuando decías lo de casarte conmigo?

Josie lo abrazó apretándolo con fuerza.

Nick rió.

—Háblame, cariño. Este es mi primer intento de declaración de amor y estoy en un remolino de agonía emocional.

—Se te da muy bien, ¿sabes?

—¿Sufrir?

—Declarar tu amor —lo empujó de nuevo para poder ver su rostro—. Sí, quiero casarme contigo. Y quiero comprar una casa y hacer hijos, y...

—Oh. Respecto a la casa...

Su vacilación la agitó, y tomó su cara entre sus manos esperando calmarlo.

—Una casa significa permanencia, Nick, lo sé. Pero eso es lo que quiero. No espero que cambies, que te conviertas en una persona diferente, porque te quiero tal como eres. Pero tenemos que encontrar un camino intermedio.

—¿No más aparatos de gimnasia en el comedor?

—Y ninguna otra mujer. Sólo yo.

—Me gusta cómo suena eso —se inclinó y besó su barbilla—. Cariño, no necesitamos comprar una casa, porque ya tenemos una. Y no, no pongas esa cara de espanto, no estoy hablando de mi casa —apartó su cabello de su frente tiernamente—. El abuelo vino a verme hoy. Se muda al apartamento con la señora Wiley, y quiere dejarnos su casa si, tal como él mismo dijo, soy tan afortunado como para convencerte de que te cases conmigo.

La grandeza del gesto de Jeb la abrumó y se le puso un nudo en la garganta. Le costó tragar.

—Oh.

—El abuelo sabe que amas esa casa casi tanto como él mismo. Insiste en que debe quedar dentro de la familia, y dice que puede favorecerme a la hora de convencerte en llevarte al altar. Espera a que le diga que fuiste tú quien se declaró y que sólo tuve que decir sí.

—Entonces, ¿estás diciendo sí?

—¿Cómo podría no hacerlo cuando estoy tan loco por ti?

Josie imaginó toda una vida al lado de Nick y se sintió tan colmada de felicidad que casi le dolía.

—No puedo creer que podré hacer contigo todo aquello que siempre imaginé que haría.

Él se apretó contra ella, gimió, y puso su boca, húmeda y caliente, posesivamente sobre la de ella. Justo cuando Josie acababa de decidir que le daba igual que Susan y Bob estuviesen en la cocina, Nick se apartó.

—Tengo algunas confesiones que hacer.

Lo mordió en el labio, en la barbilla. Su respiración era irregular.

—Ahora no, Nick.

Él tomó las manos de ella y las sujetó por encima de su cabeza.

—Tiene que ser ahora. No quiero que las cosas se líen más. Así que escucha.

Dado que no tenía mucha opción, escuchó.

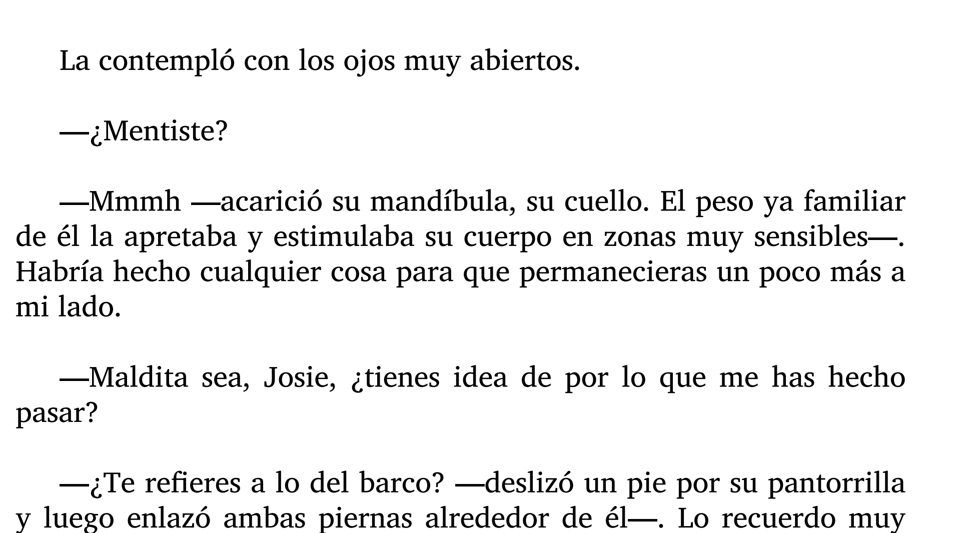
—No me di cuenta en su momento, pero te llevé a ver a mi abuelo porque sabía que te hablaría bien de mí. Supongo que quería gustarte más que como una simple aventura y el abuelo parecía la solución perfecta.

El corazón de Josie se hinchó de ternura.

—Nunca has necesito ninguna ayuda para eso. Siempre me has gustado.

—No estaba pensando en algo permanente cuando hice aquello, Josie. Solamente quería pasar un tiempo más contigo, y sabía que no podía dejarte ir a experimentar con cualquier tipo. Sólo de pensarlo me vuelvo loco.

—Nunca tuve la intención de hacerlo. Lo dije para que te quedaras a mi lado. Sabía qué era lo que querías oír.



La contempló con los ojos muy abiertos.

—¿Mentiste?

—Mmmh —acarició su mandíbula, su cuello. El peso ya familiar de él la apretaba y estimulaba su cuerpo en zonas muy sensibles—. Habría hecho cualquier cosa para que permanecieras un poco más a mi lado.

—Maldita sea, Josie, ¿tienes idea de por lo que me has hecho pasar?

—¿Te refieres a lo del barco? —deslizó un pie por su pantorrilla y luego enlazó ambas piernas alrededor de él—. Lo recuerdo muy bien.

Su expresión cambió de fastidio a interés.

—Sabes muy bien de lo que estaba hablando, has dicho eso para distraerme. Eres una picaruela.

—Aprendí de un maestro.

Su sonrisa se dibujó lentamente, repleta de perversidad.

—Un maestro, ¿eh? Pues no he hecho más que empezar.

Pese al cosquilleo que esas palabras causaron en su estómago, ella escondió su reacción y sonrió.

—Y yo no he hecho más que empezar a probar los límites de tu control. ¿Sabes qué me gustaría hacerte ahora?

—No quiero saberlo. Todavía no.

De todos modos, se incorporó y le susurró al oído.

Él gimió, apretó sus caderas contra las de ella y preguntó:

—¿Cuándo?

Epílogo

—Nick...

El gemido de Josie resonó en el amplio dormitorio, y Nick frenó su ritmo aún más, amando el sonido de sus ruegos, amándola a ella. Llevaban ya casados seis meses, y viviendo en la que él aún llamaba la casa del abuelo, y Nick sabía que no podía haber sido más feliz.

—Dime qué es lo que quieres, cariño.

A modo de respuesta, ella clavó sus dedos en los músculos de sus hombros e intentó agitarse bajo él.

—Oh, oh —apretó hacia abajo, haciéndola jadear—. Prometiste quedarte totalmente inmóvil.

—No puedo, Nick.

Los labios de él acariciaron su mejilla.

—Siempre dices eso, cariño, y siempre te demuestro que te equivocas —rió suavemente ante su quejido—. Confía en mí. Esto va a gustarte.

Deslizó la mano entre los dos cuerpos y apretó el pulgar allí donde ella más lo necesitaba.

—Tranquila... —pero esta vez sus palabras no consiguieron nada. Josie se arqueó, la cabeza echada hacia atrás, sus gritos profundos y reales, y lo llevó consigo al clímax.

Largos minutos después soltó una risita y una suave reprimenda.

—Eres demasiado fácil, Josie. Y necesitas aprender a tomártelo con calma. Voy a volverme un engreído si no dejas de intentar convencerme de lo maravilloso amante que soy.

Sin molestarse en abrir los ojos, levantó una mano perezosa y le acarició la mejilla.

—Eres el mejor.

Él puso una mano sobre el estómago de ella y la miró estremecerse.

—Te amo, Josie.

Una sonrisa curvó sus labios.

—He estado pensando en aflojar la marcha en el trabajo. Dado como el abuelo y la abuela llevan el negocio, no necesito hacer mis rondas de visitas tan a menudo. Nadie se siente solo, imposible con esos dos montando siempre algún tipo de fiesta.

A Nick aún le costaba pensar en la señora Wiley, ahora señora Harris, como abuela. Pero la llamaba así porque ella se lo había pedido, y porque le encantaba el modo en que agradaba a su abuelo, adorándolo y devolviendo de nuevo el brillo a sus ojos. También adoraba a Nick y Josie, tratándolos como si fuesen sus propios nietos. Se habían casado hacía un mes y eran la personificación de los recién casados locamente enamorados.

Nick deslizó los dedos desde el estómago de Josie hasta la cadera. Exploró esa zona, viendo cómo se erizaba su suave piel.

—Si quieres trabajar menos sabes que no voy a quejarme. Pero, ¿por qué una decisión tan repentina?

Se volvió a mirarlo y tomó su mano, llevándola hasta sus labios.

—Susan está embarazada.

La miró durante un largo minuto, y luego sonrió alegremente.

—Vaya. Qué sorpresa. Bob no ha dicho una palabra.

—Susan va a decírselo esta noche.

—Quedará encantado. Y Susan será una madre estupenda. Tal vez eso impida que esté vigilándote tan a menudo.

Josie le dio un beso.

—Sabes que eso dejó de hacerlo desde que nos casamos. Ahora

incluso le gustas.

—Sí, pero finge que no es así. Creo que se había acostumbrado a fastidiarme.

Josie sacudió la cabeza.

—Sabe cuánto disfrutas discutiendo con ella —se mordió el labio y apoyó la cabeza en el hombro de él—. Nick.

—¿Mmmh?

—¿Qué pensarías de tener un bebé?

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. Necesitó treinta segundos y dos respiros ahogados para decir:

—¿Estás...?

—Todavía no. Pero creo que me gustaría.

Se dejó caer en la cama y gimió:

—No me hagas esto. Por poco me da un ataque al corazón.

Josie no se movió.

—Entonces, ¿no te gusta la idea?

Se inclinó sobre ella y descansó la mano sobre su suave estómago. La acarició.

—Te quiero, cariño. Nunca pensé que sentiría algo así por una mujer, y ahora no puedo siquiera imaginar cómo he podido vivir sin ti.

—Oh, Nick.

—Y me encantaría tener un bebé —sus fuertes dedos acariciaban su piel, juguetones—. De hecho me encantaría tener tres o cuatro. Dios sabe que esta casa es suficientemente grande como para un batallón, y nada haría más feliz al abuelo.

Ella rió suavemente y acercó la mano a su muslo.

—Por ahora concentrémonos sólo en uno; prometo hacer la tarea agradable.

—Espero todos tus esfuerzos.

Josie rió ante su suspiro hedonista.

—Eres tan malo.

Con un solo movimiento, se dio la vuelta y la aplastó bajo él.

—Ya has acabado de decirme lo bueno que soy.

Ella bajó la mirada y lanzó una sonrisa pícara.

—Mmmh, eso significa que me toca a mí demostrar lo buena que puedo llegar a ser.

—¿Aún no has acabado de experimentar?

Ella deslizó un dedo por su clavícula.

—Nick, apenas acabo de comenzar.

Fin